



CORAZONES TRAICIONEROS

Corazón Implacable

Kira Freitas

Kira Freitas



Corazón Implacable

EDICIÓN 02



- 2017 -

RIO DE JANEIRO

[Capítulo 01](#)

[Capítulo 02](#)

[Capítulo 03](#)

[Capítulo 04](#)

[Capítulo 05](#)

[Capítulo 06](#)

[Capítulo 07](#)

[Capítulo 08](#)

[Capítulo 09](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el Autor...](#)

© 2017 por **Kira Freitas**

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor, excepto para el propósito. de citas breves en revisiones o análisis críticos.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier similitud con hechos reales o personas vivas o muertas es pura coincidencia.

Todas las marcas comerciales mencionadas en este libro son propiedad de sus respectivos dueños y se utilizan únicamente con fines de identificación.

Publicado por Kira Freitas, autora Independiente.

Portada y diseño gráfico por Vanessa Freitas

Para obtener información adicional sobre permisos, comuníquese con:

Vanessa Freitas Barbosa

Dirección de correo electrónico: vanessafreitasbarbosame02@gmail.com

Visita nuestra página <https://www.facebook.com/groups/kirafreitas>

*“A menudo perdemos la posibilidad de
la felicidad porque nos preparamos mucho para
recibirla. ¿Por qué no cogerlo todo de una
vez?”*

(Jane Austen)

Capítulo 01

Allan

— ¡Whisky, por favor! – Le pregunté a la chica rubia en la barra. Ella sonrió y me guiñó un ojo.

Respiré hondo y pasé la mano por mi cabello. Había entrado al club sabiendo que Myka trabajaba aquí, pero no la había visto en dos días. Sentí como si estuviera huyendo de mí.

La chica volvió con la bebida y me guiñó un ojo otra vez. “Ella *no estaba nada mal*”, pensé. No podía tener más de veinte años. Tenía el pelo rubio que parecía más reflejos. Sus ojos oscuros eran brillantes y tenía una boca llena que pedía ser explorada. Sus pechos estaban llenos y mucho más visibles a través de un top ajustado. Pude ver, cuando me dio la espalda, que tenía un gran trasero con una generosa curva marcada por unos pantalones ajustados. ¡Esa fue mi perdición! Por no hablar de sus piernas largas y bien formadas.

— Soy Steph y salgo a la una. – Le entregó la bebida y sonrió con picardía, pasándose la lengua por el labio inferior.

— Estoy trabajando, pero si no encuentro lo que vine a buscar, te prometo que te esperaré. – Hice una pausa, bebiendo mi bebida, metí la mano dentro de mi chaqueta y saqué una foto de Myka. – Hablando de eso, ¿conoces a esta chica o la has visto por aquí?

Steph tomó la foto y frunció el ceño.

— Se parece mucho a una de las chicas, pero no tiene ese color de cabello.

— ¿Sabes si se llama Mykaella?

— Mira, no sé su verdadero nombre. – Steph le devolvió la foto y se giró para buscar otra bebida para un hombre en el bar. – Sólo la conozco como Pink Horse.

— ¿Caballo Rosa?

— Sí. Rosa por su pelo y Caballo porque venía del campo. – Steph se encogió de hombros. – Fue idea de Phill.

— ¿Philip?

— Sí. ¡Philippe! Él es dueño del club nocturno y ella es su favorita, al igual que Soph y su hermana.

“¿Entonces Pink tenía una hermana? ¿Y dónde había oído antes ese nombre Soph?”,

pensé.

— Ella no está en problemas, ¿verdad? – preguntó la niña.

— No. Estoy aquí por su hermana que me pidió que la llevara a casa. – Sonreí.

— En ese caso, quédate para el espectáculo.

— ¿Por qué?

— Porque es la mejor bailarina del club y si te paras muy cerca del escenario puedes saber si es ella o no. – susurró, tirando de mi corbata. – Entonces, ¿cuál es mi recompensa por ser útil?

Sabía dónde iba Steph, pero no iba a salir a tener sexo con ella. No después de saber que podía encontrar a Myka y largarme de Nueva York, antes de que Francesco Sartori nos encontrara. Sacando cien, sonreí entregándoselo. Steph miró la nota con expresión decepcionada y luego la tomó.

— Bueno, preferiría verte desnuda, pero eso bastará. – Se dio vuelta nuevamente y tomó un trago de tequila, colocándolo sobre el mostrador. – Esto es sobre mí.

Tomé la bebida, le guiñé un ojo y la bebí de un trago. Ella aplaudió cuando golpeé el vaso contra el mostrador y tomé el vaso de whisky para llevarlo a una de las mesas cerca del escenario. Mi teléfono sonó justo antes de que el presentador, que pensé que era Phill, anunciara que faltaban pocos minutos para la gran atracción de la noche.

— ¡Estela! – Grité para ser escuchado.

— ¿Allan? ¿Dónde estás? ¿Es esto una fiesta?

Reconocí la voz de Dominic. Tenía un tono preocupado, algo irritado y, al mismo tiempo, confuso.

— Estoy en una discoteca. Llegué hace un momento y....

Dejé de respirar por un momento cuando escuchó la canción *Este es mi mundo* – Esterly. Empezó a sonar y entró una chica vestida únicamente con unos shorts negros de cuero muy ajustados, un top negro muy escotado lleno de lentejuelas, guantes y botas largas con tacones enormes. Sentí mi polla vibrar cuando ella hizo un movimiento y sacó su trasero, que, por cierto, era incluso más grande que el de Steph. A pesar de llevar una máscara y una peluca, reconocí sus rasgos, así como sus ojos verde esmeralda.

— ¿Allan? – llamó Dominic, golpeando el teléfono al otro lado de la línea. – Allan, ¿estás ahí?

Sin apartar la mirada, me levanté y centré mi atención en la llamada.

— Sí... ¡Estoy aquí, sí!

— Allan, tu voz es extraña, ¿ha pasado algo? ¿No me digas que llamé en el momento equivocado? Se siente como si te estuvieran haciendo una mamada.

— Aún no, pero después de lo que veo, definitivamente quiero hacerlo – susurré.

— ¿Qué? – preguntó Dom con voz aguda.

— ¡Olvidar! No creerás lo que estoy viendo.

— ¿Qué es? ¡Hablar pronto!

— Encontré a Myka, en una barra del escenario bailando.

— ¡Jesús! ¡Kyera la matará!

— No le digas nada a Kye. Sólo di que la encontré y pronto volveré a Benbrook.

— ¿Pronto cuándo?

— ¡Tan pronto como pueda atrapar a Myka! – respondí frustrado. – ¡Es más resbaladiza que un calamar, pero no se irá esta noche!

Dominic suspiró y luego escuché la voz de Ethan de fondo.

— ¡Escucha, voy a colgar! – Dijo apresuradamente. – Intenta ser breve. Estamos muy preocupados.

— Está bien, ¡haré lo mejor que pueda!

Dominic colgó casi al mismo tiempo que la canción llegaba a su fin. Myka hizo una reverencia sexy y sonrió a la audiencia. Su sonrisa, sin embargo, desapareció cuando su mirada se encontró con la mía. Sin perder la pose, saludó rápidamente saliendo del escenario. Todavía estaba en shock con su actuación que me dejó increíblemente cachonda. Respiré profundamente y seguí a Myka con la mirada, hasta que desapareció tras las cortinas.

Miré alrededor de la barra y vi que Steph todavía estaba allí. Bebí la bebida de un trago y fui allí para ver si había alguna manera de salir del club sin atravesar la multitud. Steph indicó el pasillo lateral que conducía a la salida de emergencia y al acceso detrás del escenario. Apoyándome contra la pared del lado izquierdo, me crucé de brazos y esperé. Habría tenido que pasar por allí si fuera inteligente. Si fuera estúpida, intentaría perderme al otro lado de la habitación. Me quedé mirando el pasillo vacío. Estaba lejos de la puerta, pero sería fácil llegar a ella si necesitaba correr.

De repente el pasillo empezó a llenarse debido a que una banda llegó a tocar. Dos hombres altos, vestidos con traje, que parecían guardias de seguridad, entraron justo detrás del último miembro. Uno de ellos miró en mi dirección y yo fruncí el ceño al mirar hacia atrás. Se pararon cerca de la salida de la misma manera que yo. A medio metro de mí, Myka todavía aparecía con su peluca y unas gafas de sol, pero ya se había cambiado de ropa. Ella estaba

usando su celular y se sobresaltó cuando un chico le dijo algo al oído y la agarró del cabello. Ella lo empujó y le dio una patada en las pelotas, luego miró en mi dirección. Myka quedó paralizada por lo que parecieron segundos y luego tragó aire, dando largas zancadas. Empujó a un hombre hacia mí y luego cruzó la puerta y desapareció del pasillo. Uno de los hombres salió al callejón y esa actitud me pareció extraña.

Estaba tan distraída del resto del mundo que no vi cuando un hombre me atacó, empujándome contra la pared y golpeándome. Entré por las puertas dobles laterales y aterricé en el suelo húmedo del callejón oscuro. Era un callejón amplio que estaba al costado de la discoteca y daba a la avenida. Estábamos justo en el medio del bloque y no tuve tiempo de reaccionar porque otros dos hombres me agarraron del brazo, levantándome para que un tercero me lanzara varios golpes.

— ¡El señor Sartori le envía saludos, agente Stella!

¡Mierda! Francesco me había encontrado más rápido de lo que imaginaba.

Luché contra el dolor y le di un cabezazo al hombre. Con el ruido sordo, cayó de espaldas sobre su trasero. Me deshice de los demás y asesté golpes precisos, pero estaba en desventaja. Uno logró inmovilizarme, mientras el otro me atacaba con puños americanos. Aunque sabía pelear muy bien, los hombres eran mucho más grandes que yo. Logré alcanzar la pistola detrás de mi espalda y disparé, alcanzando a uno en la pierna y al otro en el brazo. Uno de ellos corrió mientras el otro maldecía mientras se sujetaba la pierna. Aproveché el momento y me acerqué para disparar a matar, pero él fue más rápido y sacó una pistola. El disparo me dio de lleno en el hombro y dejé caer el arma, dando un paso atrás y sujetándome el brazo. Caí al suelo y la pistola se alejó rodando de mí. El hombre se acercó, me miró la cabeza y sonrió fríamente.

— Eres el pequeño idiota que ayudó a acabar con mi jefe, ¿no? – Le preguntó.

— ¿Me extrañas? Puedo enviarte a donde está él también.

Me pateó el hombro y gemí al ver la oscuridad tratando de dominarme. Otro hombre se acercó, el mismo que salió justo detrás de Myka.

— ¡La niña desapareció!

— ¡Todo bien! – Dijo encogiéndose de hombros. – Atraparemos a la pequeña perra más tarde. Por ahora, esto por sí solo dejará satisfecho a Sartóri.

Mi visión estaba borrosa y la sangre corría por mi pecho, manchando mi camisa. Cerré los ojos esperando el disparo misericordioso cuando escuché un golpe. Al minuto siguiente, el cuerpo del tipo grande cayó a mi lado, golpeado de lleno en la cabeza. Parpadeé, tratando de luchar contra el mareo que se apoderó de mí cuando vi los tacones de un par de botas negras detenerse a mi lado.

—Ayúdame a llevarlo al auto.

Escuché la voz de una mujer dando órdenes. Su voz era suave pero autoritaria y reconocí ese tono. Dos hombres me agarraron del brazo y me levantaron. Me arrastraron sobre sus hombros hasta un auto negro y me metieron dentro.

— ¿Estás seguro de que no está loco? – preguntó uno de los chicos.

— Sí. Créeme, es molesto, ¡pero es bueno! – Respondió ella cerrando la puerta. Luego se dio la vuelta y se subió al auto, en el asiento del conductor.

La mujer puso en marcha el motor y puso el coche en marcha. Apoyé la cabeza en el asiento y dejé que la oscuridad me invadiera. Si sobrevivía, pensaría en una manera de regresar a Benbrook mañana.

Abrí los ojos y me encontré cara a cara con un techo de yeso blanco con flores por todas partes. Sin duda era la habitación de una mujer y también olía a mujer. ¿Pero dónde estaba yo? Intenté moverme, pero un dolor agudo me recorrió el hombro hasta el antebrazo.

— ¡Mierda! – gruñí, poniendo mi mano en mi hombro.

Pronto me arrepentí de haber emitido un sonido, porque tenía la boca cortada y un simple movimiento me hacía ver estrellas. Con gran dificultad, me recosté sobre la almohada. La sábana de seda rosa pálido se deslizó por mi pecho y me di cuenta de que estaba desnuda. Intenté sostenerme, pero me llevé un verdadero susto cuando giré a la derecha y me encontré cara a cara con un par de ojos marrones que me miraban fijamente con un brillo hambriento, o creí que eran hacia mí y no hacia mi cuerpo desnudo. pecho. Fruncí el ceño ante la hermosa joven que me observaba apoyada en el borde de la cama con una sonrisa amistosa.

— Hey.

— Hola.

— ¿Puedes decir dónde estoy?

Ella dejó escapar una risita traviesa.

— Tú, no lo sé, pero estoy en el cielo.

Dejó escapar una risa que hizo que me doliera el pecho. Ese extraño estaba coqueteando conmigo. Esto pasaba mucho y, aunque estaba acostumbrada, no siempre correspondía. Miré de cerca a la chica y sonreí con cansancio. ¡Hasta que se volvió sexy!

Tenía el pelo corto y rubio y unos ojos de un azul muy oscuro que eran impresionantes. Sus carnosos labios estaban pintados del tono de la piel y algo me dijo que ese no era su color habitual. Esos labios merecían un tinte rojo para resaltarlos más, y apuesto a que ella lo sabía. No

tendría más de veintiún años, pero a pesar de ello parecía tener una inteligencia fatal.

— Sophia, pero puedes llamarme Soph. — Dijo extendiendo su mano para estrecharme.

Observé la mano pequeña pero delicada. Sus uñas estaban cuidadas y pintadas de un tono rosa muy suave. Eran largos, pero no parecían falsos. Clavos como esos reabrían las cicatrices que llevaba en la espalda.

— Allan — dijo, estrechándole la mano con firmeza.

Ella sonrió aún más y apoyó la cabeza entre las manos, apoyada en la cama. Me sentí como un cuadro en una galería de arte.

— ¡Me encantan las manos firmes!

La puerta del dormitorio se abrió y entró Mykaella con una bandeja, un lavabo y una maleta. Parecía una perfecta equilibrista.

— ¿Soph? — Se detuvo a medio camino del aparador cuando se topó con la loca que estaba a mi lado. — ¿Qué haces aquí?

Sophia suspiró sin mirarla.

— Vine a ver si estabas bien. ¿Él sabe? Después de anoche cuando salió corriendo del escenario y ese tipo. — Respondió ella sin pestañear. Mykaella le frunció el ceño. — Dillan me contó lo sucedido y me preocupé, principalmente porque no era la primera vez. Pero cuando llegué aquí, me encontré cara a cara con este enorme metro de hombre acostado en su cama y no pude contenerme.

Miré de frente a la chica que nos miraba con asombro. Seguramente era Mykaella, pero se veía muy diferente. Su cabello, antes rojo intenso, ahora era rosa rosado. Eran más largos que la última vez que la vi en el Starbucks de Dallas. Ahora llegaban a su trasero y parecían algodón de azúcar. Ayer cuando la vi pensé que era una peluca, sobre todo porque estaban adheridas. Myka agarró un clip para atarlos en una larga cola de caballo y suspiró. Llevaba una camiseta negra ajustada que resaltaba sus pechos redondos y llenos. Tenía el emblema de una banda de rock. Los micro pantalones cortos de mezclilla mostraban sus largas piernas y su trasero respingón. Quería levantarme y abofetear cada lado de esa perfección. Sus pequeñas manos estaban alrededor de su cintura, lo que revelaba un pequeño brazalete dorado en su muñeca derecha. A la izquierda, llevaba un reloj Tudor con forma de pulsera. Golpeó con sus pies descalzos, sí, porque no hacían ningún ruido en el suelo, y me aventuré a mirar sus pequeños pies. De su esbelto tobillo colgaba una fina tobillera de oro, con una pequeña esmeralda en forma de colgante. ¡Jesús! ¡Mykaella estaba más hermosa y ardiente que nunca!

Cerré los ojos, conteniendo mi deseo de ir hacia ella y besar esos tobillos perfectos,

subiendo lentamente hasta que la escuché jadear.

— ¡Sofía, ni se te ocurra! – dijo Myka en tono de advertencia. – Y quita tus ojos pervertidos de él. Allan representa problemas y problemas graves. No creo que te guste mucho.

Sofía respiró hondo.

— ¡Me arriesgaría!

— No creo que me postularía, no. Créeme, él no es para ti.

— ¿No es para mí? ¡Mira el tamaño de este hombre! – respondió Soph emocionada. – Este es un hombre para comer con cuchillo y tenedor e incluso compartir con tu mejor amigo.

Mykaella ignoró su argumento y respiró hondo tratando de contener la risa y permaneció seria.

— ¡Piérdete, Soph!

Sophia respiró hondo, se levantó y caminó hacia la puerta mientras murmuraba.

— Eres realmente mala, ¿lo sabías? ¡Es muy egoísta!

Dándole una palmada en el trasero, Myka dijo:

— No tienes remedio, pequeña descarada.

— Hoy todavía es día de escenario, ¿te veré en la noche? – preguntó después de abrazar a Myka y caminar hacia la puerta. Myka parpadeó.

— Veremos si sobrevivo hasta entonces, pero, en cualquier caso, guarda mi lugar en el escenario. – Respondió manteniendo la puerta abierta. Sophia le guiñó un ojo y se río.

— Igual que tu hermana, pero era más amable.

Soph se escapó cuando Myka le arrojó un zapato.

— ¡Fuera de aquí, Barbie Malibú!

Mykaella respiró hondo y luego se volvió hacia mí. Se apoyó en el pilar del amplio portal, que separaba el lado donde estaba la cama y el vestíbulo, cruzando los brazos delante de su pecho, haciéndolos elevarse aún más.

— Entonces, Agente Especial Allan Stella... – Dijo suavemente, sacando mi billetera del bolsillo de mis pantalones cortos y arrojándola en mi dirección. – ¿Qué haces tan lejos de casa? ¿Quiénes eran esos hombres que siguen rodeándome y por qué intentaron matarte ayer?

Capítulo 02

Myka

Me quedé allí observando la reacción de asombro de Allan. Abrió una amplia sonrisa y luego maldijo, tapándose la boca con la mano cuando se dio cuenta de su labio lastimado.

— Entonces... espero que no hayas venido a NY detrás de mí, porque si lo hiciste, perdiste el tiempo.

Había estado en Nueva York durante casi dos años y no planeaba regresar a Benbrook en el corto plazo. No tenía el más mínimo deseo de enfrentar a mi padre y mi odio hacia él por mentirme aún no había sido olvidado. ¡Nada en el mundo me haría volver a esa ciudad o a esa casa o granja!

Allan apoyó la cabeza en la cabecera y puso la mano en el hombro derecho, haciendo una mueca de dolor.

— Bueno, al principio no... – Dijo, pasándose la mano por su pecho plano y haciendo una mueca. – Pero dadas las circunstancias de los acontecimientos de ayer, sólo me iré de Nueva York contigo. Y te sugiero que ni siquiera intentes huir, porque soy un gran cazador.

—Y te sugiero que cambies de opinión acerca de llevarme de regreso, porque puedes ser un gran cazador, pero yo soy un excelente fugitivo.

Descruzándome de brazos, me acerqué al aparador, tomé todo lo que había colocado allí y lo extendí al lado de la cama. Me senté en la silla donde había estado Soph y comencé a volver a vendar la inyección que había recibido Allan. No fue una lesión grave, pero llamé a un amigo que era médico y me atendió sin hacerme preguntas.

No sabía quiénes eran los tipos que habían intentado matar a Allan y que llevaban días preguntando por mí en el club, pero tenía miedo de que empeoraran la situación llevándolo a un hospital. Cuando los vi de lejos, inmediatamente traté de buscar una manera de salir de allí sin que me vieran. Por suerte, Phill no fue estúpido y puso alguna excusa, pero al parecer no lo creyeron y regresaron. No sabía lo que querían, pero pude ver que eran peligrosos. Probablemente me estaban confundiendo con alguien muy parecido. Y ayer, después de casi morir del corazón al ver a Allan entre el público, encontré una manera de crear confusión para escapar de todos, especialmente de Allan que me esperaba un poco más adelante en el pasillo.

Nadie sabía que yo era bailarina aquí en Nueva York. Kyera pensó que estaba trabajando

como camarera para Phill, que era el trato original, pero como bailarina pagaba más, así que decidí hacer un nuevo trato con él.

Cuando hui de Benbrook, decidí simplemente decirle a Kyera dónde vivía en Dallas. Empecé a trabajar en una cafetería y todo iba bien, hasta que Allan me vio e intentó llevarme de regreso a casa. Logré escapar y, con la ayuda de Kyera, llegué a Nueva York. Ella entendió mi situación y respetó mi ausencia, así que me cedió su apartamento para que me quedara todo el tiempo que quisiera y me consiguió un trabajo en el club nocturno de Phill. Pero no le cuento todo a mi hermana, por eso Pink Horse es un gran éxito cada noche, pero durante el día vuelvo a ser Mykaella Collins, una chica indefensa del campo.

Allan hizo una mueca cuando toqué su hombro. Estaba lleno de moretones, cortes y abrasiones. Había un corte en la ceja izquierda y otro en el labio inferior. El ojo izquierdo estaba morado, pero no hinchado. La costilla de su lado derecho estaba morada, pero Dillan dijo que no se rompería si podía respirar normalmente, lo cual aparentemente hizo, mientras Allan hablaba sin toser. Quité la gasa y tomé el paño con agua tibia para lavar los puntos.

— Mi amigo Dillan dijo que, si no haces tanto esfuerzo, en quince días te quitará los puntos. También dijo que si tiene dificultad para respirar debe acudir a un hospital. Es posible que tenga una costilla rota.

Allan se quitó el brazo que se había tapado los ojos y me miró.

— ¡No estoy bien! Sólo dolor en cada parte de mi cuerpo.

— ¿En cada parte?

Allan me dio una mirada maliciosa que me hizo sentir avergonzada y sonrió irónicamente.

— Sí. Sólo que no me duele el pelo.

Sacudiendo la cabeza, respiré hondo y continué mi trabajo, pero no perdí la compostura y aproveché para pincharlo.

— Además, con la paliza que recibiste... — Hice una pausa, mirándolo divertido. — Lamenté mucho tener que regresar.

Allan frunció el ceño y puso los ojos en blanco. Era el más bonito de los chicos Stella, a pesar de que eran trillizos idénticos. Tenía un encanto que era exclusivo de él y una fuerte presencia que hacía que se te erizara la piel con solo mirarlo. Su piel era la más oscura de los tres hermanos, debido a las horas de trabajo bajo el sol, y contrastaba con su cabello negro y liso, muy corto. Como un amuleto aparte de todos los chicos Stella, cayeron sobre sus ojos. La mirada penetrante de sus ojos plateados hacía que cualquier chica sucumbiera a sus órdenes. Su rostro

era anguloso y tenía rasgos fuertes que te hacían pensar dos veces antes de desafiarlo. Sus expresiones eran muy llamativas, denotando que era el mayor de todos, aunque contrastaban con su temperamento tranquilo, casi infantil. A pesar de estar tranquilo, Allan tenía un temperamento muy agresivo cuando se le escapaba el control, lo que rara vez sucedía.

Siempre ha sido el chico de “basta” y, con su manera pacífica, siempre piensa antes de actuar. Pero no nos equivoquemos, debajo de toda esa pasividad hay un volcán inactivo que, cuando se le provoca, entra en erupción y lo mejor es huir sin mirar atrás. Lo he visto interrumpir una pelea entre Alex y Alec con perfecta calma, hasta que Alex falla el golpe que le estaba lanzando a Alec y golpea a Allan. Fue necesario que el Sr. Stella interviniera, ya que Allan ya había agarrado la cabeza de Alec y la había golpeado contra la de Alex sin remordimientos. No fue muy difícil, pero fue suficiente para hacerlos llorar como bebés. ¿Sabes que fue gracioso?

Allan siseó cuando el paño pasó por un punto sensible de la herida y luego maldijo.

— Entonces, ¿eres bailarina en ese club?

— Sí. ¡Y si se lo cuentas a alguien en Benbrook, serás hombre muerto!

Allan puso los ojos en blanco, sorprendido por la amenaza, y se echó a reír.

— No me asustas, ¿sabes?

— ¿No? ¡Intenta desafiarme a ver!

Dicho esto, presioné la herida en su hombro. Esto hizo que Allan se sobresaltara y gritara.

— ¡Maldita sea, Myka! ¡Eso duele!

Me reí y cubrí los puntos con una gasa. Mientras hacía esto, vi a Allan morderse el dedo índice y hacer una mueca. Hice una pausa por un momento al recordar sus palabras iniciales antes de comenzar a vendarlo.

— Allan, ¿qué quisiste decir con “dadas las circunstancias, solo dejaré Nueva York contigo”?

— Bueno, como usted mismo vio, soy un agente del FBI. Alex y yo estábamos investigando a un mafioso famoso que vive aquí en Nueva York, cuyo hijo menor tenía negocios en Dallas. Alec y Dominic nos estaban ayudando. De todos modos... – Hizo una pausa. – La situación es que Alex mató a su hijo mayor el año pasado, y yo maté al menor hace cinco noches cuando secuestró a Dominic y la trajo aquí. Ese es el resumen de todo.

— Vale, ¿y qué tengo que ver yo con que Alex y tú estéis en el FBI? ¿Por qué tengo que volver a casa por esto? Creo que es tu problema a quién matas o no matas.

Estaba hablando irónicamente, pero aun así me sorprendió mucho que Allan fuera del FBI. Más aún porque tuvo el coraje de dispararle a alguien.

— Francesco juró matar a todas las personas que me importaran. Amigos y familia.

— Entonces, esos hombres en la discoteca ayer... – Hice una pausa, levantándome y cruzándome de brazos. – ¿Son sus secuaces?

— Sí.

Abrí mucho los ojos, contuve la respiración y avancé hacia Allan, dándole varias palmadas en los brazos. Ignoré el hecho de que estaba herido, debido a la ira que de repente sentí.

— ¡Idiota! ¡Bastardo!

— ¡Cálmate, Myka!

— ¡Cálmate, maldita sea! ¡Y no me llames Myka, estúpido bastardo!

Allan tomó mis muñecas y se acomodó en la cama. Jadeé cuando la sábana que lo cubría de cintura para abajo llegó hasta la marca de la V, dejando al descubierto su esculpido y bien trabajado pecho. Allan estaba desnudo, pero no fui yo quien lo desnudó. Era enorme, tanto en altura como en musculatura, pero sin exagerar. Sus bíceps se tensaron mientras flexionaba sus brazos, haciendo un esfuerzo para que yo no lo golpeará ni me lastimara. Su abdomen estaba definido y era la envidia de cualquier boxeador. Aparté mis manos cuando él sonrió al verme prácticamente babeando sobre su físico. Se sentó recostado contra la cabecera e hizo una mueca.

— ¡Cálmate, algodón de azúcar!

— ¿Algodón azucarado?

— Sí. La última vez que la vi tenía el pelo normal.

— ¿Qué le pasa a mi cabello?

— Es rosado.

— ¿Y qué le pasa?

Pregunté con los dientes apretados, ya irritado por el comentario. Allan parecía ajeno a las críticas que hacía y cada vez que intentaba expresarse, las cosas empeoraban.

— ¿Qué parte de “rosa” no entendiste?

Apreté los puños a los costados, ya sin paciencia con su mirada burlona.

— ¿Estás llamando anormal a mi cabello porque es rosado? Pregunté, con un gruñido. Suspiró incrédulo, como si eso no fuera una ofensa grave e hizo una mueca. – Por casualidad, ¿crees que tener un enorme tatuaje de pantera negra cubriendo toda tu espalda es algo normal?

— Si yo creo.

Respiré hondo y me acerqué al sillón para doblar las sábanas que había tirado allí antes.

— ¡No importa! Saca tu caballo de la lluvia porque no planeo volver a Benbrook pronto.

— Mykaella, no puedes quedarte aquí con esta gente detrás de ti.

— ¡De hecho, gracias a ti!

— ¡No importa de quién sea la culpa! El caso es que en Benbrook estarás más seguro. Especialmente conmigo estando cerca.

Enfadada, dejé caer la sábana y me volví hacia él, señalando con el dedo índice.

—Pero tú lo crees, ¿no? ¡Escucha, cerdo chauvinista! No volveré a la misma ciudad donde está mi padre, quien durante veintiún años me ocultó que tenía una hermana. Y esa hermana también es mi prima.

Allan se río con desdén y se cruzó de brazos frente a su pecho, ensanchando aún más su espalda.

—¡Deja de hacer payasadas! ¿No crees que eres demasiado grande para estar en todo este problema? – disparó Allan. – Paul engañó a su madre, ¿y qué? Supéralo, porque Kyera lo superó hace mucho tiempo. Además, esa chica tiene un sentido común maravilloso. No es de extrañar que mi hermano la ame tanto. ¡A diferencia de ti que eres una niña mimada, egoísta y testaruda!

Contuve la respiración sin hacer nada. Nunca nadie me había hablado así. Lo había descubierto hace mucho tiempo, pero todavía no podía perdonar a mi padre. Por eso estaba lejos buscando una manera de afrontar esa situación. Mi padre siempre fue la persona que más amé y saber que tenía una hermana de la forma en que lo descubrí me dolió mucho. Lo peor fue que la gente no me entendió y acabó criticándome.

Caminé hasta el sillón y recogí su ropa, que mi amigo había dejado allí después de desvestirlo. Por suerte fui yo quien encontró la cartera con la placa en el bolsillo de su chaqueta. Arrojándoselo, señalé la puerta.

— Vístete y sal del apartamento de mi hermana antes de que te rompa el cuello. Aún seguirá ofendiendo mi cabello, pero llamarme mimada fue demasiado. Principalmente porque te salvé la vida anoche.

Allan se río. Se estaba burlando mucho de mí esa mañana, y eso me dejó desconcertada, porque estaba acostumbrada al Allan serio, y no al irónico que se parecía más a Alex.

— ¿Estabas enojada por tu cabello? – Preguntó incrédulo mientras se levantaba y se ponía los pantalones. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba completamente desnudo como lo imaginaba. – Siempre fuiste muy extraño, ¿lo sabías?

— ¿Extraño? ¡Te mostraré quién es el raro!

Hice ademán de dar un paso hacia él. Estaba a punto de golpearlo cuando escuchamos un

ruido en la puerta. Allan se puso serio y me miró.

— ¿Que fue ese ruido? – pregunté asustada.

— No lo sé, pero ¿estás esperando a alguien? – Preguntó, poniéndose alerta y susurrando.

— No contesté.

Allan y yo nos quedamos quietos y el silencio se hizo entre nosotros. Pronto volvimos a escuchar el ruido. Era un ruido hueco, como si alguien intentara derribar la puerta, pero sin aplicar tanta presión. Caminé hacia la puerta del dormitorio y Allan me abrazó.

— ¿Quién está ahí? – pregunté con un grito. Me acercó a su pecho y susurró.

— ¡Quédese quieta! ¿Dónde está mi arma? – Señalé el sillón donde estaba la ropa y él se acercó con cautela. – ¡Quédate aquí y no hagas ningún ruido!

Asentí y Allan caminó suavemente con su pistola en mano. El ruido se hizo más intenso y se deslizó a través de las paredes hasta salir de la habitación. En el segundo siguiente, escuché la puerta golpear el suelo con un golpe y unos pasos pesados entraron al apartamento.

— ¡Dios mío! ¿Qué está pasando? – susurré, arrastrándome por el suelo hasta la puerta del dormitorio para intentar cerrarla.

Fue entonces cuando escuché un disparo y, poco después, mucho ruido proveniente de la habitación. Se oyeron pasos pesados hacia la habitación y entró un hombre alto y calvo. Era el tercer hombre que había escapado la noche anterior cuando ayudaba a Allan en el club.

— ¡Te encontré, perra! – Dijo agachándose y agarrando mi cabello.

— ¡Suéltame, bruto! – grité, sujetándole la muñeca.

Parecía haber una guerra en la habitación y escuché un disparo más antes de que todo quedara en silencio.

— ¿Pensaste que podrías escapar después de ayer? – espetó, tirando de mi cabello. Grité mientras mi cuero cabelludo palpitaba bajo sus enormes manos. – ¡Mi jefe estará feliz, pero no te mataremos de inmediato! Escuché que va a hacer que ese agente de mierda vea cómo algunos de sus mejores hombres te torturan y se aprovechan de ese hermoso cuerpecito. ¿Y adivina quién es uno de los afortunados?

Cerré los ojos lleno de terror. Necesitaba mantener la calma para intentar escapar.

— Por favor por favor...

Supliqué, fingiendo llorar, tratando de distraerlo mientras alcanzaba la lámpara detrás de mí y cuando vi una abertura, lo golpeé en la cabeza. Salí corriendo de la habitación cuando me dejó ir.

— ¡Maldita puta! – gritó agarrando mi cabello nuevamente.

Dejé escapar un grito de dolor que no fue el único, mientras el peso de una enorme mano se estrellaba contra mi rostro en una fuerte bofetada. Comencé a llorar cuando volvió a apuntarme con el arma a la cabeza y sonrió con frialdad.

— Creo que empezaré sin los demás e intentaré divertirme lo más posible.

— ¡Déjame en paz!

— ¡No seas así! ¡Te prometo que te gustará tanto que me rogarás por más!

El hombre me lamió la cara en el lado en el que me abofeteó y cerré los ojos con disgusto, encogiéndome de hombros. En el momento en que pensé que iba a arrancarme la camisa, el hombre se desplomó en el suelo. Lo miré asustado, quien yacía con sangre goteando de una herida en la cabeza, acurrucado en el suelo. Allan se acercó y, con la pistola, le disparó en la pierna y luego lo esposó por el brazo a una silla de hierro.

— ¡Venir! – dijo, tirándome de la muñeca. – ¡Vamos salir de aquí!

Se puso el arma en el cinturón y comenzó a ponerse la camisa mientras caminaba hacia la salida del apartamento. Estaba aterrorizado y me dirigí a la escalera de incendios.

— No. – Dijo, empujándome hacia el otro lado. – Tomemos el ascensor. Si hay otros, estarán en las escaleras.

Subimos al ascensor y bajamos a la planta baja en silencio. Allan mantuvo una postura tranquila y atenta mientras sostenía mi mano con fuerza, pero sin hacerme daño. Cuando llegamos a la planta baja, paró un taxi y nos metió dentro. No tenía idea de adónde íbamos, pero esperaba que Allan lo supiera y que estuviéramos a salvo. Respiré hondo mirando por la ventana retrovisora. Al menos en ese momento estaba a salvo.

Capítulo 03

Allan

Dejé a Mykaella dentro del taxi y subí, manteniendo la pistola a mi espalda. Los ojos del taxista se abrieron y saqué la identificación que estaba en mi bolsillo.

— ¡Broadway!

Cogí mi teléfono móvil y llamé a la oficina. El celular, la pistola y la billetera junto con la placa fueron las únicas cosas que logré agarrar antes de salir del apartamento. Después del segundo timbrado, respondió la secretaria.

— ¡FBI!

— ¡Agente Morgan, por favor! – Hice una pausa, mirando a mi alrededor. – Digamos que es Allan Stella de la oficina de Dallas.

La secretaria pidió un momento mientras transfería la llamada. Segundos después, escuché la melodiosa voz de Casey Morgan.

— ¡Morgan!

— ¡Morgan, soy Stella! Escuche, estoy de camino a la oficina y necesito que me deje entrar con un testigo y una víctima de intento de asesinato.

— Allan, ¿qué haces en Nueva York? ¿No debería ser en Buffalo o donde sea? – Preguntó con voz sorprendida. – ¿Y quién es este testigo?

Respiré hondo y miré a Myka, que estaba atónita en el banco a mi lado. Su maquillaje ligero estaba corrido y su mejilla izquierda estaba tan roja como un tomate. Ese idiota debe haberla abofeteado. ¡Debería haberlo matado en lugar de dejarlo a los perros!

— Primero: es Benbrook, no Buffalo; Segundo: sufrí dos ataques en menos de veinticuatro horas. Los hombres de Francesco me persiguen y necesito salir de Nueva York lo antes posible. También intentaron matar a la hermana de mi cuñada. También se necesitarán agentes para recoger algunas pertenencias y realizar algunos arrestos.

Escuché a Morgan respirar profundamente y golpear la mesa.

— Ok, tendré tu dispensa lista y un vuelo charter para esta noche. Dame la dirección y cuantos hombres hay. Autorizo tu entrada y del resto hablamos aquí.

— ¡Gracias!

Le di la dirección del apartamento de Kyera a Morgan, quien dijo que enviaría algunos agentes para arrestar a los hombres que dejé atrapados allí y conseguir algunas cosas que Myka necesitaría. Casey Morgan era mi mejor amigo desde mis días de entrenamiento en Quántico. Terminamos trabajando juntos en Washington, pero pedí un traslado para quedarme más cerca de casa y perdimos el contacto. Hace un año me enteré de que Casey estaba en Nueva York y empezamos a trabajar juntos nuevamente en el caso de la familia Sartori. Ella estaba vigilando a Francesco y yo me quedé con Lorenzo.

Llegamos a la sede de la agencia en Manhattan cuarenta minutos después. Un agente ya estaba esperando mi llegada y nos recibió en la entrada del edificio.

—¡Agente Stella!

—¡Agente Lawrence!

Sonreí, presentándole la credencial mientras nos guiaba por el interior del edificio. Todo el edificio estaba hecho de piedra por fuera y por dentro era enorme. Entramos y Lawrence nos llevó a la habitación de Casey. Guie a Myka con mi mano derecha en su espalda. Todos se detuvieron a mirarme debido a mi condición: cabello despeinado, camisa arrugada, llena de moretones y una venda en el hombro que sangraba.

Llegamos a una habitación grande con una mampara de cristal y pude ver a Casey a través de ella. Vestía un traje formal y una camisa blanca. Su cabello oscuro era largo y ondulado, llegando hasta los hombros. Sus ojos marrones se iluminaron cuando me vio y sonrió.

— Agente Stella, ¡qué bueno verte de nuevo!

— ¡Un placer, Casey!

Sonreí, estrechando la mano de Casey. No era muy alta, por lo que usaba tacones altos todo el tiempo, pero era la agente más respetada de la división y no era solo por su belleza. Casey indicó una silla y yo senté a Myka.

— ¿No se supone que estás fuera del estado?

— Sí, pero hubo algunas complicaciones y todavía no he podido salir de aquí. – dije ayudando a Myka a sentarse. – Los hombres de Francesco están detrás de mí y, como sospechaba, también están detrás de ella.

— ¿Quién es esa chica?

— La cuñada de mi hermano. Crecimos juntos en Benbrook y ella vino a Nueva York por razones que sólo Freud puede explicar.

Mykaella me miró por el rabillo del ojo y pude ver furia en sus iris verdosos. Me encogí de hombros y me senté en otra silla. Casey resopló, colocó sus manos sobre la mesa y me miró

con expresión molesta.

— Allan, eres asistente del director de Dallas y jefe de división. No es muy bueno para ti mantenerte alejado. Sabes que no podemos protegerte si no cumples con tus propias ideas.

— Lo sé, pero no podía ir con los demás y dejarla aquí para que muriera. Entiende, ella es la hermana de mi cuñada. Si los mafiosos no me matan, Kyera lo hará, y no sé cuál de las dos muertes será peor.

Casey soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

— No tienes remedio, ¿sabes? Es muy difícil ser tu amigo cuando juegas al Príncipe Azul con un caballo blanco.

— ¡Gracias! Entonces, ¿me vas a ayudar a salir de aquí o no?

Casey hizo una mueca y yo sonreí.

— ¿Tienes hielo por ahí?

— Llamaré a un médico para que le mire el hombro y examine a su amigo. – Respondió con un suspiro y sacó algunos papeles del cajón. – Aquí está su despido y el de su hermano por tiempo indefinido. Llegaron hoy por fax y no tengo idea de cómo supo el director que usted vendría aquí. El billete de Dominic queda revocado hasta su regreso.

— ¡Excelente! ¿Qué tal si nos vamos de Nueva York?

— Veré si puedo conseguir un vuelo para esta noche.

Casey tomó el cable de extensión y pidió que le trajeran hielo junto con un médico. Aproveché para saber cómo estaba Mykaella y levantándome me acerqué a ella. Estaba parada mirando un lugar específico en la pared. Toqué su hombro y la llamé, pero ella no respondió.

— ¿Myka? ¡Habla conmigo!

— El médico ya está en camino. – dijo Casey cruzándose de brazos. – Si yo fuera tú, no me movería tanto. Este sangrado empeorará.

— ¡Maldita sea, está en shock! – dije, sacudiendo aún más el hombro de Myka. – ¡Myka, por favor di algo!

Inesperadamente Mykaella me miró, se levantó y me golpeó en la cara.

— ¡Estúpido imbécil!

Mykaella gritó saltando encima de mí y agarrando mi cabello.

— ¡Detente, Myka! – pregunté tomándola de las manos mientras ella me abofeteaba. – ¿Qué carajo tienes contra mi pelo?

Lawrence entró en la habitación con el médico, corrió a sujetarla por la cintura y alejó a

Myka de mí.

— ¡Suéltame, petimetre estúpido!

Myka pateó, tratando de liberarse. Pasé una mano por mi cabello e hice una mueca. Myka comenzó a hiperventilar y Lawrence la soltó.

— ¡Calma! Respira profundamente. – preguntó haciendo gestos con las manos. – Estarás bien. Esta todo bien.

Myka empezó a respirar de nuevo y se sentó en la silla. Él le sonrió.

— ¿Mejor? – Le preguntó. Ella sonrió cuando Lawrence asintió y él le guiñó un ojo.

— Pero lo que...? ¿Qué carajo fue eso?

Me pasé la mano por la cara preguntándome quién era ese payaso.

— ¡Mykaella Collins! – Se presentó espontáneamente. Él le sonrió y le tendió la mano.

— ¡Agente Kurt Lawrence!

Myka tenía una mirada encantada y le sonreía a Kurt.

— Puedes llamarme Myka si quieres, no soy tan mayor para que me llamen señora.

Me acerqué a ellos y encaré a Myka con los brazos cruzados.

— ¿Estás bien? – pregunté y coloqué la tela helada en su cara. Myka se estremeció y cerró los ojos cuando toqué la piel con el paño frío.

— No. – Dijo suavemente. – Nunca volveré a ir a Benbrook y lo mataré si intenta arrastrarme.

Miré hacia atrás y miré a los tres que nos miraban con expresión de asombro.

— ¿Puedes permitirme hablar con ella un momento?

— ¿Pero ¿qué pasa con tu hombro? – Casey señaló la sangre que fluía. Miré el líquido y luego a Casey.

— Eso lo veré más tarde. Ahora necesito hablar con ella.

Casey levantó los brazos en gesto de rendición y salió con los demás. Myka miró cada rincón de la habitación, excepto mis ojos. Conocía esa mirada. Estaba furiosa y me mataría si pudiera.

— Escucha, lamento haberte involucrado en esto—dijo, sacando una silla y sentándose frente a ella. – Para empezar, ni siquiera me gustaría que mi hermana estuviera involucrada en esto.

— ¿Quién más fue amenazado?

— ¡Todo el mundo! Mis hermanos, mis amigos más cercanos – respondí secamente. – Quieren que veamos morir a todos los que son importantes para nosotros primero y, preferiblemente, de una manera muy dolorosa. Son de la mafia italiana y suelen ser muy crueles.

— ¿Pero por qué yo? No soy importante para ti, Allan, ni siquiera somos amigos. – Hizo una pausa, amenazando con levantarse, pero la detuve. – Éramos los estudiantes más populares de esa escuela y, sin embargo, apenas me hablabas.

Suspiré, pasando mi mano por mi cabello. Estudiamos juntas durante años y no hablaba con Myka porque ella era más joven que yo y yo odiaba esa reputación de preppy que ella insistía en mantener. Ella no era una snob, pero sabía bien que estaba actuando como alguien que no estaba destinado a ser el centro de atención. Y aunque ella vivió haciendo la vida de mis hermanos un infierno junto a Kyera cuando éramos niños, nunca nos hicimos amigos. Después de graduarse, Myka cambió mucho, pero todavía nos hablábamos como vecinos normales o simples conocidos.

— Eres hermana de mi cuñada y creo que ya lo dije, pero ese hecho te convierte en una persona importante para uno de nosotros. En el momento en que apreté el gatillo y puse las esposas en las manos de la sobrina de Francesco, te convertiste en un objetivo, al igual que Ash y Kyera. Mi hermana ya estaba en el punto de mira y, como la lista de amigos es la misma, se convirtió en blanco de venganza, al igual que Alec. Créeme, la idea de quedarme en NY y buscarte fue mía. Por eso necesito que regreses, porque aquí no estarás seguro.

Myka suspiró y, descruzando los brazos, se sujetó a los lados de la silla, bajando la cabeza.

— ¿Dominic también está en el FBI?

— Todavía no, pero recibió un ascenso y comenzará a entrenar tan pronto como todo esto termine. – Sonríe con satisfacción. – Ella y Alex servirán bajo mi mando.

Myka me miró con una expresión ilegible. Era una experta en ocultar sus emociones cuando quería. Ella fue la mejor actriz que he conocido en mi vida. ¿Cuántas veces había engañado a Alec para que Kyera lo arrojara al lago solo con esa expresión?

— ¿Cómo se enteraron que vivía en ese edificio?

— No lo sé, pero es muy probable que Francesco haya investigado tu relación con Kyera o te hayan seguido durante mucho tiempo.

— Sabías quiénes eran en el momento en que derribaron la puerta, ¿no?

— No, pero estoy entrenado para deducir estas cosas. Especialmente después de lo que pasó anoche.

Los ojos de Myka brillaron y me abofeteó.

— ¡Bastardo! – gritó poniéndose de pie. Me llevé la mano a la cara.

— ¡Myka, cálmate! Estás a salvo conmigo, tu hermana está a salvo con Alec y Ash está a salvo con Alex. Sin mencionar a Dominic, que está a salvo con Ethan y corre doble peligro porque tiene una hija.

— Pero ¿quién es Ethan? – Ella me empujó. – ¿Quiere saber? ¡No importa! ¿Dónde estabas pensando en meterte con la mafia, Allan? Pensé que era inteligente, ¡pero es un idiota como sus dos hermanos!

Myka hizo una pausa como si recordara algo y frunció el ceño.

— Habías mencionado el nombre de Francesco. Por casualidad no es Francesco Sartori, ¿verdad?

— Sí. ¿Conoce a los Sartoris? ¿Has escuchado de ellos?

— ¡Oh Dios mío! ¿Quién no lo ha oído, Allan? – Dijo con voz desesperada. – ¡Los Sartori gobiernan Brooklyn! Y mataste a sus dos hijos y, al parecer, te apoderaste de su joya más preciada. Dile que no arrestaste a Emma.

— Sí, arresté a Emma.

Myka se puso las manos en la cabeza y caminó de un lado a otro de la habitación. Sabía que la situación era desesperada, pero no sabía que Myka sabía sobre la mafia italiana. Me acerqué a ella, tratando de calmarla.

— Myka, te prometo que estarás a salvo hasta que todo esto termine, pero tienes que venir conmigo a Benbrook. Nos conocemos desde niños, ¿cuándo he prometido algo o jurado algo falso?

Ella bajó la cabeza y yo puse mis dedos en su barbilla, levantándola.

— ¡De acuerdo, confío en ti! – Dijo finalmente con esos ojos verdes, ahora con una expresión más suave. – Prometo colaborar contigo, pero con una condición:

— ¿Cual?

— Que me envíes a cualquier parte menos a Benbrook.

Capítulo 04

Myka

— ¡Pero ni siquiera pasarás por encima de mi cadáver en ningún otro lugar que no sea Benbrook!

— ¡No voy a volver a esa ciudad, Allan!

— ¡Y no puedo protegerte si no vienes conmigo, así que la respuesta es “nunca”!

Allan echaba humo mientras caminaba de un lado a otro. Intenté por todos los medios convencerlo de que no me llevara de regreso a Texas, pero se mantuvo firme. Bueno, no fue mi culpa si esos hombres nos perseguían y como él no quería cooperar, la única manera era huir.

— Está bien. – dije, suspirando y encogiéndome de hombros. Allan me miró con el ceño fruncido.

— ¿Hablas en serio? ¿Volverás a Benbrook conmigo?

— ¿Y tengo otra opción? – pregunté y me acerqué a él. – Además, ¿qué chica rechazaría la compañía de una Stella?

Allan mantuvo el ceño fruncido, pero sus hombros se relajaron. Pasé la punta de mi dedo índice por su pecho y subí hasta sus labios. Su respiración se volvió pesada y Allan permaneció estático, simplemente mirándome. Sonriendo, agarré su cabello por la parte posterior de su cabeza y bajé su cabeza hacia la mía.

— Creo que a tu lado me sentiría más segura – susurré.

Allan sonrió, sujetándome por la cintura y apretándome contra su pecho. Cuando pensó que me iba a besar, lo agarré por el cuello de su camisa y le di una patada en las partes bajas. Allan cayó de rodillas al suelo y gimió, metiéndose las manos entre las piernas.

— ¡Hijo de puta! – Gruñó.

— Al parecer la arrogancia viene de serie y los acompaña a todos – dijo antes de tomar el arma que tenía en la cintura y golpearlo con la culata de la cabeza. – ¡Dulces sueños!

Miré de un lado a otro de la habitación y tomando las esposas que estaban sobre la mesa, até a Allan a las patas de la mesa de hierro. Esto me daría tiempo para salir de allí y mantener ocupada a la gente si entrara a la habitación. Me acerqué a la puerta y, al abrirla lentamente, vi que no había nadie en el pasillo. Entonces aproveché para correr hacia el ascensor que se estaba

abriendo en ese momento. Por suerte iba abajo. Los agentes que estaban en la planta baja no tuvieron tiempo de detenerme, ya que pasé corriendo y me fui sin darles oportunidad de explicarme. Me subí al primer taxi que pasó y me dirigí de regreso al apartamento, pero primero paré en la discoteca para cobrar el pago de la noche anterior.

¡Ese idiota arrogante no me volvería a poner en esa ciudad si estuviera muerto!

¿Qué haría en Benbrook? Mi vida era esa floristería que dejé atrás y mi casa victoriana. Si regresaba, no tendría dónde quedarme, ya que me negaba a quedarme con mi padre en la granja o en la casa. Tendría que vivir en un hotel, y eso costaría mucho dinero, o tendría que volver a casa y recordar lo sinvergüenza que había sido mi padre, porque en la finca ya no había habitaciones porque revertimos todas las habitaciones. la casa grande en trasteros cuando aceptó vivir conmigo en la ciudad.

Entrar en un sistema de protección de testigos también estaba fuera de discusión. No viviría el resto de mi vida con el miedo de que alguien me encontrara y me matara, o viviría con la expectativa de que un día llegara uno de los agentes y dijera que ya no había moros en la costa. Si viviera así, preferiría huir a otro estado. ¡O mejor aún, huiría a otro país!

Llegué al edificio donde estaba el departamento de Kye y entré al pasillo. Tomaría mis cosas y me iría a otro lado antes de que algún loco me encontrara.

— ¡Buenas noches, señorita Collins!

Le sonreí al portero y me dirigí al ascensor.

— Señorita Collins, unos señores de traje estuvieron aquí y se llevaron a unos hombres que estaban en su departamento. – Dijo luciendo tranquilo. – También arreglaron la puerta que estaba rota. ¿Hay algo mal?

¡Mierda! Había olvidado que habían asaltado el apartamento. Me volví hacia el portero del edificio.

— ¡Maldita sea! Me había olvidado de los ladrones – maldije en voz baja. – Salí tan desesperado en compañía de mi amigo del FBI que no tomé las llaves. ¿Podrías darme una llave extra?

— ¡Claro! – Dijo y se giró para sacar la llave del casillero. – Lo siento, señorita Collins, no los vimos subir y por eso no tenía idea de que estaba en peligro. ¿Quieres que llame a la policía?

— ¡Está bien, estoy bien! Mi amigo es policía y durmió aquí anoche. Ya ha resuelto todo.

Le expliqué antes de que sonara el ascensor anunciando que había llegado a la planta baja. Entré y fui al piso del departamento. La puerta estaba levantada y en su lugar cuando entré

al pasillo y todo estaba exactamente como estaba antes de que los hombres irrumpieran en el apartamento detrás de nosotros. Me dirigí al dormitorio y tomé mi celular, el cual lo dejé debajo de la almohada por razones de seguridad. Él todavía estaba allí, así que comencé a marcar mientras agarraba una bolsa.

— ¡Hola! – Respondió una voz ronca al otro lado de la línea.

— Alec, soy yo Myka. No digas mi nombre porque no quiero preocupar a Kye.

— Está bien, Kye no está aquí. ¿Hay algo mal?

— Sólo una palabra: Allan.

— Me alegro de que te haya encontrado. ¿Dónde están?

— ¡No hay nada bueno en ello! Allan quiere llevarme de regreso a Benbrook.

— Es por tu seguridad, Myka. Si todos están juntos, será más fácil mantener alejados a los Sartori y mantenerte a salvo.

— ¡No me interesa! No voy a volver, especialmente con él. – Alec quiso interrumpirme y decir algo más, pero lo interrumpí. – ¿Quiero saber si mi hermana está a salvo?

— Sí somos.

— ¡Excelente!

Hablé al mismo tiempo que recogía algunas cosas y las metía en una mochila. Me moví rápidamente para ahorrar tanto tiempo como pude.

— Escucha, Myka, déjame hablar con Allan.

— No estoy con Allan. De hecho, estoy intentando mantenerme lo más lejos posible de él. Tu hermano es un bastardo estúpido.

— Myka, somos hijos legítimos de un padre soltero, así que no nos ofendas así. Vuelve con Allan para que podamos mantenerte a salvo.

— ¡De ninguna manera! En menos de 24 horas descubrí que un mafioso me persigue y que gracias a Allan pueden llegar hasta mi hermana. Si algo le pasa a Kyera por su culpa, ¡te juro que los mataré a los dos!

— Myka, Kyera está a salvo y no le pasará nada a ella ni a nadie más aquí, pero corres riesgo si te quedas allí, así que busca a Allan y deja que él te mantenga a salvo.

— No. Me iré de la ciudad en unas horas, solo dile a Kye que no se preocupe.

— ¿Y a dónde vas?

Alec resopló y escuché el sonido de teclas haciendo clic de fondo. Debería intentar llamar a Allan desde otro teléfono.

— No lo sé, pero te llamaré en cuanto llegue.

Respondí rápidamente y apagué el celular. Tiré el dispositivo en mi bolso, saqué el dinero de la caja fuerte, la tarjeta bancaria y salí del apartamento. Un taxi se detuvo junto a la acera tan pronto como me subí a la acera. Se suponía que ese sería mi día de suerte.

— ¡Aeropuerto de Newark, por favor!

— ¡Si señora!

Suspiré, sacando un mapa que siempre llevaba en mi mochila y comencé a trazar los planos. Volaría a Los Ángeles y de allí iría en autobús a San Diego. Cuando llegué, buscaría la manera de entrar a Tijuana y listo, me quedaría en México por tiempo indefinido. Parecía un gran plan y fui un excelente fugitivo. ¡Esto tenía todo para funcionar y lo haría!

Sonriendo, levanté la cabeza, doblé el mapa y lo guardé en mi mochila. Fruncí el ceño cuando miré a mi alrededor y vi que el conductor iba en dirección opuesta.

— ¿A dónde vamos? Este no es el camino al aeropuerto.

Pregunté, abriendo la pequeña ventana de vidrio que nos separaba. Al notar que nos dirigíamos hacia Brooklin, lo llamé nuevamente, pero el conductor no respondió. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando noté que la piel de sus brazos estaba toda tatuada.

— ¡Detén este auto ahora! ¡Quiero bajar!

Grité de pánico, agarrando la manija de la puerta para abrirla. Al detenerse en uno de los semáforos, se dio la vuelta con una pistola en la mano y sonrió fríamente.

— Estarás muy callado y vendrás conmigo muy silenciosamente o te volaré los sesos aquí mismo.

Abrí mucho los ojos y contuve la respiración ante la amenaza. ¡Esto sólo podría ser una pesadilla! El taxista, de hecho, era uno de los delincuentes que me perseguían.

Tragando fuerte, solté la manija y él giró hacia el tráfico. Agarré mi mochila contra mi regazo y miré a mi alrededor. Debería haber algo que pudiera usar para golpearlo en la cabeza. El agujero en el cristal que nos separaba era lo suficientemente ancho como para que pasara mi brazo. Empecé a buscar algo que pudiera ayudarme a salir de allí. Sentí algo de metal duro cuando pisé el suelo junto al banco y apareció una punzada de esperanza. Miré por el espejo retrovisor y vi que estaba prestando atención al tráfico que fluía demasiado bien para un día normal.

— ¡Mierda! – grité poniéndome la mano en la oreja y agachándome entre el banco. – Creo que perdí mi pendiente.

— ¿Qué estás haciendo? – preguntó, metiendo su mano a través del cristal después de

que me agaché e intenté agarrar mi cabello.

— Mi arete, creo que se cayó aquí.

Respondí mientras pasaba mi mano sobre la cosa de metal que sentí con mis pies. Me agarró del pelo y empezó a tirar. Sonreí cuando me di cuenta de que era una llanta.

— ¡Allá!

Grité, levantándome muy rápido y golpeando su brazo. El hombre gritó, se estremeció y aproveché para golpearlo en la cabeza. El hombre se desmayó, lo que provocó que el coche perdiera el control y girara por la pista, golpeando a otros coches que venían hacia nosotros. Con el impacto salí lanzado contra el cristal que separaba las cabinas y caí de costado sobre la banca. Estaba mareado cuando me levanté y me di cuenta de que todavía estaba inconsciente. La puerta estaba atascada y no se abría, así que rompí el cristal de la ventana con los pies y salí del auto mirando a mi alrededor. Me puse la mano en la frente cuando sentí que me palpitaba y me di cuenta de que me dolía. Había mucha sangre y estaba empezando a sentirme mareado, pero tenía que salir de allí rápidamente. Salté por encima del coche que había chocado contra el lateral del taxi y corrí hacia la parada de autobús más cercana.

Dos hombres saltaron de un auto negro que chocó contra ese desastre y comenzaron a correr detrás de mí. Tratando de no desesperarme, entré a un callejón en un intento de perderlos. Encontré la puerta de emergencia de uno de los edificios y la abrí. Estaba abierta y entré, cerrándola detrás de mí. Me apoyé contra la pared y comencé a respirar profundamente para recuperar el aliento. Casi estaba controlando los latidos de mi corazón cuando escuché que la puerta se abría a la fuerza desde afuera. Miré a través del cristal de seguridad esmerilado y vi a los dos hombres sacando sus armas y preparándose para disparar. Miré hacia arriba y pensé en subir las escaleras, pero no me pareció buena idea. Había muchos pisos y me atraparían antes de que terminara el primer tramo. Miré a la derecha y vi que había un montón de cajas de cartón desmanteladas en un rincón. Sin pensarlo mucho, me sumergí en el cartón y el plástico, permaneciendo en silencio para que no me encontraran. Miré a través de un espacio entre el plástico y el cartón. Los hombres entraron al edificio después de romper la cerradura con disparos silenciosos.

— ¡Ella no está aquí! – dijo uno de ellos luego de registrar el lugar.

El otro vino hacia mí y me pateó algunas cajas en el costado, y cerré los ojos rezando para que se fuera. Había tanto cartón a mi alrededor que ni siquiera se acercó y desistieron de buscar más. Profiriendo malas palabras, abandonaron el edificio y se pusieron las armas en la cintura. Respiré profundamente aliviado y decidí quedarme allí un rato más. Esperaba unas horas para salir de mi escondite y luego iba directo a una farmacia. Necesitaría agua y medicinas para

la herida en mi frente, pero primero garantizaría mi seguridad y les dejaría pensar que no estaba cerca. Miré el reloj en mi muñeca y vi que faltaban unas horas para el atardecer. Cuando pudiera, saldría de allí y subiría las escaleras hasta un piso seguro. Por ahora, descansaría antes de retomar mis planes y cuando eso terminara, mataría a Allan. ¡Y preferiblemente de forma muy dolorosa!

Capítulo 05

Allan

Caminé de un lado a otro de la habitación sin detenerme, con el teléfono en una mano mientras sostenía la bolsa de hielo sobre mi entrepierna. Estaba furioso por haber despertado esposado a la mesa y con un chichón sangriento en la frente. Para empeorar las cosas, nadie había visto a Myka salir de la habitación. Sólo unos pocos agentes la vieron cruzar el pasillo, pero no tuvieron tiempo de impedirle salir del edificio. También estaba frustrado por haberme dejado llevar por el momento de seducción que ella había provocado y que mataría a Myka tan pronto como la encontrara.

No tenía idea de dónde podría haber ido esa loca, así que envié a varios agentes para ir tras ella. Para empeorar aún más la situación, el calvo al que había encerrado en el apartamento acabó escapando antes de que llegaran los agentes. No tenía idea de cómo logró liberarse de las esposas en el departamento de Kyera, pero logró romperlas y escapar. Cuando llegaron al apartamento, solo estaban dos de los tres hombres que había derribado. Los otros dos estaban muertos.

— Si sigues caminando de un lado a otro así acabarás sufriendo un derrame cerebral. — comentó Casey, entrando a la habitación.

Fue Casey quien me encontró inconsciente y esposado al pie de la mesa. El médico ya me había examinado y me había vuelto a poner los puntos en el hombro. También me vendó la frente y me puso hielo para el golpe que recibí en mis partes más preciadas.

—¿Señorita Morgan?

Uno de los monitores de control llamó la atención de Casey.

— ¿Sí?

— Se registró un accidente de tráfico en Madison y la cincuenta y nueve.

— Transmitirlo a otras autoridades. No somos policías de tránsito.

Respondió Casey, volviendo su atención a los documentos que estaba analizando antes. Miré al agente y, apagando el celular, me dirigí al panel donde estaba encendido el mapa de la ciudad.

— ¡Aférrate! — Seguí las calles hasta la salida más cercana. — ¿Qué tipo de vehículo era?

—Un taxi y algunos turismos, señor. Parece que el taxista perdió el control y giró hacia la carretera provocando que al menos otros tres vehículos chocaran.

El agente respondió dando un breve informe.

— ¿Una enfermedad repentina? – sugerí, haciendo que Casey levantara la cabeza y frunciera el ceño.

— Me parece difícil. – El agente de seguimiento accedió a una pantalla de computadora con la noticia del accidente e información ya registrada sobre lo sucedido. – Testigos dijeron que el taxi aceleró y chocó contra un auto, giró, atropelló a dos más y se detuvo atrapado entre un poste y uno de los autos. Al parecer, el conductor fue atendido y trasladado inconsciente al hospital. El pasajero se bajó del auto antes de que llegara la policía y corrió por la 59 hacia la estación, pero desapareció en un callejón, según información del guardia y algunos testigos.

— ¡Es ella! – Disparé entre mis dientes. – Quiero agentes barriendo esta región y la estación. Busque registros de entradas a nombre de Mykaella Collins. ¿Dónde está el taxista?

El chico revisó otro informe.

— Fue trasladado al Hospital Universitario de Park Avenue con hematomas y un fuerte golpe en la nuca.

— Quiero hablar con él. Llama a Lawrence y pídele que se reúna conmigo en la sala de conferencias.

Salí de la habitación tan pronto como mi celular empezó a sonar. Miré la pantalla y vi que era Alec.

— Alec, no puedo decir mucho ahora. ¡Ser breve!

— ¿Está Myka contigo?

— ¿Myka? – Solté una carcajada. – Ese diablo me engañó y se escapó. Cuando la encuentre la voy a estrangular hasta que se ponga azul.

Me enfurecí mientras caminaba hacia la sala de reuniones. Todos a mi alrededor parecieron asombrados por mi reacción. Debí parecer una muñeca de paja con el pelo despeinado, los pantalones y la camisa arrugados y los pies descalzos. ¡No! Realmente parecía un mendigo.

— ¡Alec, voy a matar a Mykaella! ¡Dile esto a Kyera para que pueda estar preparada para recibir a su hermana en un ataúd!

— ¿Allan? – gritó Alec. – ¡Quieres callarte! Kyera sabe adónde va Myka, en caso de que la hayas perdido.

¿Vista perdida? No tenía idea de adónde iba ni dónde estaba en este momento. Respiré

hondo y decidí calmarme y escuchar su idea.

— ¡Bien! ¿Dónde debería empezar?

— Si estoy en lo cierto – escuché la suave voz de Kyera al otro lado de la línea – debería tomar un avión hacia San Diego. De allí se dirigirá a El Paso e intentará ingresar a México por la frontera.

Fruncí el ceño. Ese plan era una locura, y Myka estaba loca por intentar entrar a México a través de la frontera. Ella terminaría muerta si eso fuera cierto y me di cuenta de que no tenía mucho tiempo.

— ¿Está usted seguro de eso?

— Sí. Hicimos este plan cuando éramos niños. Soñé con huir de casa y a ella fue a quien se le ocurrió esta idea.

Me reí porque eso era propio de Kyera.

— Está bien, enviaré agentes a los aeropuertos para ver si puedo encontrarla.

— ¡Buena suerte!

Dijo Kyera antes de colgar. Gemí, apretando el dispositivo en mis manos.

— ¡No, la que necesitará suerte será esa loca!

— ¡Buenas tardes! Somos la Agente Stella y el Agente Lawrence del FBI.

Me presenté y le presenté a Kurt a la recepcionista del hospital. Sus ojos se abrieron y sonreí para tranquilizarla.

— Hace poco entró un señor que había tenido un accidente de tráfico. Es el taxista que conducía el coche que se estrelló.

La niña colocó su mano sobre su pecho aliviada y señaló el pasillo y el dormitorio.

— ¿De verdad crees que era ella la del taxi? – preguntó Kurt mientras nos dirigíamos al dormitorio.

— Si la conocieras como yo también lo creerías – respondí entrando a la habitación indicada.

El hombre debía tener poco más de treinta años, ser alto y de pelo oscuro. Tenía la cabeza vendada y varios vendajes en los brazos. Ambos ojos eran negros y tenía el labio partido. El accidente parecía haber sido grave, aunque no grave. Nos miró y abrió mucho los ojos ante las insignias que colgaban de nuestros cuellos.

— ¡Hola!

Lo saludé burlonamente tan pronto como me acerqué a la cama. Tomó un respiro profundo.

— ¡Yo no sé nada! – Disparó primero. Kurt sonrió sarcásticamente.

— Pero todavía no hemos preguntado nada.

Saqué una foto de Myka del bolsillo interior de mi chaqueta.

— Sé que es de la mafia, más concretamente un miembro de la familia Sartori. Ahora dime si esa fue la chica que se escapó de tu taxi.

Le mostré la foto. El hombre entrecerró los ojos y no dijo nada. Sin paciencia, Kurt sacó el arma de su funda y comenzó a sacar las balas del cargador.

— Está bien, seremos más prácticos. Esta arma dispara veinte balas y solo dejaré una. Te haremos algunas preguntas y si no respondes o respondes incorrectamente, dispararé.

Me apoyé contra la puerta cerrada y me crucé de brazos.

— Se llama ruleta rusa. Sólo espero que respondas antes de que lleguemos a la bala.

— ¡Eso! Ahora responde la pregunta que te hicimos. – ordenó Kurt, apretando el gatillo.

— Amigo, ¿por casualidad estás loco? – Gritó el hombre al sonido del primer clic. Kurt ríó oscuramente.

— ¡No tienes idea!

Kurt se estaba divirtiendo con eso y me recordó a Dominic. Era tempestuoso e impulsivo. No podían asignarme a alguien mejor para trabajar.

— Vamos, que sólo tienes dieciocho oportunidades. – Dijo disparando tres tiros seguidos. – Ups... ¡Quince!

El hombre saltó de la cama.

— Está bien ¡Era ella! – Respondió presa del pánico. – ¿Satisfecho? ¡Ahora deja de apretar esa mierda!

Me enderecé, pero dejé que Kurt continuara.

— ¿Está seguro? – preguntó Kurt. El hombre entrecerró los ojos.

— Sí, el cabello era rosado, ¡pero definitivamente era ella! El señor Sartori me dijo que la siguiera y la vi salir del edificio. Tomé el taxi y la llevé, pero esa loca me golpeó en la cabeza con una llanta y se escapó.

Dejé escapar una risa profunda. Es típico de Myka hacer eso. Tuve que admitir que ella era muy inteligente. Me descrucé de brazos y me acerqué a él, chasqueando los dedos.

— No la tocaste, ¿verdad? – pregunté entre dientes.

El hombre me miró con pánico y Kurt rápidamente disparó cinco tiros, pero estaba tan asustado que no podía hablar. Kurt continuó la cuenta regresiva.

— Diez nueve...

— ¡Dilo rápido o te matará! – Lo sacudí. Miró de un lado a otro sin saber qué hacer.

—Ocho... Siete... Seis...

Kurt disparó tres tiros más seguidos. El hombre me tomó las manos y respiró hondo. Abrió la boca, pero no salió nada.

— Cinco cuatro...

— Está bien ¡No la toqué! Después de que esa loca se escapó, dos guardias de seguridad de Dom Francesco fueron tras ella, pero no pudieron encontrarla en el callejón dos cuerdas más arriba. No sé a dónde fue y ahora soy hombre muerto.

Gruñí, liberando al hombre que estaba acurrucado en la almohada.

— Envía agentes para que lo cuiden – dijo suspirando. – Creo que será mejor volver a ese bar e intentar conseguir más información.

— DE ACUERDO.

Kurt enfundó el arma nuevamente y se arregló la chaqueta para irse.

— ¡Aférrate! – Dijo el hombre con voz estridente. – ¿No me vas a matar?

Kurt dejó escapar una carcajada.

— Somos agentes, no asesinos.

El hombre frunció el ceño confundido.

— ¿Pero ¿qué pasa con las balas?

— ¿Eso? – preguntó Kurt, tomando el cargador de bala vacío. – ¡Oh, fue solo un truco! ¿De verdad crees que estarías loco si amenazaras con dispararle a alguien desarmado dentro de un hospital?

Nos reímos mientras salíamos de la habitación. Kurt estaba realmente loco y tenía que admitirlo.

— No creo que debamos ir al bar donde ella trabaja. Creo que deberíamos regresar al lugar del accidente. Algo me dice que esa chica todavía está por ahí en alguna parte.

Respiré hondo y asentí mientras subíamos al auto.

— ¡Puede que tengas razón! Si la perseguían, debía haberse escondido y estado esperando salir. Vayamos al lugar del accidente y veamos si todavía está escondido allí.

Si Mykaella estuviera cerca, la encontraría y luego la estrangularía por causarme

moretones.

Capítulo 06

Myka

Me miré en el espejo de la tienda y me alisé la camiseta de satén rosa. Pasé horas debajo de las cajas y descubrí que estaba en el sótano de unos grandes almacenes. Y lo que es peor, la puerta de emergencia estaba abierta y podría haber entrado por ella. Al menos estaba viva y eso era un gran logro.

Respiré hondo y salí del camerino con unos vaqueros, una camiseta, los zapatos planos que había elegido y la peluca negra que había comprado. Lo único que faltaba eran las gafas de sol. Vestida así, ni siquiera Allan me reconocería, y podría ir al aeropuerto como estaba previsto, pero esta vez tomaría el autobús.

Me puse la mochila a la espalda y decidí entrar a un café a comer algo. Me senté en una de las mesas de la esquina y pedí chocolate caliente y tostadas. Saqué la tableta de mi mochila y comencé a buscar precios de boletos para reservar. Había una web con ofertas y reservé todas las entradas que necesitaba. Dos hombres entraron al restaurante y me llamaron la atención con los trajes negros que vestían. Ambos eran altos y uno de ellos tenía el pelo negro. Éste puso sus manos en las caderas y pidió un café, el otro se cruzó de brazos y se sentó.

¡Mierda!

Reconocí a Kurt y Allan que parecían frustrados. Me puse las gafas y comencé a coleccionar cosas. Me levanté lentamente para no levantar sospechas y me puse la mochila a la espalda. Pasé a tientas por delante de los dos hombres y terminé chocándome con uno de ellos, lo que provocó que mi mochila cayera al suelo. Al intentar agarrarlo, terminé resbalándome y cayendo al suelo.

— ¿Estás bien?

Me preguntó Kurt, extendiendo su mano. Lo miré y le di una sonrisa irónica, ignorando su intento de ayudarme. Cogí la mochila y la volví a colocar en mi espalda.

— ¡Sí, no fue nada! Sólo un golpe y...

Tartamudeé caminando de espaldas hacia la salida.

— ¿Myka? ¿Y tú?

preguntó Allan, frunciendo el ceño. Me alejé hacia la puerta y él vino hacia mí.

— ¡No sé de quién está hablando y seguramente me confundió con alguien, señor!

Allan me agarró del pelo y tiró. La peluca se cayó en su mano y mi cabello rosado cayó sobre mi hombro.

— ¡Myka, loca! ¡Te he estado buscando como loco! – Dijo tomándome del brazo. –
¡Quiero que vuelvas al departamento conmigo ahora!

Tiré de mi brazo y lo empujé.

— ¿Para qué me vuelvas a encerrar en ese lugar? ¡Nunca!

Lo empujé más fuerte y Allan golpeó su espalda contra Kurt. Aproveché la oportunidad para salir corriendo de la cafetería.

— ¿Myka? – gritó cuando ya estaba en la esquina. – ¡Detén a esta chica!

De repente una multitud se formó a mi alrededor y vino hacia mí. Mirando de un lado a otro comencé a correr hacia la quincuagésima novena estación. Bajé corriendo las escaleras rápidamente, casi tropezando con mis pies.

— ¿Myka? – gritó Kurt. Miré hacia atrás y lo vi bajar las escaleras a toda velocidad.

¿Dónde estaba Alan? ¡No importaba mientras lograra deshacerme de ellos!

Crucé la estación corriendo, subí las escaleras del lado opuesto y salí a la calle de nuevo. Cuando terminé de subir las escaleras, dos hombres me agarraron del brazo y me levantaron. Grité pateándome.

— ¡Suéltame!

Miré hacia un lado para ver que uno de ellos era el calvo.

— ¡Esto tiene que ser algún tipo de broma!

El hombre se ríó y empezó a arrastrarme junto con el otro hombre. Me sentí como en uno de esos sueños donde corres, corres y el criminal siempre te atrapa en alguna salida.

En un gesto desesperado pisé el pie de uno de los hombres que me soltó el brazo con un gruñido, luego agarré la mochila y golpeé fuerte al otro. Salí corriendo entre la gente otra vez. Miré hacia atrás y los hombres corrían a toda velocidad, pero aún estaban lejos. Necesitaría ser aún más rápido para perderlos. Justo cuando estaba a punto de llegar a la esquina y girar hacia la parada de autobús, un par de manos fuertes, de la nada, me agarraron y me arrastraron hacia un callejón.

— ¡Obtuve!

Uno de sus fuertes brazos rodeó mi cuerpo, presionándome contra su pecho y la otra mano cubrió mi boca, impidiéndome gritar. El hombre era alto y me presionó contra la pared,

cubriendo todo mi cuerpo con su cuerpo. No podía moverme, pero pude ver el momento exacto en que los demás pasaron corriendo. El hombre soltó el brazo que rodeaba mi cuerpo, pero me mantuvo atrapada con la presión que ejercía sobre su cuerpo. Aparté su mano de mi boca porque me estaba ahogando.

—¿Estás loco por casualidad? – pregunté levantando la vista para ver quién era.

— Preguntó la chica que huye del FBI sin motivo alguno y casi muere a manos de la mafia. – respondió Allan con su tono irónico y sin aliento.

Miré fijamente esos ojos plateados.

— ¿Y de quién es la culpa?

Me gruñó golpeando la pared.

— ¡Nada de esto pasaría si no intentaras alejarte de mí en esa discoteca!

—¡Escúchame, ingrata! – Le señalé la cara con el dedo. – Te salvé la vida, en caso de que ya lo hayas olvidado, ¿y qué recibo a cambio? ¡Ser perseguido por un grupo de mafiosos por tu culpa!

Allan me agarró de los brazos y me sacudió.

— ¡Y por eso me necesitas! ¿Puedes al menos meter esa información en esa cabecita tuya vacía?

— ¡Allan, suéltame!

— ¿Puedes quedarte callado? Les llamaré la atención aquí, ¡y no tengo suficientes balas para disparar tres!

— ¡Solo hay dos!

— ¡El tercero eres tú!

Allan disparó, sacando su teléfono celular del bolsillo de su chaqueta. Intenté alejarlo, pero fue en vano.

— ¡Ayuda! – grité, esperando llamar la atención de alguien.

— ¡Mierda! – Maldijo, tapándome la boca. – ¡Si esos hombres aparecen aquí, te dispararé yo mismo y los ignoraré!

Decidida a deshacerme de él, no lo pensé dos veces antes de morderle la mano.

— ¡Mierda! – gritó, sujetándome la nuca. – ¡Veremos si te quedas callado!

Allan me agarró con fuerza y me empujó contra la pared. Para mi sorpresa, me besó con furia, robándome el aire. Puse mi mano sobre su pecho para empujarlo, pero Allan me presionó aún más contra la pared usando su cuerpo fuerte y musculoso. El beso se volvió algo intenso y

terminé entregándome. Me encontré poniendo mis brazos alrededor de su cuello y luego sosteniendo su suave cabello. Allan era un besador magistral y aunque lo conocía desde que era niña, nunca pude imaginar ese beso. Eso fue nuevo para mí y despertó algo en mi ser. Mi cuerpo empezó a calentarse y por un segundo olvidé dónde estaba o por qué estaba allí. Hasta que Allan rompió el beso y colocó su frente contra la mía respirando profundamente. Mantuve los ojos cerrados entumecidos por esa acción.

— ¡Sabía que eso te haría callar! – Él dice.

Abrí los ojos y lo vi poniéndose el celular en la oreja hablando en tono frío.

—Encontré a la niña. Estamos en un callejón entre la 61 y Lexington.

— ¡Bastardo!

Agarré el cuello de la chaqueta que llevaba y le di una patada en las partes más dolorosas del cuerpo, de nuevo, por cierto.

— ¿Quién te dio permiso para besarme? – grité mientras él se inclinaba de dolor. Luego lo agarré del pelo y le hice mirarme. – ¿Dolió? ¡Pobre bebé!

Allan maldijo y le di dos palmaditas en el hombro.

— ¡No me toques más! ¡Cuando quiero lo pido yo mismo!

Me puse la mochila a la espalda y salí del callejón mirando de un lado a otro. Vi que en la parada de enfrente había un autobús parado, entré corriendo sin siquiera mirar hacia donde iba. Sólo esperaba que no fuera a Brooklyn. El autobús pasó de nuevo a la altura del callejón, y todavía podía ver cuando Kurt me miraba. Saludé con una sonrisa burlona y apareció Allan, colocando una mano en la pared mientras sujetaba el arma con la otra.

Cerré los ojos cuando me di cuenta de que el autobús se dirigía hacia el cincuenta y siete. Esto fue genial porque podía tomar el metro en la estación de Broadway y dirigirme hacia el Puente de Washington. En poco más de una hora estaría fuera de Manhattan.

Puse mi mano sobre mis labios, que todavía estaban hinchados por el beso de Allan. La razón era estúpida, pero tenía que confesar que besaba bien.

— Excepto que él no necesita saberlo – susurré para mis adentros con una sonrisa.

Si no hubiera sabido que ese idiota me llevaría de regreso a Benbrook y me rodearía de seguridad, no habría huido y aceptado la oferta de protección. Por otro lado, Allan todavía tendría que proteger a sus hermanos y a su madre. Cuanto más dividido estuviera su enfoque, más rápido Allan atraparía a los malos. *¡Y ese estúpido burro no pensaba así!*

Me bajé del autobús y me dirigí a la estación. Llegué al andén justo cuando llegaba el tren y me subí. Llamé a Soph y le pedí que se reuniera conmigo en Dallas BBQ. Ella sabría

cómo podría conseguir una visa a México para cruzar la frontera. Cerré los ojos y me permití descansar un poco.

Capítulo 07

Allan

Miré a Kurt y solté varias palabrotas mientras intentaba mantenerme erguido. ¡Era la segunda vez en menos de 24 horas que ese hijo de puta reducía mis posibilidades de tener hijos algún día!

— ¡Hombre, ella es muy rápida! – dijo Kurt cuando se acercó. Lo miré y asentí con la cabeza.

Myka era excelente para escapar; de hecho, aprendió de Kyera, quien trepaba a los árboles tan rápido como un mono.

— Llama al departamento y ve si pueden dar con su paradero – pregunté con la voz aún angustiada por el dolor. – Le puse un rastreador a su celular mientras la mantenía encerrada. Tuve que ser muy rápido, pero funcionó.

Caminé hacia el auto lenta y cautelosamente. Nos subimos al Audi negro y me dirigí por Park Avenue.

— Ese autobús va hacia el cincuenta y siete. – Dijo tomando el GPS e ignorando mi petición. – El GPS de su celular sigue Broadway. Según el nivel de interferencia, debe estar en el metro.

— ¿En el metro hacia dónde?

Fruncí el ceño. Iba a quitarle el dispositivo de las manos, pero no había tiempo. Un golpe en la parte trasera del coche casi me hace perder el control. Miré por el espejo retrovisor y vi un auto detrás de nosotros alejándose y preparándose para otro golpe.

— ¡Mierda! – grité girando hacia el cincuenta y cinco.

— No estarás pensando en llevarte a Hamway, ¿verdad? – preguntó Kurt, tomando el arma. Sonreí y él puso los ojos en blanco.

— Dijiste que está en el metro. Algo me dice que está intentando irse de la ciudad, tal como me advirtió su hermana.

Sentí otro golpe y Kurt asintió.

— Tal vez sea así, pero aun así ¿adónde iría?

Kurt preguntó amartillando la pistola.

— Al aeropuerto.

— Pero el aeropuerto todavía está lejos.

— ¡Yo se! Por eso está tratando de despistarnos.

Miré por el espejo retrovisor y tiré el auto hacia el lado izquierdo.

— ¡Prepárate!

Cuando el auto dejó mi izquierda y giró a la derecha, frené. Kurt, que ya tenía su pistola en la mano, disparó al pasar a nuestro lado. La gente que pasaba por la calle empezó a correr. El auto negro tomó velocidad y se dirigió hacia la avenida de manera descontrolada. Nos miramos cuando vimos que el coche se detenía a pocos metros de Hamway y quedaba un cadáver en la carretera. El hombre que arrojó al otro hombre fuera del auto se puso al volante y se disponía a darse la vuelta.

— ¡Odio a los aficionados! – dijo, cambiando de marcha y acelerando el auto. –
¡Cinturón de seguridad!

Grité, poniendo el auto en movimiento. Kurt se apretó el cinturón y se preparó para el impacto. El conductor, cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer, puso marcha atrás, pero ya era demasiado tarde. Golpeé la parte delantera del auto con tanta fuerza que el parabrisas del auto negro estalló. Puse el Audi en tracción y empujé el otro coche casi hasta la autopista.

— ¡Avisa al centro! – dijo justo antes de arrojar el coche a la obra. Patinó y chocó contra la vía muerta y luego se detuvo.

Salimos del Audi y agarré la pistola. Kurt fue por un lado y yo por el otro. El hombre salió del otro auto sangrando y disparó. Salté hacia un lado con la pistola en la mano.

— ¡Suelta el arma! – Advertimos.

— ¿Vivo? – preguntó Kurt desde detrás de uno de los apartaderos rotos.

— ¡De preferencia!

Le dio al hombre en el hombro, haciendo que el arma cayera al suelo, y le disparé en la pierna para que no se volviera a mover. Kurt corrió y pateó el arma.

— ¿Fue Dom Francesco quien te envió? – le pregunté apuntándole con el arma. El hombre se río.

— ¡Si hablo, muero!

Dejé escapar una risa irónica y me pegué un tiro en la otra pierna.

— ¡Si no hablas tú también!

El hombre gritó sujetándose la otra pierna y puso los ojos en blanco maldiciendo. Kurt

caminó hacia el auto y tomó su teléfono celular. El hombre gimió de dolor, colocando sus manos en ambas piernas. Apunté el arma a su cabeza y luego la esquivé, disparando al costado del auto.

— Bueno, ¡era Dom Francesco!

— ¡Excelente! Ya lo sabía, sólo quería estar seguro.

Kurt vino hacia mí.

— ¡El GPS se detuvo en Dallas BBQ! – Dijo con el monitor en la mano.

El hombretón en el suelo soltó una carcajada.

— Si están detrás de la chica, será mejor que huyan.

Me acerqué de nuevo y le di una patada a la pierna herida.

— ¿Porque estás diciendo eso?

— Está molesta y no es sólo por tu culpa.

¡Así fue como lograron encontrar a Myka en los mismos lugares que nosotros!

— ¡Aquí! – Kurt me arrojó el GPS. – ¡Yo me quedaré aquí y tú irás tras ella antes de que sea demasiado tarde!

Corrí hacia el coche, lo puse en marcha y entré en Broadway. Tendrías que ser muy rápido para encontrar a Myka antes que nadie.

Cerré los ojos y golpeé el volante. Respiré hondo para calmarme, me pasé la mano por el pelo y me mordí el labio inferior. Entonces recordé el beso que le di a Mykaella. Al principio había sido una salida irracional, pero la forma en que ella correspondió me hizo querer más. Pero luego recordé que estábamos en un callejón y me vi obligado a detenerme antes de presionarla más contra la pared y hacerla suplicar por mi toque.

Suspiré, deteniéndome en una de las señales. Ya caía la noche y era hora punta, lo que significaba más gente en las calles.

Llegué a Dallas BBQ en la esquina de Broadway y la calle 166. Estacioné el auto y corrí escaleras abajo hacia el restaurante. Entré y miré a mi alrededor para no asustar a la gente que estaba dentro. Miré el GPS en mi bolsillo y vi que se movía rápidamente a través del puente.

— ¡Esto tiene que ser una broma!

Mykaella había vuelto a huir y se dirigía hacia el puente George Washington. Iba a La Guardia y eso reforzó las sospechas de Kyera. Estaba frustrado y ya me sentía agotado por sus escapadas. Myka estaba tratando de moverse por la ciudad con la esperanza de ganar tiempo, pero la que se sorprendería esta vez sería ella.

—¿Kurt? – Llamé a través del punto electrónico.

— ¡Escuchar!

— ¿Dónde está?

— En la agencia, ¿por qué?

— ¿A qué hora sale el próximo vuelo a Dallas desde La Guardia?

— ¡Déjame ver!

Pasaron unos minutos y luego regresó con la información.

—Serán las diecisiete y media.

Miré el reloj. Eran casi las seis y eso me daría mucho tiempo.

— Vale, reúne algunos agentes y dirígete al aeropuerto de La Guardia. Sólo tienes cuarenta minutos para hacer esto o te perderemos para siempre.

— Allan, ¿por qué no la dejas abordar y le pides a Ethan que la intercepte cuando llegue? ¿No sería eso más fácil?

¡Sí, en realidad sería más fácil! ¡Pero la situación ahora era personal y quería tener en mis manos esa cosa miserable!

—¡Solo haz lo que te digo! – Pedí. – Ahora esto se ha vuelto personal.

Arranqué el auto, lo puse en marcha y seguí adelante para tomar el mismo recorrido que ella. Mykaella tenía una hora y media en suelo neoyorquino y, si la conocía bien, paraba a comer algo antes de embarcar. Tenía que ser rápido, no para no perderla, sino para que ellos no llegaran antes que yo.

Capítulo 08

Myka

Me bajé del taxi en el aeropuerto de La Guardia y entré. Estaba cansado y hambriento.

— ¡Un billete a Los Ángeles, por favor! – Le pregunté a la recepcionista. Ella me sonrió, me entregó el billete y me dejó claras las instrucciones sobre la presentación de documentos en el mostrador de embarque.

Miré el reloj del vestíbulo y vi que eran cerca de las seis y media. El vuelo salía a las siete y media y aún me quedaba una hora. Decidí ir al restaurante y comer algo. Me senté en una de las mesas y tomé el menú. Estaba distraída esperando la comida cuando sonó mi celular. Pensando que era Soph, Alec o Kyera, respondí sin verlo.

— ¿Hola?

Estaba tan cansada que se me olvidó que detrás de mí había un montón de locos y uno de ellos tenía unos ojos y unos besos increíbles.

— ¡No te vayas de donde estás!

Pensando en el diablo...

— ¿Allan? – grité mirando mi celular. – ¿Cómo supiste mi número de celular?

— Es sólo una advertencia única: si me haces perseguirte otra vez, ¡te arrancaré ese pompón rosa que llamas cabello!

La voz de Allan era tranquila y llena de precaución, pero me di cuenta de que hablaba muy en serio. ¡Pero él no me asustó! Además, ¿quién se creía que era para hablarme así?

Me levanté y me puse la mochila a la espalda.

— ¡Escucha, idiota! – Empecé a recoger los documentos y el billete de la mesa. – ¡No tienes idea de dónde estoy, así que deja de amenazarme, porque no me asustas!

Escuché a Allan susurrarle a alguien y, a pesar de estar muy cerca del teléfono, no pude entender el tema.

— Aeropuerto La Guardia en Metro Burger para ser más exactos. Su vuelo está programado para salir de la terminal C en una hora hacia Los Ángeles – Dijo deteniéndose para respirar. – Lo que me intriga es ¿por qué elegiste un lugar tan lejos de tu puerta para comer?

Miré a mi alrededor y comencé a salir del restaurante. ¿Cómo supo eso si recién compré

el boleto hoy en el aeropuerto?

Escuché a Allan resoplar de frustración.

— ¡Mykaella, te dije que no salieras de allí! ¿Por qué se mueve?

Abrí mucho los ojos mirando a mi alrededor.

— ¿Cómo lo sabes?

— No importa, pero, así como yo sé, la mafia también lo sabe.

Empecé a hiperventilar, ya entrando en pánico. ¡Esa situación era irreal!

Escuché un crujido y una de las ventanas se rompió. Mi brazo derecho empezó a hormiguear y arder mucho. Grité, caí al suelo y el celular cayó apagándose. Envolví mi brazo izquierdo con mi mano izquierda y cuando lo abrí, tenía sangre en la mano. Fruncí el ceño y miré a mi alrededor. La gente me miraba asustada y, entre ellos, había dos hombres de negro, uno de ellos era el calvo que insistía en perseguirme.

— ¡Maldita sea, inquietante!

Me preocupé, acomodé mi mochila y saqué mi celular. Rápidamente me levanté y comencé a correr entre la multitud.

— ¡Consíguela! – gritó el calvo.

Otros tres hombres vinieron detrás de mí. Estaba esquivando a la gente con ellos detrás corriendo aún más rápido. Sabía que esta vez me atraparían porque estaba muy cansada. Pasé todo el día huyendo de Allan y de estos locos que no podía ni descansar. Tomé una curva a gran velocidad y terminé resbalando. Me deslicé por el suelo hasta que me golpeé la cabeza contra una pared.

— ¡Pero ¡qué mal! – grité poniéndome la mano en la cabeza.

Cogí mi mochila, me levanté y comencé a correr de nuevo. Me dispararon más y comencé a hacer gestos a las personas que me rodeaban para que salieran de la línea de fuego.

— ¡Por el suelo! ¡Ponte en el suelo!

Se produjo el caos cuando la gente empezó a correr y tirarse al suelo. Hubo más disparos y algunos impactaron en la ventana que separaba la acera del vestíbulo. Casi estaba llegando al final del pasillo opuesto cuando vi a Allan y Kurt aparecer frente a mí. Estaban a unos metros corriendo hacia mí y se detuvieron a medio camino.

— ¡Abajo! – gritó Allan sacando la pistola y me tiré al suelo deslizándome hacia ellos.

Abrieron fuego y vi a los tres detrás de mí caer al suelo. Otros dos fueron tomados por sorpresa cuando Allan fue tras el hombre calvo, mientras Kurt agarró al otro por el cuello y lo

golpeó con un trasero. Cayó al suelo y Kurt le dio un puñetazo que le hizo desmayarse. El tercero se escapó al ver que podían atraparlo. Me concentré en la acción que se desarrollaba frente a mí. Allan estaba enredado en el suelo con el hombre calvo.

El hombre le sujetaba el cuello con una llave de cabeza mientras Allan le sujetaba el brazo intentando liberarse. Le dio dos codos en la costilla derecha y lo soltó, jadeando en busca de aire. Allan se giró, se sentó sobre el pecho del hombre y luego comenzó a golpear con el puño.

— Yo estoy. De. Bolsa. Lleno. ¡De ti! – Gritó, golpeando entre cada palabra.

El calvo cayó inconsciente y Allan se levantó estrechándole la mano. Pronto llegaron dos agentes para arrestar a los hombres.

— ¡Llévalos al departamento! Consultar el estado de los demás, llamar a la ambulancia y a los forenses.

Allan se giró y vino hacia mí. Estaba sentado en el suelo con uno de los agentes a mi lado.

— ¡Falda! – ordenó Allan, se agachó y sacó un par de esposas de su espalda. – ¡Yo también estoy harto de ti!

Sosteniendo mi muñeca izquierda, colocó una de las esposas y la aseguró alrededor de mi mano. El otro lo sujetó a su propia muñeca.

— ¡Listo! ¡Ahora quiero verte huir!

Allan me puso de pie y me puso sobre su hombro. Dejé escapar un grito de sorpresa y sentí que mi visión se nublaba.

— ¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame, Allan!

Grité, sacudiendo mis piernas. Me dio una palmada en el trasero izquierdo y se río.

— ¡Quédese quieta! ¡Debería dispararte en la cabeza y resolver este lío de una vez por todas!

Le di un puñetazo en la espalda con mi mano libre y lo sacudí inmediatamente, pero ni siquiera lo sintió.

— Allan, ¡qué vergüenza! ¡Bájame, por favor!

Le pregunté mientras caminaba entre la multitud hacia la salida del aeropuerto. Nos acercamos al Audi negro y él abrió la puerta trasera y le arrojó la llave a Kurt.

— ¡Usted conduce!

Allan me arrojó al asiento trasero y gruñí por la forma en que me trataba el neandertal.

— ¿Quién piensas que eres? – pregunté dándole un puñetazo. Allan tomó mis muñecas.

— ¡Quédese quieta! – Ordenó, estrechándome la mano. – Estoy exhausto y sin paciencia. Si vuelves a intentar pegarme o huir, te juro que te daré los azotes que necesites. ¡Niña malcriada!

Lo miré con los ojos muy abiertos y tragué saliva. Tiré de mi brazo, él le quitó las esposas y me sujetó la otra muñeca.

— Pero lo que...? – miré a Allan quien tocó el asiento de Kurt. Abrió la guantera sonriendo y arrojó un panecillo en el regazo de Allan.

— Ahora, pequeño cabrón... – Se río, sacando un trozo de cinta adhesiva y cortándolo. – ¡No quiero oír ni un pío tuyo!

Me quedé indefenso cuando me puso la cinta en la boca. Refunfuñé detrás del trozo de cinta adhesiva y puse los ojos en blanco. En estos veintitrés años, nunca había visto a Allan actuar tan despiadadamente como lo hizo con ese hombre calvo; Tan implacable como estuvo persiguiéndome todo el día y actuando tan brutalmente como cuando me puso en su hombro. A decir verdad, Allan estaba muy tranquilo y centrado. Era el más tranquilo de los gemelos. Le costaba involucrarse en nuestro lío y juegos. Estaba concentrado en sus estudios y era bastante tímido. ¡Era un completo nerd!

Pero hoy... ¡Hoy vi a un Allan completamente diferente!

Suspiré con cansancio. Decidí que, por ahora, dejaría de pelear con él y cuando llegáramos a nuestro destino, que no tenía idea de hacia dónde íbamos, intentaría seguir mi plan inicial de huir a México. Por ahora sólo quería descansar un poco.

Sentí mi cuerpo pesado y me empezó a doler el brazo. Puse mi mano hacia el dolor y vi que todavía sangraba mucho. Allan tomó el rollo de cinta y arrancó una tira. Luego se pegó alrededor de mi brazo donde estaba la herida.

— Si prometes comportarte, habrá un médico esperándote en nuestro destino.

Lo miré y junté las manos en mi regazo. La sacudida del auto aumentó mi cansancio y me recosté en el asiento, cerrando los ojos. Caí en un sueño profundo y desde entonces no vi nada más. Al menos sabía que estaba a salvo... ¡por ahora!

Capítulo 09

Allan

Saqué con cuidado a Myka del coche. Debió estar muy cansada, ya que viajó a Manhattan en un sueño profundo. Su cabeza se apoyó en mi hombro y luego cayó en mi regazo. No creo que tuviera que correr por Manhattan durante las próximas horas.

Mykaella seguía siendo la misma chica hermosa que conocí cuando era niña y parecía que cada día se ponía aún más hermosa, incluso con ese color de cabello ridículo que la hacía parecer una chica punk rebelde de dieciséis años. No se parecía en nada a la chica inteligente que era dueña de una floristería y administraba una enorme granja. Empecé a notar a Myka cuando llegamos al gimnasio. Ella siempre ha sido muy extrovertida y sociable. Se propuso encajar con todos y por eso se hizo muy popular. Era un atleta en el equipo de carreras, pero sólo por diversión. Salía con el capitán del equipo de baloncesto y yo, a diferencia de mis hermanos, era lo suficientemente tímido como para invitarla a salir. Estuve enamorado de Myka toda mi adolescencia, pero ella no se tomaba nada en serio y era una cabeza hueca. Hasta que fui a la universidad y conocí a otras chicas. Empecé a ver a Myka como la chica de al lado, la chica que creció conmigo. Ella era sólo una compañera de escuela y la chica loca de la ciudad.

Cuando regresé a Benbrook, ella estaba comprometida con Noah, el ex capitán del equipo de baloncesto y alborotador. Un año después de mi regreso, ella lo sorprendió con Lex, quien ya estaba comprometido con mi hermano, pero ese idiota ciego no le creyó a Myka y terminó perdiendo a un buen amigo. Terminó el compromiso y abrió la tienda, quedándose concentrada sólo en su trabajo, pero sin perder su buen humor y alegría de niña traviesa.

Entré al departamento llevando a Myka en mi regazo. Su brazo todavía sangraba mucho, lo que me hizo sentir bastante aprensivo durante todo el viaje.

— Pero lo que...?

Tartamudeó Casey poniéndose la mano en la frente cuando me vio cargando a Myka esposada y amordazada.

— ¡Créeme, no querrás saberlo!

Puse a Mykaella en el sofá de la sala de Casey y ella puso los ojos en blanco, resoplando.

— Su táctica de recuperar rehenes sigue siendo la misma. – Dijo con una sonrisa sarcástica. – Le conseguiré un médico y un café para ti.

— ¡Que sería genial! ¡Gracias!

Casey salió de la habitación con una mueca de disgusto. Pasé mi mano por mi cabello y respiré profundamente. Entonces me quité la chaqueta y la tiré en la silla a mi lado. Puse mis manos en mis caderas y miré al ser tirado en el sofá.

—Pero ¿qué voy a hacer contigo? – susurré antes de acercarme a los pies de Myka y quitarle las zapatillas de flores.

¡Mykaella tenía unos pies hermosos y la piel era suave! Eso fue lo primero que noté cuando pasé mis manos por sus pies y ella movió los dedos como si le hicieran cosquillas. Sonreí y dejé las pantuflas en el suelo. Tomando las llaves de las esposas, liberé sus muñecas pasando mis manos por el hilo rojo que ya se estaba formando en la delicada piel.

¡Odiaba tener que hacer eso! No era mi género lastimar a las chicas, ni siquiera como fetiche.

—¡Debiste quedarte callado! – susurré, luego suspiré.

Quité el cabello que le caía sobre la cara cuando giró la cabeza, dejando al descubierto sus ojos cerrados. Su rostro estaba sereno y parecía que Mykaella no había dormido en días, siendo esa la noche más tranquila. Quité la cinta lentamente para no lastimarla, aunque quería mantenerla atada y amordazada. Pronto la cinta reveló labios rojos y carnosos. Estaban brillantes por el brillo de labios que llevaba y, aunque estaba corrido, resultaba atractivo. Estuve tentada de descubrir qué sabor usaba en sus perfectos labios, pero me levanté y me acerqué a la ventana para mirar hacia la calle. Metí las manos en el bolsillo y respiré hondo cuando sonó mi teléfono celular.

— ¡Estela!

— ¿Allan? ¿Como esta todo?

Era Alec, probablemente a instancias de Kyera para averiguar sobre Myka.

— ¡Va doloroso, pero bien!

Alec se río de mi declaración.

— Si quieres, podemos contar las cicatrices juntos.

Gruñí ante su tono sarcástico. Alec había sufrido mucho con Kyera, pero ella tenía motivos para huir, incluso de él. Myka era sólo una niña mimada.

— ¡Eres tan gracioso! Dile a Kye que voy a matar a Myka mientras duerme. Quién sabe, tal vez ella me dé un poco de paz.

Alec se río.

— ¿Cómo van las cosas con los Sartoris?

— Casey se enteró de que va a llegar un cargamento de droga y que Francesco lo recibirá personalmente – dijo bajando la voz. – Está intentando averiguar dónde estará el envío. De esa manera podremos arrestarlo y nuestra pesadilla terminará. Es una pena que no pueda participar en esto.

— ¡Por supuesto que podemos, pero primero tenemos que garantizar la seguridad de todos!

— ¡Sí, lo sé!

Cogí una silla, la giré y me senté.

— Casey dijo que el alboroto por la reacción de Francesco ante la muerte de Lorenzo es uno de los más enojados que jamás haya visto. – Hice una pausa mirando a mi alrededor. – Puso precio a nuestras cabezas. Alex y yo tenemos más cazadores que zorros en el desierto.

— ¡Así que Francesco realmente te persigue!

— Sí, y de la manera más suicida y psicopática. Cada vez que me encontraba con Myka, la perseguían mafiosos que también intentaban matarme.

— ¿Entonces ya estás con ella?

— Sí. Tengo intención de salir de aquí esta noche.

— ¡Bien! Enviaré guardias de escolta. Dime cuando te vas y me dirigiré al aeropuerto.

— DE ACUERDO.

— ¡Hasta luego, hermano!

— ¡Hasta!

Respiré hondo y me pasé las manos por la cara. Esa fue sin duda la mejor solución para mí a la hora de pensar en cómo arrestar a Dom Francesco. Acababa de guardar mi celular en el bolsillo cuando sentí unos pasos muy suaves pasar detrás de mí. Miré y vi a Myka correr hacia la puerta de madera de la habitación de Casey.

— ¡Ups! ¿A dónde crees que vas? – grité levantándome, y ella se sobresaltó por mi tono serio. – ¡Quédate donde estás, Mykaella!

Sin embargo, Myka me miró y continuó sus pasos. La habitación era grande y logré interceptar su carrera antes de que llegara a la puerta. Myka cayó boca abajo al suelo mientras la agarraba por la cintura y me empujaba hacia ella. Ella se retorció debajo de mí, maldiciendo innumerables insultos.

— ¡Suéltame, Allan!

— ¡Buen intento, retrasado!

Myka intentó, sin éxito, apartar sus manos y se retorció.

— ¡Te juro que te partiré en dos si no me dejas ir!

Me reí y acerqué mi rostro al de ella.

— ¿Y puedo saber exactamente cómo vas a llevar a cabo tu amenaza?

Sus ojos se iluminaron mientras jadeaba. Myka se retorció, conteniendo la respiración y su mirada sostuvo la mía. De repente olvidé dónde estaba o qué estaba tratando de hacer en el momento en que la dejé. Esos ojos penetrantes me llamaban, y sostuve sus pequeñas y delgadas muñecas con una mano y con la otra metí la mano debajo de su cabeza, sujetando su cabello.

— Allan, si me tocas, yo...

— ¿Tú?

— ¡Te mataré, Allan! ¡Te juro que mataré!

Myka tartamudeó, lo que la hizo poco convincente. Había deseo en su tono. Un tono de deseo que no quería ni podía ignorar.

— ¡Eso no me convenció en absoluto!

Primero, probé sus labios con suaves besos y, para mi sorpresa, Mykaella me correspondió. Profundicé el beso cuando me di cuenta de que ella estaba cediendo y luego le metí la lengua en la boca. Sentí su cuerpo relajarse y ella gimió mientras exploraba su suave boca. Tímidamente, ella le correspondió de la misma manera y el beso se volvió abrumador. El brillo sabía a fresas y me dio ganas de probar la fruta en sus labios mientras hacía el amor lentamente. Le apasionaban las fresas y recordé cuántas veces entré a la tienda o me crucé con ella por la calle y la vi devorando una caja de ellas. ¡No podría ser diferente con ese brillo! Debería haber sabido.

Mi mano dejó su cabello y lentamente recorrió su costado. Me provocaron un gemido cuando llegué a su nalga derecha y la apreté con fuerza. Lentamente moví mi mano dentro de su fina camiseta de satén y sentí que su vientre se retraía mientras pasaba mi mano sobre su piel desnuda. Llegué a su pecho y lo sostuve con fuerza sobre la tela de encaje de su sujetador. Pasé el pulgar por la boquilla con un movimiento circular y ella jadeó. Podría apostar que estaba excitada, pero tenía que parar o se follaría a Mykaella en ese suelo sin prisa. ¡Lo cual no fue mala idea!

Antes de que pudiera detenerme o continuar, la puerta se abrió y quité mi mano de la blusa de Myka.

— ¡Ups! Lamento interrumpir, pero el tipo que trajiste es la principal mano derecha de Francesco. Le pagaron para que le llevara a la niña. El plan sería torturarla y filmar su muerte. —

dijo Casey con los brazos cruzados y eso me puso la piel de gallina. – Estaba preparado para una escena con una crueldad exquisita, Allan. ¡Estos tipos no están bromeando!

Levanté la cabeza, recuperando el aliento, pero no solté a Myka.

— ¡Mierda!

— Dijo que serías el último al que matarían, reforzando la amenaza de Francesco.

— ¡Doble mierda!

— Allan, creo que será mejor que ustedes dos se vayan de Nueva York mientras haya tiempo.

— Lo sé, planeo hacerlo esta noche. Ya hablé con la administración y pudieron conseguirme un vuelo chárter o un jet.

Bajé la cabeza respirando profundamente. Myka estaba tratando de recobrar el sentido, por eso estaba parada. La miré y sus mejillas estaban rojas como un tomate. Ella aprovechó mi momento de distracción y aterrizó un rodillazo. Rodé sobre ella con las manos entre las piernas.

— ¡No otra vez!

Golpeé el suelo y vi estrellas mientras agonizaba.

— ¿Hacia dónde vas? – preguntó Casey, cruzando las piernas y apoyándose contra el marco de la puerta. Ella se río de mi terrible situación y yo volví a golpear el suelo. Miré a Myka que se estaba preparando para levantarse.

— ¡Benbrook! – respondí sin aliento. Saqué la pistola de mi funda y apunté al pequeño gorro inteligente que intentaba engañarme de nuevo. – ¡Levántate de ese suelo y te lo juro, te garantizo que nunca volverás a caminar!

Casey se río y salió de la habitación.

— ¡Dije que cuando quisiera, yo misma pediría el beso! – dijo Myka, golpeando el suelo con las manos.

— ¡Sé cuánto odiaste que te besara! – sonrío sarcásticamente. Myka resopló con las manos cruzadas en el suelo y la cabeza apoyada entre sus brazos.

— ¡No quiero volver a Benbrook!

— Lo sé, pero es el único lugar donde puedo protegerte.

— ¡No puedo creer que me vayas a hacer gastar todos mis ahorros en un hotel!

Resoplé. Entendí que Myka no quería regresar a Benbrook porque estaba Paul, a quien no parecía preparada para enfrentar.

— Escucha, te prometo que Paul no sabrá qué estás en la ciudad cuando lleguemos. Tu

problema con él es tuyo para resolverlo. Si no quieres volver a casa, puedes quedarte en la masía hasta que decidas qué vas a hacer – sugerí bajando la pistola.

— ¡No quiero tu caridad! ¡Preferiría estar con Kyera!

— Kyera vive con Alec y parecen estar en una luna de miel constante. Ir allí sólo será un estorbo. El apartamento de Alec no tiene habitación de invitados.

— ¡Grrr! – Ella gruñó. – ¡No quiero estar contigo ni siquiera con Paul! ¡No quiero volver a esa ciudad de mierda!

— ¡Mira, no tengo mucha paciencia, no! – dijo, ignorando la broma que le estaba haciendo. – ¡Es el cobertizo al que irás y eso es definitivo! Si descubro que te fuiste de la ciudad, iré tras ti y te arrastraré atada al parachoques de mi auto.

Myka me miró con ojos llameantes que atravesaron mi alma.

— Eres grosero, estúpido y...

Enfundé la pistola y me puse de pie de un salto, luego la agarré por las muñecas y la acerqué a mi pecho.

— ¡Y soy un buen besador!

Myka jadeó y echó la cabeza hacia atrás.

— Te portarás bien, porque a partir de ahora soy yo quien dicta las reglas y si tengo que volver a perseguirte te daré una paliza para acabar con esa mirada tuya de niña mimada.

Ella abrió mucho los ojos sorprendida y contuvo la respiración.

— ¡No te atreverías!

Agarré su cabello con fuerza, pero sin lastimarla.

— ¡Adelante, desafíame!

Casey apareció en la puerta y se aclaró la garganta.

— Agente Stella, ¡su vuelo sale a medianoche y se espera que llegue a las tres de la mañana!

Le sonreí a Myka y la solté.

— ¡Excelente! Voy a tomar un café y ver dónde está el médico que estabas por conocer – dijo mirando sarcásticamente a Casey. – ¡En cuanto a ti, compórtate y quédate muy callado aquí!

Luego salí de la habitación, dejando a Myka con sus pensamientos confusos. Estaba acostumbrado a estar al mando y la insubordinación no me asustaba. Me moría por domar a la bestia que no sabía que existía dentro de Myka. Suspirando, tomé mi teléfono celular y llamé a Alec.

— ¡Llegaremos entre las tres y media y las cuatro de la mañana!

— ¡Vale, estaré esperando!

Capítulo 10

Myka

Bajé las escaleras del avión, cabreado porque estaba esposado a una de las muñecas de Allan. Eran casi las cuatro de la mañana y todavía estaba muy cansado. Después de quedarme sola en esa habitación por el pozo de la ignorancia, me senté en el sofá y traté de organizar mis ideas. Hace menos de cuarenta y ocho horas tenía un trabajo en un club nocturno, un apartamento en Manhattan y una vida tranquila y sin dramas. Ahora tendría que afrontar mi pasado, protegerme de los mafiosos y tratar de no volverme loco cada vez que Allan me pusiera la mano encima. Pasé las últimas horas tratando de borrar de mi mente la forma áspera y cruda en que me besó... ¡Dos veces! Y cada vez que cerraba los ojos para pensar, veía los ojos plateados de Allan y quería más, mucho más que sólo un beso. La forma en que me tocó hizo que mi cuerpo ardiese, y nunca antes había sentido eso. Fui la prometida de Noah durante un año y su novia durante toda la escuela secundaria, pero nunca sentí con él lo que Allan me hizo sentir.

— ¿Cómo no me di cuenta de esto antes? – susurré mis pensamientos distraídamente.

— ¿Qué no entendiste? – preguntó Allan, acercándose a mí como si llevara a un cachorro a pasear. Lo miré segura de que mis mejillas estaban rojas.

— ¡No es de tu incumbencia! – respondí entre dientes. Allan soltó una carcajada.

— ¿Me imagino entonces?

Allan bajaba las escaleras a mi lado con una mano en el bolsillo y la otra llevando un maletín. Llevaba pantalones de uniforme, camisa blanca con las mangas arremangadas hasta el codo y un chaleco antibalas que insistió que yo también usara, ¡bajo protestas, por supuesto! No quería sacar esa mierda, así que él simplemente me obligó. Tomó el chaleco y me lo puso. Fue así de simple: ¡te negaste a hacer algo y él te obligó a obedecer!

Le di un empujón en el hombro, pero debido a su altura y fuerza, lo golpeé y retrocedí, casi cayendo por las escaleras. Me sostuvo por la cintura.

— ¡Cuidado, pequeño cabrón! – Dijo susurrándome al oído. Lo miré con desdén y puse los ojos en blanco. Luego le di un codazo en las costillas y él hizo una mueca y se río.

— ¡Ah, mira a tu hermana! ¿Por qué no la saludas? ¡A Kyera le encantará verte esposado! – Me susurró al oído. Luego levantó la mano con las esposas puestas y comenzó a

saludar.

— ¡Bastardo! – Jadeé cuando empezó a llamar la atención de la gente en la pista privada donde habíamos aterrizado.

— ¿Kye? ¿Alec? – Él llamó.

Abrí mucho los ojos y agarré su brazo desesperadamente.

— ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Para! Verán mis esposas y Kye se enojará – grité haciéndolo bajar los brazos.

Allan se río. Me estaba tomando el pelo y no sabía lo malo que era.

— ¿No me vas a quitar esto?

Él sonrió con picardía.

— ¡Me gustan en ti! – Respondió deteniéndose mientras bajaba el último escalón de las escaleras del avión.

Mi corazón se aceleró ante las palabras de Allan. No podía seguir con esto. Esas palabras hicieron que mi estómago se revolviera y mi cuerpo se calentara. Y yo estaba empezando a sospechar que él lo sabía y lo hacía a propósito.

— ¡Eres retrasado!

Él se río y me quitó las esposas, lo que reforzó mis sospechas. Luego se metió las manos en el bolsillo y sacó un brazalete de plata con una pequeña medalla. Lo colocó suavemente en mi muñeca, pasando su dedo índice por mi piel. Me puso la piel de gallina. Ignorando la sensación, miré el brazalete y vi que tenía innumerables diamantes diminutos formando la cadena. Era muy fino y delicado, casi imperceptible. La medalla tenía diseños en ambos lados. En uno de ellos una corona portaba una abeja y en el otro una balanza atravesada por una espada. La medalla era pequeña pero muy hermosa y colgaba cerca del broche.

— Esta es una pulsera de plata y diamantes, ¡la mandé hacer especialmente para ti! –Dijo con una sonrisa sarcástica en su rostro. – Tiene un rastreador en su medalla y si te lo quitas, ¡te juro que te mato!

— ¡Nuestro! – dijo mirando el objeto. – Es tan hermosa que ni siquiera me importa si me cuidas o no. ¡Nunca había ganado algo tan hermoso y precioso!

Allan suspiró con desdén.

— ¡Me imagino por qué!

— ¡Cinco minutos de bondad y diez de máximos! – refunfuñé. – ¡No importa! La pulsera es preciosa, ¡muchas gracias! Incluso si la intención no es tan buena.

— ¡Oh, ella es buena! Me ayudará a saber dónde estás y si estás en peligro. – Dijo pasando frente a mí. – ¡Todas las chicas recibirán uno!

Me quedé allí mirando con la boca abierta, sin apenas creer lo que decía.

— ¿Qué? ¿Creías que era exclusivo?

— Eres grosero, ¿lo sabías?

— ¡No importa! Sólo yo sé cómo quitarse la pulsera, ¡así que ni lo intentes!

Allan había descubierto que estaban rastreando el GPS de mi teléfono, por lo que sabían exactamente dónde estaba, al igual que Allan. Debe haber quitado el rastreador del dispositivo y haberlo cambiado por otro en la pulsera. ¡Y fui un idiota pensando que era un regalo!

— ¡Miserable hijo de puta! – grité, saltando hacia él y agarrando sus orejas.

— ¡Gota! ¡Gota! – gritó agarrando mis muñecas. Alec se acercó detrás de mí y tiró de mí, haciéndome soltarlo.

— ¿Qué estás haciendo, Mykaella?

— ¡Esta estúpida bestia me está tratando como a un bandido!

Allan se pasó las manos por las orejas rojas y casi me hizo llorar de risa ante su cara.

— ¡Mierda! ¡Te arrancaré cada mechón de tu ridículo cabello si vuelves a hacer eso!

— ¡No soy un criminal, Allan!

— ¡Lo sé, pero todavía no confío en ti! – disparó. – Y tenía razón, porque si no hubieras tenido la intención de volver a huir, no estarías tan enojado.

— ¡No estoy enojado por eso! – dije, haciendo que Alec me soltara pellizcándole el brazo.

Allan frunció el ceño y puso cara de confusión.

— ¿Entonces por qué?

Abrí la boca y la cerré, luego levanté las manos.

— ¡No es asunto tuyo, estúpido retrasado! – grité, dándome la vuelta y dirigiéndome hacia la salida de la pista.

— ¿Adónde vas, cabrón? ¿No quieres que te quite las esposas?

— ¡Me gustan! ¿Por qué no revisas tu GPS? Quién sabe, ¡tal vez lo descubras!

Sonriendo, levanté mi dedo medio y comencé a caminar hacia mi hermana, luego salté a sus brazos y recibí un cálido abrazo, del tipo que había estado necesitando durante días. Ambos salimos del aeropuerto dejando a Allan y Alec solos.

— ¡Nuestro! ¿Qué escena fue esa? – me preguntó Kyera cuando estacionó frente a la posada Stella. La miré quitándose el chaleco.

— Ese perro estúpido, idiota, mandón, sarnoso... – comencé a gritar de nuevo. Ella arqueó las cejas.

— ¡Nuestro! ¡Hace como dos años que no te veo y estás hablando como Sophia!

Miré a Kyera y me reí.

— ¡Te extrañé mucho! – dijo abrazándola. – Sabes que no quería estar aquí, ¿verdad?

Kyera resopló.

— ¡En algún momento tendrás que enfrentarlo!

— ¡Eso no es lo que me preocupa, es tu seguridad!

Kyera frunció el ceño y empezó a hablar.

— Kye, las mismas personas me perseguían implacablemente. Por suerte Allan estuvo allí para salvarme, y tengo que admitirlo, pero no creo que sea buena idea que todos nos quedemos aquí mientras nos cazan.

— ¡Deja de hacer tonterías! ¡He pasado por cosas peores y un simple mafioso no me asusta! – Dijo, abanicándose los ojos con las manos para secarse las lágrimas. – ¡Tenemos las Stellas para protegernos!

— ¿Realmente confías en eso?

— ¡Con toda mi alma!

Suspiré. Kyera había tenido dificultades con Bryan Keller dos veces el año pasado. Primero fue expulsada de la ciudad por el hombre que creía que era su padre; Quince años después, descubrió que fue por culpa de Bryan que tuvo que ir a Nueva York a vivir con nuestra tía. Había presenciado el asesinato de una niña y, debido a las opiniones políticas de su padre, tuvo que irse. Cuando regresó, Bryan la persiguió y casi muere quemada en el antiguo almacén. Unos meses más tarde, Bryan escapó de prisión y descubrió que Ash, su hermana menor, había contribuido a que fuera a prisión. Con la ayuda de Lex, su hermana mayor, hizo que la vida de Kye y Ash fuera un infierno, y casi mueren. Ash tuvo que matar a su propio hermano para no morir y no dejar que otros murieran en sus manos.

— Créeme, ¡estás mejor aquí que en El Paso!

— ¡Así que fuiste tú quien se lo contó a Allan, traidor!

Así fue como se enteró de que iba a Los Ángeles. No fue por el mapa de compra de boletos, sino por mi ubicación GPS y la información que Kye le dio.

— Eres una hermanastra de mierda, ¿lo sabías? – Le di una palmada en los brazos, fingiendo estar enojado con Kyera. Ella se río, esquivando.

— Fue lo primero que me vino a la mente.

— Sí, pero para tu información esta vez no iba a El Paso.

— ¿No?

— No. Iba a Tijuana.

— ¡Usted es loca!

— ¡Y tú eres un traidor!

Seguí abofeteándola y luego le hice cosquillas. Kyera intentó esquivarlo mientras se reía.

— ¡Detener! ¡Sabes que no deberías hacerle eso a una mujer embarazada! – Dijo sin aliento.

Me detuve inmediatamente y miré a Kyera. Sólo en ese momento noté la enorme barriga debajo de la bata holgada que llevaba. Kyera estaba muy delgada y la camisa disimulaba bien su figura. Con ese lío, apenas me di cuenta.

— ¿Embarazada?

— ¡Sí, siete meses!

Me arrodillé en el banco con lágrimas en los ojos y me toqué el vientre.

— ¿Es un chico o una chica?

— ¡Una pareja!

— ¿Mellizos?

— ¡Sí, y tú eres la madrina responsable de ambos!

Empecé a llorar de emoción y la abracé. Al menos esa estaba demostrando ser una buena razón para regresar.

— ¡La casa está igual que antes de que te fueras de Benbrook! – dijo Kyera mientras bajábamos del auto. Sonreí con una sonrisa cansada.

— ¡No me importa! ¡Mientras haya una cama y pueda dormir!

Kyera dejó de caminar y frunció el ceño.

— ¡Myka, fue un vuelo de cuatro horas! ¿No dormiste?

Contuve la respiración presa del pánico. Eso no significaba que no hubiera dormido por el efecto del beso de Allan. Ella se reiría de mí, me haría mil preguntas y luego intentaría empujarme hacia ese troglodita.

— ¡Odio los aviones y la compañía no era la mejor! – refunfuñé. Ella se encogió de hombros.

— En ese caso, sería una locura que fueras a Los Ángeles en avión, ¿verdad?

¡Por supuesto que Kyera no se creyó mi excusa! Ignoré su pregunta y, encogiéndome de hombros, cerré los ojos con fuerza.

— ¡Vamos, vámonos antes de que me caiga aquí de tanto dormir en este césped! – dije tomando su mano y colocándola en mi brazo. Por ahora sólo quería dormir, descansar y olvidarme de dónde estaba.

Capítulo 11

Allan

Fui directamente al departamento en Dallas. Necesitaba entregar el informe de los hechos y notificar que Mykaella era testigo de persecución.

— ¡Buenos días señor! – me saludó Katrina. Ella fue mi secretaria desde que me ascendieron.

— ¡Buenos días, Katrina! – respondí, entrando a la oficina del director.

— ¡Buenos días señor!

El director Keller me miró de arriba abajo con expresión de sorpresa, pero sonrió.

— ¡Buenos días, Agente Stella! ¡Pensé que te había dado unas vacaciones!

Suspiré y le entregué la documentación que traje.

— Casey está rastreando pistas para saber cuándo se entregarán los medicamentos y dónde. Solo vine a entregar el informe y la inclusión de una persona más al programa de protección.

— ¿OMS?

— ¡Mykaella Collins!

— ¿A dónde enviarás este?

— Se quedará en mi casa, aquí en Benbrook.

— Está bien, déjalo por hecho, pero ahora quiero que te vayas a casa y estés a salvo.

Estaba a punto de protestar cuando levantó la mano y me interrumpió.

— ¡Esto es una orden Stella, no es una petición! – Keller se levantó y vino hacia mí. – Te mantendré informado de todo y, si lo prefieres, puedes seguir en contacto desde donde estés, pero quiero que vayas a tu granja y protejas a la niña. ¿No es por eso que la sacaste de Nueva York?

Suspiré. Tenía razón, ya que traje a Myka de Nueva York para mantenernos a ella y a mí a salvo. Sabía que en un pueblo pequeño sería más difícil encontrarnos y encontrarnos, tengo más recursos de defensa.

— Claro, pero estaré siguiendo todo de cerca y si hay alguna novedad ¡avísenme!

Keller extendió su mano y estrechó la mía. Salí del edificio y me subí al coche. Volvería a la granja y continuaría mi trabajo como veterinario frontal con Kyera. Kurt tenía previsto venir a Dallas y mantenerme informado como mi nuevo asistente. Mi única preocupación sería Mykaella, la perra enojada con el cabello ridículamente teñido de rosa.

¡DE ACUERDO! ¡Estaba exagerando, no era ridículo! Pero ella no necesitaba saber que yo pensaba que era hermosa.

Tomé la carretera que conducía a Benbrook por Forth Worth. Quería dormir un poco antes de ir al establo y ver a Star y los otros caballos. Pasé por la entrada de la posada y mi madre me saludó con la mano. Di media vuelta y me detuve frente al pequeño edificio. Después de que Kyera se mudó con Alec, decidí dejar mi habitación en la posada y comencé a vivir en la antigua casa. Salí de la camioneta y entré a la casa de dos habitaciones. Tenía muchas ganas de un baño y de mi cama. Subí las escaleras y me quité el chaleco antibalas. Me quité la camisa y fui al baño a darme una ducha. El agua caliente cayó sobre mi cabeza y respiré profundamente con la sensación de tener los músculos relajados. Me quedé bajo el spray caliente durante unos minutos y luego salí a secarme. Me detuve frente al gran espejo que había colocado sobre el enorme lavabo del baño y me miré de perfil. Prácticamente podía ver toda la extensión de mi tatuaje, que consistía en una pantera tribal. Fue diseñado para parecerse a un ataque. Hacía esto cada vez que me duchaba.

El tatuaje se hizo para enmascarar marcas que me harían perder el sueño y nunca recuperarlo. El dolor de los golpes en cautiverio me convirtió en una persona implacable y disciplinada, para que episodios como ese nunca volvieran a suceder. Estaba acostumbrado a la insubordinación y siempre extrañaba algunos actos de rebelión, pero uno de ellos casi me lleva a la muerte. Gracias a esto me hice conocido como el oficial más mandón del departamento.

Terminé de secarme y me envolví la toalla en la cintura. Fue justo en ese momento que un ser de cabello rosado entró al baño rascándose los ojos. Mykaella lanzó un grito de miedo y abrió mucho los ojos.

— ¿Qué haces aquí? – Preguntó colocando su mano en el lado izquierdo de su pecho. – ¿Y cómo entraste?

¡Mierda! Había olvidado que la había enviado aquí. Crucé los brazos frente a mi pecho.

— ¡Yo vivo aquí! ¿Olvidaste que vas a compartir el cobertizo conmigo?

— ¡Maldita sea! Se me había olvidado que eras mi niñera las veinticuatro horas del día.

Ignorándola, fui al mostrador y tomé el cepillo de dientes, preparándome para cepillarme los dientes. Le sugerí la casa a Mykaella para que no tuviera que ir a la casa que tiene en el centro de Benbrook y donde vivía con su padre. El problema es que ella todavía no lo vio como

un favor.

— ¡Así es!

— ¡Acabo de cambiar de opinión! – Dijo en tono sarcástico pero decidido. – ¡Pero nunca estaré en el mismo entorno que tú!

Me dio una palmada en la nuca y salió del baño. Golpeé el fregadero y puse mi mano en la nuca.

— ¿Myka? – Llamé cuando escuché que la puerta del dormitorio se cerraba de golpe y se cerraba. – ¡Mykaella, abre la puerta! ¡Ábrelo o lo dejaré caer!

— ¡No me quedaré aquí contigo!

— ¡Deja de ser niño, bipolar sin cerebro!

Poniéndome los shorts que había llevado al baño, me acerqué a la puerta y pegué mi oreja. Escuché pasos alejándose de la puerta así que la pateé con fuerza.

— ¡Tú estás loco! – Dijo sorprendida cuando la puerta cayó al suelo. – ¡Completamente demente!

— ¡Odio hablar detrás de la puerta! – dijo, levantando el trozo de madera del suelo. – Escucha, sé que no quieres volver a tu antigua casa. Esta casa es grande y paso la mayor parte del tiempo en el establo. Cuando haces las paces con tu padre y decides retomar tu vida en algún lugar, vas a donde quieras. Hasta entonces, quédate donde yo pueda cuidarte y protegerte.

Myka resopló.

— Myka, esto no es una petición, es una orden y ¡es definitiva! – Me volví hacia ella desde la puerta. – Tómallo como un favor. Esta habitación es mía, pero puedes quedarte en ella si quieres. Más tarde haré reparar la puerta para que tengas privacidad.

— ¡Es lo de menos!

— ¡Fue tu culpa! Si se hubiera abierto, no habría entrado.

— ¡Estúpido idiota! ¡Mandón como el infierno! ¡Troglodita de orejas grandes!

Ella maldijo tan pronto como salí de la habitación, pero yo estaba en el pasillo y podía oír todo. Regresé a la puerta.

— ¡No tengo orejas grandes y deja de maldecirme! – dijo, golpeando la pared. – ¡Niña mimada y de pelo raro!

¡Esa criatura despreciable! ¿Cómo podría llegar a gustarme ese pozo de mala educación?

Tiré la toalla que tenía sobre mi hombro sobre la silla y me metí debajo de la cama. Tomé la pistola que mantenía sujeta al armazón de la cama y revisé si estaba cargada, luego la puse

debajo de la almohada. Dormía hasta el anochecer y luego veía a mi madre, que debía estar preocupada. Pensé antes de recostar la cabeza en la almohada y cerrar los ojos.

Myka me daría problemas, pero estaba disfrutando enfrentarme a esa bestia. Esa atracción entre nosotros se estaba volviendo absurda y yo estaba haciendo todo lo posible para no atacarla. Cada vez que ella me atacaba, quería agarrar su cabello y besarla fuerte hasta que ella perdiera el aliento y perdiera la cabeza. Cerré los ojos con fuerza y respiré.

— Ah, Allan... ¡estás removiendo un avispero! – Pensé en voz alta.

Esa loca me estaba volviendo loco y terminaría en el manicomio, ¡pero primero me la llevaría conmigo!

Capítulo 12

Myka

Después del espectáculo que dio Allan en la habitación, no pude dormir más, así que decidí tomar un poco de aire. Caminé hasta el muelle de madera que estaba a unos 300 metros de distancia al borde del lago. Me sorprendió lo fuerte que era Allan. Si hubiera derribado una puerta de madera de un solo golpe, ¿imaginas lo que podría hacerle en el cuello a alguien?

Ese pensamiento hizo que se me erizara la piel y recordé la forma en que me abrazó mientras me besaba. Allan logró ser rudo y delicado al mismo tiempo. Fue difícil resistirse. La verdad era que tenía miedo de acercarme demasiado a él porque no sabía cómo actuar con él de otra manera que no fuera ser dura. Todo porque no quería que sospechara que me sentía atraída por él. ¡Estar a solas con Allan era peligroso, muy peligroso!

Estaba perdido en mis pensamientos y me senté en el borde del muelle.

— ¿Myka?

Miré en dirección a la suave voz que me llamaba. Era Álex.

— ¡Hey! – Le sonreí y saludé.

— ¡Vaya, te ves diferente! Sólo la reconocí por su forma de caminar.

— ¡Si criticas mi cabello, te juro que te ahogaré!

Él se río, se acercó y se sentó a mi lado.

— ¡Calma! ¡Dije diferente, pero es una buena diferencia!

— ¿No crees que es raro?

— ¡No, en absoluto! Pensé que era diferente, pero hermoso. – Dijo tomando un mechón y sujetándolo. – ¡Quien dijo que era raro tenía que ser un idiota!

Le sonreí asintiendo. Alex era el chico más amable y seductor que conocía, pero dudaba que se estuviera burlando de mí.

— ¡Alan lo dijo!

— ¿No dije? ¡Un idiota! Él no sabe que no se le dice a una mujer que su cabello se ve feo, extraño o cualquier cosa que la frustre. – Dijo golpeándose la palma de su mano derecha. – Tendré que enseñarle algunos modales.

Me eché a reír y me sorprendí cuando de repente se puso de pie secándose los pantalones.

— Bueno, primero necesito encontrar una manera de proponerle matrimonio a Ash de una manera inolvidable. Se me acabaron las ideas, ¿te gustaría ayudarme?

Alex, el rey de las ideas románticas, ¿se ha quedado sin ideas? ¡El mundo estaba perdido!

Suspiré y le sonreí.

— Bueno, una vez un cliente fue a la tienda y compró pétalos de rosa para tirarlos sobre la cama. Hizo un rastro desde la puerta hasta la habitación...

Ni siquiera terminé de hablar, él me levantó y me hizo girar.

— ¡Muchas gracias mismo! –Dijo alegremente soltándome y besándome las manos. –
¡Tienes diez años!

Puse mis manos en mis caderas y vi a Alex caminar hacia la camioneta estacionada en el camino de tierra, arrancarla y alejarse.

— ¿Estaban todas las Stella así de locas? – Susurré.

Sonreí mirando a Alex, el loco más loco que conocía, desapareciendo entre los árboles. Mi teléfono sonó y como estaba con Stella supuse que era Allan.

— ¡Hola niñera!

La risa del otro lado me dijo que no era Allan.

— ¡Hola a ti también, cariño!

La voz era fría y sonaba como si estuviera borracho. Miré mi celular y vi que era un número extraño.

— ¿Quién está hablando? – pregunté irritada. La persona se río.

— ¿Has olvidado mi voz? ¡Esto prueba que nunca fui importante y que Lex era solo una excusa para ser un dolor de cabeza!

— ¿Noé?

¡No puedo creer que ese idiota haya conseguido mi número para hacerme daño!

— ¿Cómo conseguiste mi número, Noah?

— ¡Soy más inteligente de lo que parezco! – Se río aturdido. Las palabras apenas se entendieron. – Entonces, ¿has pensado en mi propuesta?

¿Propuesta? ¿Qué propuesta?

— ¿Qué propuesta, Noah? No recuerdo nada que me hayas dicho que pueda interesarme.

— ¡Regresa a mí! Todavía quiero casarme contigo, incluso si hiciste tanto escándalo por no casarte conmigo. – Dijo en tono serio. – ¡Y además de eso, casi arruina la vida de Alec!

Le gruñí.

— ¡Vete al infierno, Noé! ¡Estúpido idiota! – dijo enojado. – ¡Además, tengo un prometido y está enojado!

— ¿Acicalar? ¿Quién es el idiota?

— ¡No es de tu incumbencia! ¡Y no me llames más o te arranco la cabeza!

Colgué nerviosamente. Hacía años que no hablaba con Noah y ya me había olvidado de él. Él fue mi novio durante la secundaria y después de graduarnos, nos comprometimos. Tenía su boda planeada cuando entré a su apartamento una tarde para sorprenderlo y lo encontré en la cama con Lex. Hice un escándalo y terminé con todo. Cuando se lo dije a Alec, él no lo creyó y dijo que lo estaba haciendo porque no se llevaba bien con Kyera y por eso estaba tratando de lastimarlo. Un año después de casarse, Alec pilló a Lex en la cama con su mejor amigo. Me había pedido disculpas y hoy nos llevamos bien. Normalmente llevaba a Noah a correr cuando me molestaba.

Después de la ruptura, Noah siguió corriendo detrás de mí y eso me puso de los nervios. Me llamaba todas las noches rogándome que volviera, pero nunca cedí. Después de que Alec presentó una demanda de seguridad contra él, Noah dejó de acosarme. Pero esa acción debió haber caducado y él estaba aprovechando eso para acosarme.

Me levanté y me dirigí hacia la camioneta que me prestó Kyera. Tendría que encontrar algo que hacer o me volvería loco.

La discoteca Benbrook había reabierto para mi deleite. Extrañaba mi baile, aunque ahora ya no lo necesitaba. Con gran esfuerzo logré salir por la ventana del dormitorio sin que Allan se diera cuenta. Parecía estar muy cansado, ya que estaba profundamente dormido y ni siquiera escuchó cuando me deslicé por la cuneta. Eso me provocó algunos rasguños y algunos estiramientos de los puntos del brazo, pero nada que me impidiera bailar esa noche.

No bailaría en un escenario, incluso porque el club no tenía ese atractivo, pero aprovecharía la noche para relajarme. Ya había logrado llamar la atención de algunos chicos, así que tomé suficientes tragos para un par de semanas.

— ¡Buenas noches linda! – Me saludó un hombre de piel oscura y ojos negros con un vaso de algo en una mano y una jarra de cerveza en la otra. – ¿Puedo ofrecerte una bebida?

— ¡Gracias, pero ya estoy bebiendo!

— ¡Pero este es especial! – Dijo con una sonrisa perfecta. – El barman es mi primo y le pedí que te preparara una bebida que te sentara bien. Sabrá tu nombre tan pronto como me lo

digas.

Miré en la dirección que señalaba y el camarero saludó. Le sonreí al moreno que estaba muy bien vestido y parecía uno de esos playboys con los que solía coquetear durante mis shows. Debía tener veintisiete años y vestía camisa de vestir y jeans estilo Texas. Llevaba botas cortas y no tenía anillo en el dedo. Quizás esa noche sería mi noche de suerte.

— Bueno... ¡Si realmente es tan sexy como parece, te alegrará saber mi nombre!

Parpadeé, extendí mi mano para tomar el vaso y luego sonreí. Nos entregó la bebida y brindamos. Tomé un sorbo de la bebida que sabía a fruta y ni una gota de alcohol.

— ¿Estás seguro de que esto es una bebida?

— ¡Dije que te quedaría bien, hermosa! Ahora, ¿cómo debería llamarte?

Antes de que pudiera decirle algo al hombre, una mano enorme me agarró del brazo y tiró de mí por detrás.

— Mykaella, ¿te has vuelto loca? – gritó Allan con furia mientras intentaba alejarme del chico.

— ¡Allan, suéltame! ¿Cómo me encontraste?

Aparté mi brazo, liberándome de su agarre. Allan se volvió hacia mí y me fulminó con la mirada.

— Primero, tienes un GPS en la muñeca, ¿lo has olvidado?

¡Mierda! ¡Me había olvidado de la maldita pulsera!

— Segundo, cuando salgas corriendo a cualquier parte, ¡trata de ser más discreto!

Resoplé de frustración. Había escuchado el ruido que hice cuando intenté bajar por el tobogán.

— ¡Maldita sea! ¡Y pensé que había sido una chica Bond perfecta!

— ¡Necesitas entrenar un poco más! – Dijo sarcásticamente. – ¿Qué estás bebiendo? Myka, estás tomando analgésicos. No deberías beber alcohol.

— Primero: ¡no hay alcohol en este lugar! Segundo: lo compré del primo del barman que le pondrá mi nombre.

Allan miró al chico que estaba listo para intervenir. Me arrebató la bebida de la mano y dio un paso hacia él.

— ¿Fuiste tú quien le dio eso?

— ¡Fue sí! ¿Por qué? ¿Eres su padre por casualidad?

Allan permaneció serio y en silencio. Sabía lo que estaba por suceder si el chico

continuaba burlándose de él.

— ¡Alan, basta! ¡Es sólo una bebida!

— ¿Es cierto? – Dijo en tono frío. – ¡Excelente! ¿Beber entonces?

Dicho esto, extendió la mano y se la entregó al chico. Frunció el ceño y señaló el vaso de cerveza que sostenía.

— ¡No gracias! No me gustan las bebidas de mujeres. Soy texano y prefiero una buena jarra de cerveza.

— ¡Grave! ¡También soy texano y prefiero una buena botella de tequila! – bromeó Allan, poniéndose serio otra vez. – No menosprecies tanto la bebida que creó tu prima y compártela con la dama. ¡Bébelo!

— ¡Ya dije que no me gustan las bebidas dulces, así que no beberé nada!

— ¡Bebe o te lo haré!

¡Esto se estaba saliendo de control! La casa estaba llena y si había una pelea, ésta se generalizaría y sería un caos. Llamarían a Alec y arrestarían a muchos, incluido su hermano. Tenía que sacar a Allan de ese lugar antes de que se metiera en problemas. Queriendo evitar una pelea, tomé el vaso de su mano y le di la vuelta.

— ¡Listo! ¿Estás satisfecho? ¿Podemos irnos ahora?

— ¿Qué estás haciendo?

— Bebiendo la bebida como querías. ¿Podemos ir ahora?

Allan sacudió la cabeza desconsolado y, agarrándose del brazo, empezó a salir del club.

— ¡Allan, no es necesario que me jales así! – Me quejé.

— ¡Tú eres loca! No debería haber salido de casa y venir a este club. No debería haber aceptado bebidas de extraños. ¿Qué pasaría si esa bebida estuviera enriquecida? ¿Viste cómo se negó a beber?

— ¡Tonterías! No es Nueva York para correr ese riesgo. Además, es un pueblo pequeño. Lo encontrarían pronto si intentaba hacerme algo.

— ¡Eso si recordaras lo que pasó! – Respondió secamente. – ¡Entre!

Miré la camioneta roja que solía usar cuando estaba en la finca.

— ¡No voy contigo! ¡Vine con la camioneta de Kyera y volveré en ella!

— ¡Te lo enviaré mañana por la mañana! ¡A partir de ahora te llevaré a donde quieras ir!

Abrí mucho los ojos y gruñí.

— ¡Si crees que me vas a hacer prisionero, estás muy equivocado, Allan Stella!

— ¡No quiero que seas prisionero! – disparó con calma. – Estoy tratando de mantenerte a salvo. ¿Recuerdas que hay un montón de mafiosos detrás de ti?

— ¿Y es mi culpa? ¡No! ¡Es culpa del idiota que mató al hijo de un jefe!

— ¡Sí, es mi culpa y por eso estoy haciendo todo lo posible para asegurarme de que no sufras las consecuencias! – Dijo tomando mi brazo bueno. – ¡Ahora, por favor coopera conmigo y súbete a este maldito auto!

Estaba a punto de protestar cuando sentí los brazos de Allan rodear mi cuerpo. Se dio la vuelta y quedó apoyado con la espalda contra el camión. Escuché un sonido metálico hueco y luego un grito con una maldición furiosa. Respiré asustado y miré hacia arriba, a punto de protestar por el shock que recibí. Allan tenía los ojos cerrados y respiraba lentamente.

— ¡Hiciste una mala elección! – Dijo con voz fría antes de soltarme, colocando mi cuerpo detrás del suyo. – ¡No debería haber hecho eso!

Miré hacia el costado de Allan y vi al tipo que me ofreció la bebida sacudiendo su muñeca.

— ¡Tonto! – Gritó antes de atacar a Allan en un intento de lanzarle un puñetazo.

Allan lo esquivó, dio un paso adelante y me mantuvo a salvo entre él y el auto. Agarrando ambos brazos del hombre, le dio un cabezazo. Esto provocó que la nariz del niño se rompiera y pronto la sangre comenzó a fluir. Allan no le dio oportunidad de reaccionar y le dio un codazo desde abajo, tirando al hombre al suelo. Escuché un crujido que indicaba que su mandíbula también estaba rota. El niño cayó inconsciente y Allan ganó la pelea con dos golpes y sin ser golpeado.

— ¡Llame a una ambulancia y al jefe de policía! – Ordenó a la gente que lo rodeaba. Secándose las manos, se volvió hacia mí y señaló el camión. – ¡Vamos!

— ¡Dios mío! – Eso fue todo lo que pude decir antes de subirme a la camioneta. – ¿Eres un ninja por casualidad? ¿Cómo supiste que estaba detrás de ti? ¿Cómo lograste esquivar ese golpe?

— Mykaella, ¿puedes quedarte en silencio? ¡Tu voz me está dando dolor de cabeza!

— ¡Estúpido idiota!

— ¡Niña mimada!

Gruñí, cruzándome de brazos y recostándome contra el respaldo del asiento. Allan empezó a conducir de regreso a la granja y yo decidí quedarme callado. De lo contrario, discutiría con él. Empecé a pensar en la estupidez que hice. Allan tenía razón al decir que fui imprudente, después de todo, esa bebida podría haber sido alterada y si él no hubiera aparecido,

ya estaría en problemas.

— ¡Allan, este no es el camino a casa!

No respondió al cambio de ruta y permaneció en silencio. Mi cabeza empezó a sentirse pesada y mi visión se volvió borrosa. Fruncí el ceño mirando por la ventana delantera e intenté mirar hacia la carretera, que se dividía en dos con cuatro carriles.

¿Cuándo se volvió tan ancho este camino?

Mi cuerpo empezó a sentirse flácido y me sentí como si estuviera borracho. No entendía por qué, ya que no había bebido casi nada.

— ¡Esa no! – susurré con voz atontada. – Alan, yo...

— ¡Yo se! – Suspiró, manteniendo su atención en el camino. – Intenta mantenerte despierto y pronto estaremos en el hospital.

Capítulo 13

Allan

— ¡Dos dientes rotos, mandíbula, nariz y un chichón en la cabeza con dos puntos! – dijo Alec en tono de reprimenda. Continué rastrillando el heno. – ¿Me estás escuchando?

— Sí. ¡Di que está muerto! – dijo sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

— ¡Allan, no estoy bromeando! Los testigos dijeron que el atacante tenía mi cara. Pensé que era Alex, pero para mi sorpresa estaba en un retiro romántico con Ashley en Dallas.

— ¿Qué? ¿Alex dejó Benbrook? ¿Está loco por casualidad?

— ¡Allan, no cambies de tema! ¿Por qué golpeaste a ese hombre hasta casi matarlo?

Resoplé tirando el rastrillo.

— ¡No le pegué hasta que casi lo mata! – Respondí. – Fueron solo unos cuantos golpes y, en mi defensa, él intentó golpearme primero.

— ¿Por qué? ¿Qué motivo te llevó a atacarlo?

— ¡Le quité a la chica a la que intentaba drogar y violar!

Alec frunció el ceño, sin entender mi respuesta.

— Tuve que llevar a Myka al hospital para desintoxicarla porque ese idiota le dijo “Buenas noches, Cenicienta” – respondí secamente. Alec me miró con expresión preocupada. – ¡No se preocupe! ¡Ella ya está bien! Sólo está durmiendo un poco en el cobertizo. Cuando llegué al club, ella ya tenía un vaso en la mano hablando con el chico.

— ¿Cómo supiste que intentaba drogarte?

— No lo sabía, pero lo supuse. Entonces le hice beber la misma bebida y se negó. Esa fue mi prueba, pero cuando intenté darle una lección, Myka tomó el vaso de mi mano y se lo bebió todo. – Hice una pausa, pasándome la mano por la cara. – Tuve que llevarla al hospital, pero mientras intentaba subirla a la camioneta, él vino por detrás y me atacó. Fui yo quien envié a buscarte a ti y a una ambulancia. Tengo guardadas las pruebas de toxicología.

— ¡Nuestro! – Alec respiró hondo. – Myka te está dando más problemas de los que Kyera me dio a mí. Pensé que ella era la más tranquila de las dos.

— ¡Es malo, eh! ¡Es un verdadero demonio de pelo rosa! – Alec soltó una carcajada. – Pero no le cuentes a Kyera lo que pasó, o se preocupará sin motivo alguno.

Alec asintió y permaneció en silencio por unos momentos. Odié cuando hizo eso porque sabía que me estaba analizando.

— Bueno, me voy a la comisaría. Si hay alguna información sobre las fronteras, te lo haré saber.

— DE ACUERDO.

Alec se fue dejándome sola con mis pensamientos y confundida por su análisis momentáneo. Estaba bastante seguro de que iba a decir algo, pero no lo hizo. Tenía un sexto sentido para leer nuestros sentimientos y eso me dejó confundida. Él fue el único que notó mi comportamiento diferente después de que fui rescatado de los mafiosos. Tuve que contarle lo que pasó y que yo era un agente del FBI. Escuché un ruido detrás de mí y me di la vuelta, listo para atacar a quien fuera.

— Deberías sustituir el café por té, ¿sabes? – dijo Mykaella con una sonrisa sarcástica y se apoyó contra la pared de uno de los puestos, cruzándose de brazos. – O destruirá tu sistema nervioso.

— ¡El café me mantiene despierto y alerta! – dije acercándome al rastrillo que tiré contra la pared.

— ¿Para qué?

— ¡Gente como tú!

— ¿Gente como yo?

— Sí. ¡Irritante, testarudo y sin un ápice de sensatez!

Myka soltó una carcajada, pero me di cuenta de que no le hacía mucha gracia. Su tono mostró que estaba frustrada pero no perdió el tiempo en replicar.

— ¿Qué es lo que quieres? ¿No deberías estar en la cama?

— Me duele la espalda de tanto estar acostada. – respondió ella suspirando. – Estoy un poco menos mareado, así que decidí levantarme.

Miré hacia atrás y vi que ella todavía estaba de pie con los brazos cruzados. Su expresión era suave, como si estuviera tratando de decir algo y se sintiera avergonzada por ello.

— ¡Dilo, Myka! Te sentirás mejor si hablas de lo que sea que estés planeando.

— Hum... Gracias – hizo una pausa –, ¿sabes? ¡Para anoche! Realmente no quería beber eso y pensé que era la mejor manera de evitar un desastre.

— ¡Saber! ¿Matarte a ti mismo?

— ¡No intenté suicidarme! ¡No quería que el club se convirtiera en un caos por mi culpa!

— Para empezar, deberías haberte quedado en casa si querías proteger tu integridad y la de los demás.

Myka resopló, golpeando el suelo con uno de sus pies.

— ¡Ya te dije que no soy tu prisionero, Allan!

— ¡No, tu no eres! – disparé mirándola desde donde estaba. – Pero es mi responsabilidad mantenerte a salvo.

— ¡Entonces deja de actuar como si fuera un completo idiota! ¡Un niño irresponsable! ¡No soy irresponsable, Allan!

— ¿Ah no? ¡Tú actitud de ayer sólo demostró lo contrario! – Me bajé del pajar y, acercándome a ella, le sostuve la cara con una de mis manos. – ¿Qué pensaste cuando le ordené a ese idiota que bebiera esa bebida? ¿No tuviste un minuto de astucia dentro de esa cabecita tuya?

— ¡Ya dije que traté de evitar lo peor!

— ¿Beber una bebida ofrecida por un extraño en un bar? – Me reí sarcásticamente. – ¡No eres más que una niña mimada e irresponsable, Mykaella! Patética, sigue lloriqueando por los rincones por el error de otra persona que ni siquiera interfirió en su vida.

Myka apartó mi mano de un golpe y gritó enojada.

— ¡Mira quién habla de reprimir sentimientos! ¿Por qué no nos cuentas cómo te hiciste esas cicatrices en la espalda?

Me quedé helado ante esas palabras. ¿Cómo supo de las cicatrices? El único que lo sabía era Alec. Mi tatuaje hizo un buen trabajo al cubrir las marcas del trauma. ¿Myka pasó la noche analizándome cuando me salvó de ese intento de asesinato? ¡No importaba! ¡Ese era un asunto que sólo me concernía a mí y a nadie más!

— ¡Ésta es sólo mi carga! – respondí secamente y me alejé.

— ¡Así que la traición de mi padre es sólo mi carga! – Replicó sarcásticamente.

Miré a Myka y suspiré. Así que me acerqué a ella con una mirada seria.

— ¡No, esta es una carga que le pertenece única y exclusivamente a tu padre! Él ya se ha perdonado a sí mismo. Su hermana, que sufrió el mayor daño por esto, también lo perdonó. ¿Por qué no lo perdonas y te olvidas de eso? – Tomando los guantes, pasé junto a ella y me dirigí al puesto de Star. – ¡Esa sería una actitud adulta y responsable! No salgas por las ventanas en medio de la noche y bebas bebidas de extraños en un bar.

Con eso, entré al cubículo dejando a Myka sola afuera. Todavía podía oírla refunfuñar y golpear el suelo de madera con el pie antes de salir del establo.

— ¡Esta me la deberás, Kyera!

Capítulo 14

Myka

Me fui pisando fuerte y llamando a Allan con muchos malos nombres. ¿Cómo podría llamarme inmaduro? Sobreviví casi dos años solo en una ciudad enorme. No era inmaduro. ¡No es lo mismo! Bueno... Quizás un poco testarudo, ¡quién sabe!

Me detuve unos instantes a la orilla del lago y respiré profundamente. Quizás Allan tenía razón y realmente estaba exagerando sobre la aventura de mi padre con mi tía. Eso fue hace años. Nunca noté un rastro de infelicidad o tristeza en el rostro de mi madre. La recuerdo siempre tratando a Kyera con mucho cariño, como si realmente fuéramos hermanas. ¿Ella lo sabía?

Sin pensarlo, me di la vuelta y corrí hacia la camioneta de Allan. Salió del cubículo de Star, pero no vino detrás de mí, simplemente se quedó mirando. Todavía lo vi sacar su teléfono celular del bolsillo y marcar a alguien. Tal vez estaba llamando a Alec para que me interceptara en el camino. ¡Al diablo esto!

Llegué a mi antigua casa sin demasiados problemas, ¡lo cual fue realmente extraño! Tan pronto como entré por la puerta, me saludó Abigail Taylor, una señora muy amable y hermosa que normalmente trabaja como cocinera en la cafetería. ¡Sus cupcakes eran increíbles!

Abby, como nos gustaba llamarla, dijo que mi padre la había contratado para cuidar la casa una vez por semana y encargarse del almuerzo. Estaba feliz de cocinar para mi padre y pude ver que la casa estaba limpia y en orden. Me gustó la idea de que él viviera en la casa. Siempre pensé que la granja estaba demasiado lejos para que él estuviera solo o viajara de un lado a otro.

— ¡Él no está en casa a esta hora, hija mía! — dijo con simpatía. — El señor Collins debe estar en la floristería, si no ha ido a otro lado.

— ¡Gracias, Abby!

Me despedí de Abigail y fui directo a la tienda. Era una floristería no muy grande. Una especie de quiosco que estaba en medio de la plaza. Estaba completamente acristalada, con puerta e interior de madera. Las partes acristaladas disponían en su interior de persianas cuyo mando estaba en el marco de la puerta, lo que resultaba útil para aquellos días de mucho calor. A las flores les gustaba el sol, pero había meses en que Texas hervía como un caldero de salsa. La madera estaba pintada de amarillo con un gran cartel en la parte superior del frente que decía: **Flor Esmeralda**. Así me llamaba mi padre cuando era niña, por mis ojos verdes y mi pelo rojo.

Las persianas estaban bajadas debido al sol alto. Era cerca del mediodía cuando entré sin llamar. Mi padre estaba inclinado sobre el mostrador con un bolígrafo en la oreja y leyendo el periódico. Una escena muy típica que no había cambiado. Levantó la vista y casi se cae cuando me vio de pie junto a la puerta cerrada.

— ¿Mykaella?

— ¡Sigues distrayéndote mientras trabajas!

— ¿Oh esto? Hmm... yo...

Tartamudeó mientras enrollaba las páginas del periódico para guardarlas.

— ¿Lo sabía mi madre? – Disparé sin rodeos. Mi padre me miró y respiró hondo.

— Sí. Sara y yo le dijimos a Suzan tan pronto como supimos de Kyera.

— ¿Por qué no nos dijeron la verdad?

— Porque ustedes dos ya se trataban como hermanas y no queríamos que esto se interpusiera en su vida. – Dijo en voz baja. – No quería que mis hijas crecieran traumatizadas y terminaran odiándose por algo que hicimos.

— ¡Tu error!

— ¡No! – disparó desde detrás del mostrador. – ¡He cometido muchos errores en mi vida, pero tú y Kyera nunca fuisteis uno de ellos! Siempre has sido la luz de mi vida, mi alegría incondicional y tu madre pensaba lo mismo. No quería verlos sufrir, así que pensó que sería mejor no decir nada.

— ¿Fue idea suya?

— Sí.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Nunca se me pasó por la cabeza que mi madre tuviera la idea de ocultarnos que Kyera y yo éramos hermanas. Durante esos dos años oí a mi padre, pero esta mañana pensé en cómo se habría sentido mi madre.

— ¿Sabías que estuve en Nueva York todo este tiempo?

— Sí.

— ¿Por qué no fuiste tras de mí?

— Porque sabía que necesitabas tiempo y que cuando estuvieras lista vendrías a hablar conmigo. – Hizo una pausa con voz triste. – Solo recé para poder seguir vivo y poder verla antes de irme. Parece que Dios ha respondido a mis oraciones y puedo pedir perdón si te he causado algún sufrimiento.

Lloré, acercándome lentamente a él hasta abrazarlo. Hacía mucho tiempo que quería

volver a recibir el abrazo de mi padre, pero estaba demasiado orgulloso para reconocerlo.

— ¡Lo siento, hija!

— ¡Perdón por ser tan egoísta! Debería haberte escuchado, tal como lo hizo Kyera.

— Tu hermana siempre fue más sabia que tú.

— ¿Qué? ¡Yo soy el sabio! ¿Quién la ayudó a escapar de Alec?

— ¡Kyera siempre fue la sabia! – Él río. – ¡Eras el más inteligente!

Hice una mueca de desacuerdo.

— ¿Ambos en empate?

— ¡Ambos empatados!

Él sonrió y me abrazó nuevamente.

— ¿Vienes a casa?

— ¡Todavía no! – Respondí. – Si no te importa, lo quiero paso a paso. Me quedo en casa de Stella y me gustaría quedarme allí un poco más, sólo para asimilar un poco más las cosas ahora que estoy de regreso.

Mi padre suspiró con una sonrisa ligeramente triste. No podía decir que estaba bajo la protección de un federal y que había asesinos tras de mí.

— Pero me gustaría volver a trabajar en la floristería, si no te importa.

— ¡Bueno, es mejor que nada! Además, será genial tenerte aquí a mi lado nuevamente.

Sonreí encogiéndome de hombros.

— ¡Sí, y necesito empezar urgentemente! – dijo caminando hacia las rosas. – Estas rosas están secas y, por Dios, ¿quién hace estos ramos?

Me miró con ojos brillantes de diversión.

— ¡Yo fui quien los hizo! ¿Es tan malo? – preguntó metiéndose las manos en los bolsillos.

— ¡No están mal, pero los míos son mejores!

— ¡Estoy de acuerdo!

Los ojos de mi padre parecían cansados, pero brillaban tal como lo recordaba. Kye me decía por teléfono cuánto me extrañaba. Me sentí aliviado al hablar con él.

— ¡Te extrañé mucho, Rosa Esmeralda! – Dijo abrazándome y mencionando mi cabello. Me reí, devolviéndole el abrazo.

— ¡Yo también te extrañé, viejo oso!

Se distanció un poco.

— ¡No soy viejo!

Me reí y pasamos la tarde hablando, mientras yo hacía ramos en el mostrador como en los viejos tiempos. Poco a poco empezamos a entendernos y él me dijo que estaba reuniendo el valor para invitar a salir a Abigail Taylor. Lo animé después de reírme mucho. ¡Mi papá coqueteando con la cocinera más talentosa de la ciudad fue muy gracioso!

Alrededor de las siete, ya me dirigía de regreso a Star Lake cuando Kye me llamó para ir a casa de Luck. Me puse unos vaqueros ajustados y una camiseta de punto rosa. Me puse mis botas de tacón alto y me maquillé ligeramente. Hacía calor así que decidí recogerme el pelo en la parte superior de la cabeza y dejar algunos mechones sueltos. Miré a mi alrededor y no había señales de Allan. No lo había visto desde esta mañana cuando discutimos. La cama de su habitación estaba perfectamente hecha y llevó algo de ropa a la habitación de invitados, dándome privacidad como dijo. Tuve que admitir que Allan era completamente controlador, pero también cariñoso.

Subí a su camioneta, que estaba estacionada frente al semental, y me dirigí al bar. Pasé la noche escuchando cantar a Kye, y de vez en cuando Alec subía al escenario para tocar con la banda. Ahora Luck's tenía un escenario con instrumentos musicales y Kye era el cantante oficial, pero cualquiera que tuviera el coraje y el talento podía subir y cantar también.

Dominic llegó junto a un rubio alto con la misma constitución atlética que Allan. Pronto descubrí que era un agente del FBI bajo el mando de Allan, al igual que Alec. Ethan era una persona dulce. Muy diferente a Allan, pero pude ver que era bastante protector con Dom. Me dijo que tenía una hija de tres años llamada Isabella y me mostró una foto de una niña encantadora.

— ¡Que linda! – dijo, devolviéndole la foto que guardó en su billetera.

Pronto llegó al bar el más harto de la dulce pareja. Alex y Ash parecían terrones de azúcar unidos durante la fabricación. Nunca había visto gente más pegajosa y fue divertido. Alex era un amante convencido y se propuso demostrarlo. Los ojos de Ash se iluminaban cada vez que hacía un cumplido. Qué cambio, porque Alex solía ser el tipo más mujeriego de Benbrook. Simplemente no salió conmigo porque me odiaba.

Me reía con ambos cuando vi a Allan caminar del brazo de una morena. Ella era un poco más baja que yo y llevaba un vestido ajustado negro perfecto y con curvas, combinado con un hermoso par de zapatos Loubotin. Pronto una punzada de celos intentó apoderarse de mí y suspiré, haciendo una mueca cuando él llegó a nuestra mesa. La niña se movía y mascaba chicle. Tenía el pelo largo y lacio que brillaba con aceite y brillantina.

— ¡Buenas noches! – saludó a los hermanos con un gesto de sus manos, besó a las chicas y estrechó la mano de Ethan. – ¡Hola, abejita! ¿Has decidido dejar las flores?

Allan estaba seguro de monitorear el GPS para ver dónde estaba durante todo el día.
¡Típico!

Le sonreí burlonamente.

— ¡Con una estúpida oreja grande en la espalda, es difícil permanecer escondido! – respondí sarcásticamente, moviendo la cabeza de un lado a otro. La morena me miró a mí y a él con una mirada de desdén.

— ¡Te dije que no tengo orejas grandes! – dijo Allan entre dientes con el puño derecho cerrado.

La camisa verde esmeralda que vestía contrastaba con su cabello negro. Tenía algunos botones abiertos, dejando al descubierto la fina cadena que colgaba de su cuello. Las mangas cortas se adhirieron a los músculos de tu brazo, perfilando y mostrando toda tu fuerza física. Miré con desdén.

— ¡Las abejas también pican! – dijo tarareando mientras pasaba su dedo por el borde de la copa de vino.

La gente en la mesa permaneció en silencio debido al ambiente caluroso y provocativo que existía entre nosotros dos. Nos miramos fijamente hasta que la maldita morena decidió abrir esa gran boca suya y revelar una voz aguda extremadamente molesta.

— ¿Vamos a bailar? – Preguntó ella, llamando su atención. Allan le sonrió y la agarró. Antes de irse, sin embargo, me lanzó una mirada que me puso la piel de gallina.

— ¡No bebas demasiado, niña! – Él advirtió. – No quiero tener que salvarte esta noche otra vez.

Luego se dirigió a la pista de baile apretando su enorme culo, que apenas cabía en el diminuto vestido.

¡Maldito seas!

—¿Qué quiso decir Allan con eso? – preguntó Kyera. – ¿Myka?

Abrí la boca para intentar poner alguna excusa, pero Alex me detuvo abriendo la boca y dejando escapar uno de sus comentarios irónicos.

— ¡Guau! ¿Soy sólo yo o hace calor aquí?

Dijo Alex abanicando su camisa mientras seguía a Allan a la pista de baile. Ash le dio un codazo y Alex jadeó. Él me guiñó. ¡Por supuesto que sabía de la situación en el club!

— ¿Qué pasa con ustedes dos? – preguntó Alec cuando Allan ya estaba lejos. Lo miré sin

entender la pregunta.

— ¿Además del deseo suicida? – respondí sarcásticamente. – Tenemos opiniones diferentes y tu hermano me irrita con su forma controladora. Es difícil vivir bajo el mismo techo, ¡así que no te sorprendas si lo mato!

Alec se rió de mi reacción, al igual que Kye.

— ¡Si no los conocieras bien, podría jurar que estaban enamorados el uno del otro! – Declaró en tono divertido. – ¡Nunca había visto a nadie molestarse tanto!

— ¡Rompieste nuestro récord! – corrigió Alec.

— ¡No me atrae ese cabrón! – dijo enojado. – A menos que sea para una misión homicida.

¡Mentí entre dientes! Nunca admitiría ante nadie que el beso de ese idiota arrogante me había molestado, pero eso era algo que podía curar con el beso de otra persona.

— Voy al baño y tal vez baile más tarde. No me voy a quedar aquí escuchando tus tonterías.

Kye se echó a reír y de repente toda la mesa se convirtió en un público de circo. Resoplé, levantándome y dirigiéndome hacia el baño. Miré hacia la pista de baile y vi que Allan estaba sujetando a la morena, apretando todo lo que podía y mirándome. Sacudiendo la cabeza, ignoré la grotesca escena y entré sintiendo que me ardía la cara. Cuando me miré al espejo vi que tenía la cara roja como si me hubieran abofeteado.

¿Cómo puede un hombre despertar tanta ira en mí? ¡Tonterías!

Respiré hondo con mis pensamientos y me dirigí al stand. Hice lo que iba a hacer y antes de irme fui a retocarme el labial. De repente la puerta se abrió violentamente y entró la morena que estaba con Allan.

— Ah, ¿entonces aquí es donde viniste a esconderte y preparar tu próximo movimiento? – preguntó cruzándose de brazos y parándose frente a mí. La miré confundida y fruncí el ceño.

— ¡Mira, no te conozco y no tengo idea de lo que estás diciendo! – Seguí secándome la cara mojada y cogí el lápiz labial, ignorando esa cosa. – Ahora apártate de mi camino porque no eres transparente y necesito retocarme el labial.

— ¡Vi la forma en que miras a Allan!

— ¿Con rabia? ¿Deseo homicida?

— ¡Sí, con ganas! ¡Entiendo muy bien el deseo y no hay nada homicida en la forma en que se miran!

Puse el lápiz labial en mi bolso y la miré riendo.

— ¡Sí, estoy seguro de que entiendes muy bien el deseo!

La chica gruñó enojada y se acercó a mí señalándome con el dedo índice.

— ¡Escucha bien, perra! ¡Me tomó meses poder volver a salir con Allan y no será ningún estúpido punk quien me lo quite!

Ella me agarró del brazo y yo tiré de él tratando de pasarla.

— ¡Escucha bien, tú! – Me volví para mirarla. – Allan no es alguien que tenga relaciones a largo plazo y yo no tengo tiempo para problemas. ¡Aprovéchalo bien si quieres, pero si me vuelves a tocar te romperé los dedos!

La amenacé y me alejé con la barbilla en alto. Cuando estaba llegando a la puerta de salida del baño, algo fuerte me golpeó la cabeza. Puse mi mano sobre mi cabeza y miré donde había caído el objeto. ¡Esto sólo podría ser una broma! ¿Un zapato? ¿Esa zorra me arrojó su zapato?

Quité la mano de la parte posterior de mi cabeza y cerré los puños a los costados.

— ¡Pagarás por esto! – dijo, agachándose y recogiendo el zapato.

Fui hacia ella y le di un puñetazo tan fuerte que la perra cayó al suelo gritando.

— ¡Esto es para que aprendas a no meterte conmigo cuando no deberías!

Agarré su cabello y lo envolví alrededor de mi muñeca. La arrastré por el suelo hasta uno de los baños y até su enorme cabello alrededor de la tubería del inodoro.

— ¡Su vaca! ¡Liberarme!

— ¡Y esto es para que aprendas a no tocarme!

Me levanté y le quité el otro zapato.

— ¡Como no los quieres, los donaré a la caridad!

— ¡Esto es un robo! ¡Llamaré a la policía!

— ¿Quieres que te llame? ¡El delegado es mi cuñado!

Ella dejó escapar un gruñido enojado y yo me reí, dejando la cabina y cerrando la puerta detrás de mí. Salí del baño y me dirigí a la mesa. El ruido afuera era ensordecedor y no podía escucharla gritar desde adentro. Allan se reía de algo que Alex le dijo al oído. Me acerqué y terminé la bebida que estaba bebiendo antes de irme.

— ¿Por qué tardó tanto? – preguntó Kye. Le sonreí.

— Fui a retocarme el maquillaje y aproveché para peinarme.

— ¿Qué zapatos son esos? ¡Ellos son lindos! – preguntó Kyera mirando mis manos.

— ¿Puedes creer que estaban jugando adelantado cuando salí del baño?

Kyera me miró sin entender.

— ¡Aférrate! – dijo Allan señalando mi mano. – ¡Esos son los zapatos de Bree! Ella fue al baño y...

Hizo una pausa, mirándome y sonreí irónicamente.

— ¿Qué le hiciste a Bree? – preguntó entre dientes.

— ¿Entonces ese es su nombre? – Me levanté. – Digamos que se enredó un poco.

Respondí sarcásticamente y luego le entregué los zapatos en las manos.

— ¡Fue divertido, pero estoy muy cansada! – dijo mientras pasaba su dedo índice por la barbilla de Allan. – ¡Buenas noches!

— ¿Qué quieres decir con eso?

Lo ignoré y comencé a cruzar la habitación. Un hombre interceptó mi camino con una sonrisa perfecta.

— ¿Puedo invitarte a un baile? – Le preguntó. Miré hacia atrás y me encontré con la mirada sorprendida de Allan.

— ¡Creo que un baile antes de irte no te hará ningún daño!

Extendiendo mi mano, lo seguí hasta el pasillo. La intención era provocar a Alan, pero parecía que no me estaba prestando atención. Entonces decidí disfrutar el momento y en lugar de un solo baile, pasé casi cuarenta minutos en los brazos del hombre. Antes de irse, me besó. Me sentí frustrada porque besaba bien, pero lo comparé con el beso de Allan y me di cuenta de que no era lo mismo. Le dejé claro que era solo un baile y me despedí de él saliendo del bar. Llegué al estacionamiento y respiré hondo, pasándome la mano por la cara.

— ¡Esto es una pesadilla! – refunfuñé. – ¡No quiero sentirme atraído por ti, mierda!

Caminé hacia la camioneta y cuando estaba a punto de coger la llave, una mano enorme me agarró del brazo, apretándolo con fuerza. Me di la vuelta, lista para darle una paliza al imbécil cuando me encontré cara a cara con los ojos plateados de Allan.

— ¿Estás loco por casualidad? ¿Por qué ataste a Bree al baño?

Le di un empujón.

— ¡Esa novia idiota tuya me amenazó y encima me tiró un zapato a la cabeza! ¿Qué desearías que hubiera hecho? ¿Gracias?

Allan se detuvo y se cruzó de brazos.

— ¡Bree no es mi novia!

— ¡Entonces dile eso, porque parece que Bree no lo sabe! – dijo con desdén. – ¿Y quieres

quitarte de mi camino?

Lo empujé a un lado para subir a la camioneta.

— ¡Ten cuidado o podría pensar que estás celoso! – dijo Allan con desdén.

— ¡Solo porque quieres! – respondí irónicamente abriendo la puerta.

— ¿Había necesidad de besar a ese tipo en medio de la habitación?

— ¿Lo juras? ¿Quién está celoso ahora?

Allan se río.

— Te ves hermosa, ¿lo sabías?

— ¡Y sigues siendo un pendejo, pero gracias de todos modos!

— ¡Apuesto a que beso mejor que él!

— ¡Apuesta y perderás!

Allan me agarró del brazo, tirando con fuerza y cerrando la puerta. Me presionó contra la camioneta y me agarró del cabello sin que yo esperara, sin darme oportunidad de reaccionar, luego me besó. Puse mis manos sobre su pecho y traté de alejarlo, pero Allan se mantuvo firme. Y como otras veces, solo pude resistir unos instantes, mientras él me besaba fervientemente y luego se suavizaba, hasta que de repente se detuvo. Me miró por unos momentos con expresión perdida y luego sonrió sarcásticamente.

— ¡Creo que gané!

Sacudí la cabeza de un lado a otro con expresión seria.

— ¡No, creo que acabas de perder! – dije dándome vuelta, abrí la puerta del auto y me subí.

Se quedó allí mirándome como una estatua mientras se alejaba. Todavía podía ver cuando Allan regresó al bar, pisoteando y aflojando y aflojando los puños.

Llegué a Star Lake minutos después. Subí las escaleras, me di una ducha y me tumbé en la cama. Caí en un sueño profundo e inmediato, pero me desperté con un grito de dolor de alguien que parecía estar en agonía. Me senté en la cama asustada y me di cuenta de que un segundo grito provenía de la habitación de Allan. Salí corriendo de mi habitación y entré a la habitación de al lado.

— ¿Allan? ¿Todo bien?

Encendí la luz de la mesita de noche y vi a Allan acostado boca abajo, agarrando con fuerza la sábana. Gritaba con los ojos cerrados cada pocos segundos. Me di cuenta de que estaba durmiendo y que era una pesadilla.

Me subí a la cama y me arrodillé junto a él, que estaba en medio de la enorme cama.

— ¿Allan? ¡Despertar!

Llamé sacudiendo suavemente su hombro. Allan estaba con el torso desnudo y sudaba profusamente. Después de unos segundos de temblar, abrió los ojos soltando la sábana. Saltó, se arrodilló en la cama y agarró mi garganta, apretándola con fuerza. Empezó a apretar mirándome enojado. Allan ciertamente estaba en trance todavía atrapado en el recuerdo de su pesadilla. Algo muy malo le pasó y Allan pensaba en mí como la persona que lo estaba lastimando de alguna manera muy dolorosa. Sorprendido, lo agarré de la muñeca y lo abofeteé.

Abrió mucho los ojos y luego me soltó. Allan respiraba con dificultad y parpadeó confundido mientras yo tosía para recuperar el aliento.

— ¿Myka? ¿Qué paso? ¿Qué haces en mi habitación?

Lo miré poniendo sus manos en su cuello.

— ¡Pesadillas! – dijo entre una tos y otra. – Estabas teniendo una pesadilla y gritabas mucho.

Me miró asustado, pero pronto una expresión fría se apoderó de su rostro.

— ¡Sal de aquí! – Dijo señalando la puerta.

Lo miré con incredulidad. Me encogí de hombros y me levanté de la cama con las manos en alto, como si me estuviera rindiendo.

— ¡Lo siento, pero solo quería ayudar!

— ¡Mykaella, sal de esta maldita habitación! – gritó levantándose y golpeando el armario.

— ¡Idiota engreído! – refunfuñé. – ¡Maldito desagradecido!

Salí de la habitación dando un portazo y fui a la cocina a beber un vaso de agua. Cuando regresé, vi a Allan saliendo de la habitación vestido todo de negro con un casco en la mano. Bajó corriendo las escaleras y pasó a mi lado sin decir nada.

— ¿Adónde va este loco? – Susurré.

Ignorándolo, volví a la habitación y me quedé dormido. Realmente no quería saber adónde iba. Estaba muy cansado y decidí que dormiría lo más que pudiera para poder trabajar muy bien mañana. ¡Mi vida estaba volviendo a la normalidad y no iba a permitir que un loco la arruinara otra vez!

Capítulo 15

Allan

No había hablado con Myka en dos días. Después de echarla de mi habitación, pensé que lo mejor sería mantenerme alejado. Había sido muy grosero con ella, pero lo hice porque tenía miedo. Cuando desperté y vi que le estaba apretando la garganta, me asusté y entré en pánico. Entonces hice lo que mejor hago, le grité.

Respiré profundamente y pasé mi mano por la pata izquierda de Star. Necesitaba concentrarme en el trabajo. Star había estado teniendo algún tipo de calambre y yo estaba haciendo algunas evaluaciones.

— ¿Está todo bien con ella? – preguntó Alec preocupado.

Lo miré y luego a la pata de Star.

— ¡Sí, pero démosle una semana de descanso! – Me levanté suspirando. – Le falta calcio y potasio. Si corres ahora, te romperás la pata y eso no será bueno.

Me había graduado de veterinario y lo usaba como tapadera para el trabajo. Utilicé poco mis conocimientos, ya que sólo cuidaba los caballos en la yeguada. Alec odiaba no ejercitar a Star, pero tenía que entender que ella era frágil. Estaba envejeciendo y su salud era inestable.

Se metió las manos en los bolsillos y asintió con la cabeza.

— ¡Mierda! ¿Por qué este medicamento no permanece en su lugar? – grité, ajustando la silla de Star por quinta vez.

— ¿Que pasa contigo? – Le preguntó. – De repente se volvió torpe y distraído.

Dijo riendo en un tono divertido. Resoplé, mirándolo de reojo.

— ¡No me mires así! ¡Sabes que no me asustas!

Alec se cruzó de brazos, apoyándose contra el marco de la puerta. Podía resultar bastante irritante en los momentos más inconvenientes de la vida, pero tenía razón. No sabía cómo actuar después de la otra noche y, para colmo, aún me quedaba la parte profesional que se estaba viendo afectada por mi falta de concentración.

Dejé lo que estaba haciendo y me senté en el taburete, colocado en la esquina izquierda del cubículo.

— ¡Tuve una convulsión hace dos noches! – dijo apoyando su cabeza contra la pared.

Alec me miró, frunciendo el ceño.

— ¿Y cuál es el problema con eso? Ha tenido innumerables convulsiones desde que lo trasladaron desde Nueva York. Pensé que ya estabas acostumbrado.

Miré a Alec y respiré con los ojos cerrados.

— Myka me escuchó y vino en mi ayuda. Lo siguiente que supe fue que la estaba estrangulando, pensando que era Alexia.

— ¡A la mierda esto!

— ¡Estaba aterrorizado, Alec! ¡Podría haberla matado!

— ¿Y Myka?

— ¡La eché agresiva y groseramente de la habitación! – dije inclinándome y apoyando los codos en las rodillas.

Alec entró al establo, que era lo suficientemente grande para dos caballos, y caminó hacia el pajar en la esquina donde Star decidió acostarse.

— ¿No has perdido esa costumbre de gritar cuando tienes miedo?

— ¿Como así?

— Tu reacción no es nada nuevo para mí. Siempre tenías esa actitud explosiva cuando tenías miedo, pero Myka podría haber resultado herida. – Dijo rompiendo una de las ramas y oliéndola.

Me levanté del banco y me dirigí a la puerta del cubículo. Miré hacia el prado donde vi la inmensidad del terreno. Algunos caballos estaban sueltos en el pasto de la yeguada.

— ¡Creo que está enojada, sí!

Alec vino caminando hacia mí.

— Hablar con ella. Sé que puedes ser lindo cuando quieras.

Fruncí el ceño ante su comentario.

— ¿Qué es este “lindo” negocio?

— Kyera siempre dice eso cuando hago algo estúpido.

— ¡Esto no es una broma, Alec! – dije irritada. – ¡De ninguna manera voy a actuar como un idiota como tú y Alex!

Mis hermanos eran inteligentes, pero cuando se trataba de mujeres estaban fuera de sí. Parecía que mi cuñada tenía los sentidos en sus manos. Todo lo que tenían que hacer era chasquear los dedos y se les acercarían como perros.

— ¡Entonces deja de hacerte el idiota y ve a hablar con ella, en lugar de esconderte en este

establo arrepintiéndote de lo que hiciste! – gritó cuando llegué a la puerta. – ¡Disfruta y mantén los ojos abiertos!

Parpadeé, deteniéndome en el momento en que las palabras salieron de su boca.

— ¿Qué quieres decir con eso?

Alec asumió una expresión seria.

– Escuché que Noah Dillon está tras ella nuevamente. Estoy intentando emitir una nueva orden de alejamiento, pero el sistema no funciona desde ayer.

Noah Dillon era el ex prometido problemático de Myka. Nunca aceptó el fin del compromiso y vivió detrás de Myka. Alec tuvo que ordenarle que se mantuviera alejado de Myka y la dejara en paz.

Salí del establo y vi a Alex corriendo hacia nosotros. Parecía estar hablando solo y tenía algún tipo de misión.

— ¡Aférrate! – dijo Alec cambiando de tema. – Dijiste que nunca actuarías como un idiota, como Alex y yo. ¿Qué quieres decir con eso?

Alex se acercó como si estuviera huyendo de alguien.

— ¿Qué sucedió? ¿Por qué corres así? – pregunté preocupada. Se paró con las manos en las rodillas y respiró hondo para recuperar el aliento.

— ¡Tengo un problema con la bujía! ¿Sabes dónde puedo conseguir algunos?

Pasé mi mano por mi barbilla y Alec se río.

— ¿Qué tipo de vela? ¿Tu apartamento se ha quedado sin luz otra vez, Alex?

— No. Voy a pedir la mano de Ash, y Myka me dio una idea para eso, ¡pero necesito velas!

Miré a Alec con expresión de incredulidad.

— ¿Ver? ¡Ese es el tipo de cosas de las que estaba hablando! – dijo al explicar a qué se refería con llamarlos idiotas. – ¡Perdiste completamente la cabeza por culpa de las chicas! Ni siquiera recordar que hay una tienda de regalos y decoración en Benbrook Store. ¡De repente hay velas a la venta!

Alex se rascó la cabeza y suspiró.

— ¡Es cierto! ¡Me olvidé de las tiendas de gasolineras! – Aliviado, me dio unas palmaditas en el hombro. – ¡Gracias hermano!

Alex salió corriendo hacia la salida de la granja antes de que pudiera decir algo más. Sacudí la cabeza en señal de desaprobación. Alec salió del establo riéndose y dejándome sola

con mis pensamientos, que eran muchos. No quería hacer el ridículo como mis hermanos. Incluso Dominic, que era el más inteligente de nosotros, vivía en este pequeño y extraño mundo que parecía ocupar la mente de todos.

Pero Alec tenía razón: le debía una disculpa a Myka. Intentó ayudarme y fui muy grosero con ella. Especialmente después de besarla en el estacionamiento de Luck's. Sólo pensar en Noah o cualquier otro tipo poniendo sus manos sobre Myka me provocó una ira incontrolable. Por eso me acerqué a ella en el estacionamiento. Quería castigarla por besar a ese hombre.

Mykaella me estaba volviendo loca y me encontraba pensando en ella todo el tiempo. Esto no era normal y sólo había una manera de que terminara: tendría que seducirla y follarme a Myka para ver si esto dentro de mí terminaba. El problema era que no invertía en relaciones duraderas y tenía miedo de que se complicara.

— ¡Es bueno limitarse a los besos! – susurré subiendo a la camioneta.

Tomé el GPS y vi que parpadeaba indicando que Myka estaba en la floristería. Así que puse la llave en el contacto y me dirigí al centro. Llegué a la floristería e inmediatamente noté la camioneta azul de Noah. *¡Este imbécil no perdió el tiempo!*

Las persianas de las ventanas estaban bajadas. Esto era bastante común en esta época del año porque hacía mucho calor. Myka lo hizo instalar por miedo a que las flores se marchitaran prematuramente. Ella era muy talentosa y responsable de la tienda, a pesar de su vena de niña mimada.

— ¡Si no me sueltas te juro que te romperé uno de los cántaros en la cabeza!

Escuché la amenaza de Myka mientras me acercaba a la puerta.

— ¿Hay algún problema aquí? – pregunté cuando entré sin tocar.

Myka estaba acorralada detrás del mostrador con Noah sujetándola de las muñecas. Sus ojos se abrieron cuando escuchó mi voz, pero pronto se suavizaron. Noah me miró con disgusto y soltó las muñecas de Myka.

— ¡Alec Stella! – Dijo escupiendo las palabras. – ¿Qué haces aquí? ¿Comprar flores para tu atractiva esposa?

Me acerqué al mostrador y luego pasé la mano por unas rosas que estaban en un jarrón en el suelo.

— ¡Al menos tiene esposa! – dijo, tomando una rosa. – No desfila por la ciudad luciendo como un pijo con las posesiones de su padre y un montón de zorras a cuestas. Myka hizo bien en tirarte por el culo. ¡Ella vale algo y tú nunca la mereciste!

Las fosas nasales de Noah temblaron y se abalanzó sobre mí para golpearme, pero lo

esquivé y agarré su mano. Myka dejó escapar un grito cuando rodeé el cuello de Noah con mis brazos y lo agarré por detrás. Empujé a Noah hacia el mostrador donde le golpeé la cabeza con fuerza.

— No te quiero cerca de Myka, ¿entiendes? – dijo, forzando su cabeza contra la madera con enojo. – ¡Y si vuelves a llamar caliente a mi cuñada con esa boca sucia, te mato!

Gimió por el brazo que quedó atrapado detrás de su espalda.

—¿Y tú quién eres para darme ese tipo de orden? – Preguntó intentando liberarse. – ¿Por casualidad lo posees?

Respiré hondo contando hasta diez, pero no funcionó. Antes de que pudiera hacer algo, tomó el lanzador que estaba en el mostrador y me golpeó en la cabeza. Era un frasco de vidrio pequeño y delgado, pero me provocó un corte en la frente. Me puse la mano en la frente y, sin pensarlo dos veces, saqué la pistola, que rara vez usaba fuera del trabajo, apuntándole a la cabeza.

— ¡Cálmate, amigo! – Dijo levantando las manos y mirándose asombrado.

— ¡Estoy tranquilo y no soy tu amigo! – respondí secamente.

Myka, que estaba detrás de Noah, golpeó el mostrador.

— ¡Allan, baja esa arma y Noah, sal de aquí! – Ordenó tajantemente.

Myka señaló la puerta y bajé el arma. Él respiró hondo mirándola con desdén.

— ¿Entonces este es el tipo de hombre que te gusta? – Dijo señalándome de arriba a abajo y luego me miró. –¡Alan Stella! Pensé que eras el más tranquilo de los gemelos. ¡Me equivoqué!

Él se rió y luego se volvió hacia Myka.

— ¡Realmente sospechaba que eras una puta!

Noah caminó hacia la puerta con una sonrisa cínica y conté hasta diez, pero no sabía por qué no hacía nada en ese momento. Antes de que pudiera hacer algo, Myka dio un paso adelante y lo golpeó en la mandíbula con tanta fuerza que escuché su mandíbula hacer clic.

— ¡Sal de aquí y no vuelvas! ¿Entendiste?

Ella lo estaba empujando hacia la puerta. Puse el arma en mi espalda y miré a Myka que regresaba a la tienda estrechando su mano izquierda.

— ¡Qué tonto! ¡Deberías haberme dejado dispararle!

Ella me miró furiosa, pero en el fondo de sus ojos había dolor.

— Allan, ¿qué haces aquí?

— ¿No es obvio? ¡Te estoy salvando de ese pedazo de mierda!

Pasó junto a mí detrás del mostrador y agarró un recogedor y una escoba.

— ¡Como viste, no necesito tu protección! ¡Puedo arreglármelas muy bien por mi cuenta!

— ¡Vaya, desagradecido! No cambiaste tus herraduras hoy, ¿verdad? ¡Te va a doler la pata así!

Ella me miró furiosa y luego me golpeó con una escoba.

— ¡Hey! ¿Porque hizo eso?

— Primero, no me hablas durante dos días. ¿Ahora ven aquí y llámame yegua? – disparó, dejando de golpearme. – ¿Cuál es su problema?

Me quedé allí sin saber qué decir. Frustrada, volvió a barrer sin volverme a mirar.

— ¿Qué haces todavía ahí parada? – disparó después de unos minutos. – ¿No ves que estoy ocupado con tus calabacines? ¡Piérdete, Alan!

Odiaba seguir órdenes, ¡pero que Myka hablara en el mismo tono que yo fue realmente genial! Todo mi cuerpo se estremeció de emoción y mi polla se movió dentro de mis jeans.

Caminé hacia la salida. No tenía intención de irme sin que ella me escuchara primero. Cerré la puerta con llave desde adentro y regresé a donde ella estaba pisoteando. Le quité el recogedor y la escoba de las manos y los tiré al suelo.

— ¿Qué estás haciendo? – preguntó asustada cuando la agarré por la cintura y la levanté, colocándola sentada en el mostrador. – ¡Suéltame ahora, Allan! ¡No tengo tiempo para locos, especialmente en un solo día!

Respiré hondo y me paré entre sus piernas, sosteniendo sus muñecas a los costados.

— ¡Primero, escúchame! – dijo seriamente. – ¡Y sin pegarme!

Intentó apartar las manos y me miró con odio.

— Primero, ¡lamento lo de esa noche! Llevo un tiempo teniendo estas pesadillas y es complicado. Tenía miedo porque nunca antes había lastimado ni tratado de lastimar a nadie.

Respiró hondo y volvió la cara.

— ¡Todo bien yo entiendo! Ahora, si se acabó, ¿puedes dejarme ir y marcharme? Hablaremos cuando regrese pronto al semental.

— ¡No he terminado aún! – dije, y ella volvió su rostro hacia mí, haciendo una mueca.

— ¡Entonces habla rápido!

— ¡No me arrepiento de eso!

Antes de que ella preguntara algo, besé a Myka furiosamente. Soltando sus manos,

sostuve su cabeza, apretando la parte posterior de su cabeza con fuerza. Myka intentó empujarme, pero fue en vano. No tenía intención de besarla, pero cada vez que ella se burlaba de mi ego, me atraía a besarla y otras cosas que mi mente cocinaba cuando ella no estaba cerca.

La boca de Mykaella era suave y aproveché un minuto de rendición para invadirla con mi lengua. Puse mis dedos en su cabello, quitando el nudo que sujetaba el moño improvisado. El cabello de Myka caía sobre sus hombros en una cascada rosa. Ella gimió mientras yo profundizaba el beso y pasaba mi mano derecha por su espalda, atrayéndola contra mí. Levantó sus manos hasta mis hombros y tímidamente me agarró el pelo. Besé el costado de su barbilla hacia su oreja y mordí el lóbulo suavemente. Ella gimió con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior. Luego pasé mi lengua detrás de su oreja hacia su cuello y comencé a besarla suavemente hasta el hombro. Myka se estremeció, arqueó su cuerpo y me dio acceso a su regazo. Ella apretó la nuca como señal para que no me detuviera, así que volví a su boca, besándola vorazmente. Saqué el dobladillo de su camisa de sus jeans y se la pasé por la cabeza, dejándola solo con su sostén. Lentamente moví mis manos por su abdomen y alcancé las correas. Cuando comencé a deslizar la pieza sobre sus hombros, escuchamos que alguien golpeaba la puerta y una voz profunda llamó:

— ¿Myka? ¿Estás ahí?

La voz de Paul Collins resonó afuera.

— ¡Mierda! – dijo respirando profundamente. Myka me empujó y saltó del mostrador.

— ¿Por qué sigues haciendo esto? – Preguntó con dureza poniéndose la camiseta.

Levanté una ceja.

— ¿Eso qué? – pregunté confundido. Ella movió su dedo entre nosotros dos.

— ¡Agarrándome así cuando te apetezca! – respondió ella en un susurro.

— ¡No besé solo!

Myka me miró fijamente y me agarró la oreja.

— ¿Me estás llamando idiota?

— ¡Mierda, mierda! ¡Myka, suelta mi oreja! – ordené tomándola de las manos, mientras ella me arrastraba hasta la puerta.

— ¡Saldrás de aquí por las buenas o por las malas!

Me reí de su actitud cuando Myka me apoyó contra la puerta de cristal.

— ¡Vaya, pero las mujeres de tu familia están muy nerviosas! – dijo en tono divertido.

Myka me miró furiosa y me dio una palmada en el brazo. Me reí cuando ella me golpeó y luego abrió la puerta. Entré por la puerta defendiéndome de los golpes.

— ¡Fuera de aquí, idiota de orejas grandes!

— ¡No tengo orejas grandes!

Grité riéndome de las bofetadas que simplemente hacían clic y no dolían en absoluto, así que agarré sus muñecas y tiré, dándole un beso en los labios. Ella se puso aún más nerviosa con mi actitud.

— ¡Engreído, bastardo!

— ¡Buenas tardes, señor Collins! – saludé mientras pasaba corriendo junto al padre de Myka quien me miró confundido.

Respiré hondo mientras subía a la camioneta y ajustaba el espejo retrovisor. Myka dejó en claro que ella también se sintió atraída por mí en el momento en que me devolvió el beso por enésima vez. Por el bien de mi cordura, haría todo lo posible por no volver a agarrar a Myka. Pero no respondería por mí mismo si ella me provocara nuevamente.

— ¡Y que Dios me ayude y no haya interrupciones! – Susurré.

Capítulo 16

Myka

Pasé la tarde limpiando el desorden que Noah y Allan hicieron en la tienda después de esa disputa territorial.

— ¡Como si fuera un poste que cualquier perro marca su ubicación! – refunfuñé.

Suspiré, terminé todas las luces y cerré la puerta. Estaba muy cansada por la limpieza y también por los avances de Allan. Me estaba confundiendo y ya no podía controlarme cuando me tocaba. Intenté resistir a toda costa, pero fue difícil.

Mis experiencias con los hombres son muy limitadas y soy terrible a la hora de elegir a alguien. Hacía tiempo que no salía con ningún hombre por miedo a volver a sufrir. Siempre he sido bondadoso y tengo tendencia a apegarme. Después de Noah no tuve citas y sólo coqueteé de vez en cuando. Normalmente mis conquistas no son más que un beso y una buena conversación.

Allan tenía fama de mujeriego reservado y bebedor crónico de café. Nunca lo vi con una pareja estable y siempre estaba concentrado en su trabajo. Hoy supe por qué había tanta concentración y tanta cafeína. Quizás no tendría novia debido a su actitud mandona. ¡Y odio recibir órdenes! Ese pendejo tenía por costumbre decirme qué hacer y cuándo. Me ponía nervioso casi todo el tiempo.

Regresé a la finca con la esperanza de dormir. Tuve un día muy completo, principalmente porque Alex me alquiló prácticamente todo el día con esa historia de su noche romántica. Sinceramente esperaba que Allan no estuviera allí hasta que me quedara dormido. Aparqué la camioneta que mi padre me había dejado delante del pequeño edificio y bajé del coche. Allan me había dejado en la floristería el día anterior y esta mañana, pero no me dijo una sola palabra hasta esta tarde. Su camioneta no estaba por ningún lado, lo que me dio un gran alivio. Suspiré mientras cruzaba la puerta principal y subía las escaleras para darme una ducha. Eran poco más de las ocho y me moría de hambre.

Después de mi ducha, bajaba a tomar un refrigerio, luego leía hasta quedarme dormido. Eso si los recuerdos de la boca y las manos de Allan me dejaban dormir. Encendí mi Ipod y puse mi canción favorita, que hacía casi un mes que no bailaba, *Este es mi mundo*, y me puse a bailar mientras preparaba el sándwich. Tenía la costumbre de dejar las luces apagadas y utilizar la luz del frigorífico para iluminar la cocina. Entonces, mientras elegía qué usar, usé la puerta para

bailar casi hasta el suelo. Regresé al mostrador y, colocando todo sobre él, me apoyé en él para continuar el ritmo sensual. Me distraje y comencé a lamer lentamente la salsa que caía sobre mi pulgar como si estuviera bailando frente a un público. Cuando terminó la canción, fui al iPod para apagarlo. De repente se encendió la luz y me sobresalté cuando vi a Allan parado contra el marco de la puerta.

— ¡Qué carajo, Allan! – Disparé poniendo mi mano en mi pecho izquierdo. – ¿Quiere matarme?

Permaneció serio por unos momentos mientras me evaluaba. Ya me estaba avergonzando su intensa mirada. Noté que tenía el pecho desnudo y que Allan llevaba pantalones de pijama. Colgaba de sus caderas, exponiendo cada parte de su abdomen. Y todavía tenía la “V”, que estaba escondida en la cinturilla de su pantalón. Estaba descalzo, lo que explicaba por qué no lo había oído entrar a la cocina.

¿De dónde vino él? Respiré hondo, tratando de ignorarlo, pero fue imposible.

— ¿Por qué estás en esta oscuridad? – Preguntó en voz baja y profunda. Mi cuerpo se estremeció por todas partes.

— Veo perfectamente en la oscuridad y suelo utilizar el frigorífico si lo necesito.

Respondí terminando rápidamente de llenar el pan con jamón y pechuga de pavo. Tuve la idea de salir de la cocina lo más rápido posible, antes de que él tuviera la brillante idea de volver a besarme y porque me di cuenta que estaba usando mi pijama de raso.

Allan se acercó al iPod y repitió la canción que había estado escuchando minutos antes. Lo miré con asombro. ¿Estaba viendo mi baile?

Caminó hasta el interruptor y apagó la luz. Luego se acercó a mí y se detuvo justo detrás de mí. La sensación de su enorme cuerpo junto al mío me puso más piel de gallina.

— ¿Con frío? – Su voz era ronca.

— No. – respondí, tratando de ocultar mi nerviosismo.

— ¿Baila conmigo?

— ¡No creo que sea una buena idea!

— ¿Porque no? ¡Es sólo un baile! – susurró, colocando sus manos a cada lado del mostrador. – ¡No hay nada malo en bailar!

Respiré hondo, cerrando los ojos cuando él colocó su cuerpo sobre el mío y comenzó a moverse al ritmo de la música, que se repetía. Bajó la cabeza y su boca estaba en mi oreja. Podía escuchar la suave respiración de Allan y supe que lo estaba haciendo con calma y en control. Sin querer, comencé a moverme al mismo ritmo que él. Cuando me di cuenta ya estaba en un sensual

baile con Allan Stella.

Pasó uno de sus brazos alrededor de mi cintura y me acercó aún más a él. Allan tenía el control total de la situación y si estaba tan emocionado como me estaba haciendo a mí, no podía decirlo porque era muy calculador. Mi corazón se aceleró y me quedé sin aire cuando su otra mano comenzó a recorrer mi cuerpo, alcanzando mi cabello. Allan me giró para mirarlo y abrí los ojos. Vi un brillo brillante en su iris plateado y jadeé. Frente a Allan, me mordí el labio inferior y decidí tomar el control del baile. Ese era mi espacio y si él pensaba que yo iba a manejar ¡estaba muy equivocado!

Apoyando mis manos sobre sus hombros, me aparté y me giré para quedar boca arriba. Me apoyé contra su pecho y bajé lentamente, frotándome por toda su poderosa longitud. Él respiraba profundamente, pero eso no me impidió bailar de la misma manera que bailaba en el club. Cuando terminó la canción y antes de que volviera a empezar, intenté alejarme, pero él puso un brazo a cada lado impidiéndome salir de donde estaba. Su aliento estaba nuevamente en mi oído.

— La canción ya terminó y si no te importa... – dije con voz ahogada.

— ¡Sí, me importa! – Él susurró. – ¡La canción puede haber terminado, pero yo no he terminado!

— ¿Qué... qué quieres decir con eso?

— ¡Te voy a follar en esta encimera y luego en mi cama! El infierno podría congelarse y no me importa, porque esta vez ¡nadie se interpondrá en mi camino!

— ¡No haga eso! – pregunté con voz débil.

— ¿Porque no?

— ¡Porque esto no es un juego y te arrepentirás por la mañana!

— ¡Estoy seguro que no!

Allan me giró para mirarlo y, con la punta de su dedo índice, me levantó la barbilla. Su mirada era oscura y decidida.

— ¡Parte! – Él ordenó. – Dijiste que te sigo agarrando y que si querías un beso me lo pedías. ¡Así que pregunte!

Se agarró al borde del mostrador con la otra mano y pude ver cómo se tensaban los músculos de sus brazos. Mi respiración se aceleró aún más y no pude decir nada.

— ¡Pregunta o te lo llevo!

— ¡Prefiero que lo tomes tú!

— ¡Buena niña!

Susurró agarrando la nuca y besándome posesivamente. Me estremecí cuando su lengua invadió mi boca y puse mis manos sobre sus hombros, clavando mis uñas en su piel, entregándome a la sensación de posesión. Gruñó contra mi boca y gemí cuando una de sus manos apretó mi cabello. Allan me agarró por la cintura y, sujetándome las nalgas con fuerza, me levantó y me sentó en la encimera. Luego comenzó su ritual de tortura, besando mi barbilla hasta mi oreja y bajando por mi cuello hasta mi hombro.

Allan se detuvo por un momento y tomó todo lo que había detrás de mí y lo tiró al suelo. Luego me sacó la camisa del pijama por la cabeza y miró mis pechos con admiración y lujuria en sus ojos. No llevaba sujetador y él sonrió mientras miraba mis enormes y turgentes pechos. Nunca me gustaron porque eran grandes y pesaban demasiado. Luego me recostó en la encimera y comenzó a besar mi cuello, moviendo su boca suavemente por mi regazo hasta llegar a uno de mis senos. Con su mano izquierda, palmeó la izquierda mientras mordisqueaba la derecha. Me retorcí, gimiendo y arqueando mi cuerpo. Allan sonrió y lamió la areola con la punta de la lengua. Continuó su tortura en mi pecho y movió su mano izquierda hacia abajo hasta llegar a la mitad de mis piernas. Jadeé cuando Allan se quitó los pantalones cortos y las bragas a un lado, acariciando la carne expuesta.

— ¡Vaya qué suave eres! – Me susurró al oído. – ¡Y qué calor y qué resbaladizo hace! ¡Esto me pone tan jodidamente cachondo!

Jadeé cuando penetró mi centro con un dedo.

— ¡Relajarse! – susurró, añadiendo otro más.

Con su otra mano, agarró mi cabello y tiró de él, haciendo que mi cabeza se arqueara, luego comenzó a besarme al mismo ritmo que metía y sacaba sus dedos. Gemí en su boca y él profundizó el beso aún más. Subí mis tobillos al mostrador, dándole aún más espacio. Su lengua invadió mi boca siguiendo el ritmo de su mano.

— ¡Oh Dios! – susurré cuando su boca abandonó la mía.

Allan comenzó a concentrarse sólo en empujar con los dedos y curvarse, encontrando un punto más sensible. Me aferré a sus hombros con fuerza mientras sentía una ola de calor invadir mis entrañas. Mis piernas hormiguearon y comenzaron a temblar tanto que sentí como si hubiera terminado una carrera de una hora.

— ¡Allan!

Susurré su nombre cuando Allan hizo los movimientos continuos y rápidos. Mi cuerpo tembló con la ola que me invadió y sentí que me arrojaban montaña abajo en una caída vertiginosa. Grité con el orgasmo que me venció y la única razón por la que no me golpeé la cabeza contra la piedra de mármol fue porque él estaba sujetando mi cabello. Mientras intentaba

recuperar mi mente, que se había perdido en alguna parte, Allan apoyó su frente contra la mía y sonrió. Enganchando sus dedos en la cintura de mis pantalones cortos, los bajó, llevándose mis bragas al suelo con ellas. Luego me levantó y me llevó hacia la sala.

— ¿Qué vas a hacer? – le pregunté cuando me sentó en uno de los sillones. Allan se arrodilló frente a mí y tomó uno de mis pies.

— ¡Tienes unos pies preciosos! – dijo besando mi pie derecho. – ¡Y bonitos tobillos!

Sujetando mis tobillos, los jaló hasta que mi trasero estuvo en el borde del sofá y los colocó sobre sus hombros. Metódicamente besó mis piernas centímetro a centímetro hasta llegar a mi centro. Me miró y sonrió antes de apretar mis muslos y meter su lengua en mi abertura. Dejé escapar un grito cuando sentí la punta de su lengua jugar con mi clítoris.

— ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Grité cuando Allan me penetró nuevamente con su lengua. Con los pulgares abrió sus labios y sumergió la lengua aún más profundamente, girándola mientras empujaba lentamente. Esto me hizo chillar de sorpresa y mis manos fueron del brazo del sofá a su cabello instintivamente. Su manera metódica era apasionante, creaba expectativas y las llevaba a cabo lentamente.

Quedé atrapado en una nueva ola de éxtasis y mi cuerpo comenzó a hormiguear. Con una mano, Allan insertó dos dedos en mi centro y comenzó a bombear mientras chupaba mi clítoris. Con la otra mano me sujetó las muñecas impidiendo que me moviera. Arqueé la espalda cuando sus movimientos se volvieron intensos.

— ¡Oh Dios! – murmuré.

Una nueva ola de calor me hizo caer nuevamente de una montaña de éxtasis. Allan soltó mis muñecas y me besó sin que yo lo esperara. Probó mis labios sosteniendo mi cabeza a ambos lados de su cara. Gemí cuando su lengua invadió mi boca con experiencia y maestría.

— Eres dulce y tengo la sensación de que también eres perfecta. – Dijo poniéndose de pie.

Miré su pecho desnudo y vi que el sudor corría por su suave piel. Noté que el hombro había recibido al menos tres disparos, ya que había otras cicatrices más antiguas que se podían ver con la luz. Recorrí su torso con la mirada hasta llegar a sus pantalones de pijama. Noté el enorme bulto que sobresalía entre sus piernas y mis ojos se abrieron con sorpresa. Noah no estaba tan bien dotado y no tenía la paciencia para los juegos previos como Allan. ¡Nunca había tenido orgasmos como esos!

Allan se inclinó y me levantó sobre su regazo, luego me acompañó escaleras arriba hasta

la habitación donde dormía y me colocó en la cama. Luego se quitó el pantalón negro que llevaba. ¡Era lo único que realmente usaba!

Su enorme polla se levantó como un asta de bandera, luego se acercó a mí y me puso boca abajo sobre la cama.

— Hay algo que he querido hacer desde que te vi bailando con esos diminutos shorts. — susurró besando mi espalda hasta mis nalgas.

Allan depositó un beso en cada lado y luego un ligero mordisco. Grité, pero no de dolor, sino de sorpresa cuando me abofeteó a cada lado. Me puso boca arriba otra vez y se cernió sobre mí guiando su polla hacia mi abertura. Deslizó la punta de arriba a abajo y, con un movimiento seco, me penetró de una sola vez.

Contuve la respiración cuando la punzada de dolor aumentó y sostuve la sábana con fuerza. Allan se detuvo y cerró los ojos.

— ¡Maldita sea! ¿Te lastimé? ¡Dios, estás apretado!

— ¡Allan, no soy virgen! — dijo con dificultad. — Yo solo... en realidad solo lo hice una vez.

Confesé avergonzado.

— Por eso dije que me arrepentiría. No tengo mucha práctica y soy diferente a las chicas con las que sueles salir.

— ¡Normalmente no me arrepiento de mis elecciones! — afirmó con vehemencia. — ¡Confía en mí y simplemente siente!

Allan susurró comenzando a moverse lentamente. El ardor que sentí fue reemplazado por una buena sensación mientras él entraba y salía. Aceleré el paso y me uní a Allan, quien tomó mis manos y las entrelazó con las suyas. Me besó con posesión mientras aceleraba el paso y empujaba más profundamente.

— ¡Mierda! ¡Eso es rudo! ¡Muy genial!

Allan me sujetó los muslos y subió mi pierna casi hasta su hombro. Me aferré a sus hombros y le clavé las uñas en la espalda mientras él empujaba más profundamente. Los movimientos se alternaron, pasando de suaves y lentos a fuertes y profundos.

— ¿Más? — Preguntó con la respiración entrecortada. Asentí con la cabeza en señal de afirmación. — ¡Entonces diga!

— ¡Quiero más! — pregunté sin ninguna ceremonia sujetándole el cuello. Él se río, enterrando su rostro en mi cuello, mordiéndome.

— ¿Mas lo que? ¡No seas tímido, solo pregunta!

Me arqueé y dejé escapar un grito.

— ¡Más fuerte! ¡Mas rápido! ¡Más! – le pregunté agarrando sus orejas y él obedeció.

Grité su nombre mientras aceleraba y profundizaba aún más sus embestidas. Su cuerpo estaba sudoroso y se deslizaba sobre el mío. Pasé mis manos por su espalda y sentí las gruesas ondas de las cicatrices que había visto la noche que lo salvé. Simplemente no me di cuenta de que eran tantos y extensos como si estuvieran hechos con látigos.

Allan gimió bajo mi tacto y susurró mi nombre en mi oído como si rogara algo. Cerré los ojos, coloqué mis manos donde las había deseado durante mucho tiempo y apreté descaradamente el trasero de Allan. Puso sus manos alrededor de mi cabeza y sujetó mi cabello.

— ¿Eso es bueno? – Preguntó, empujando más profundamente, pero lentamente. Sacudí la cabeza mordiéndome el labio inferior.

El mismo calor que sentí dos veces comenzó a acumularse y mi cuerpo comenzó a hormiguear. Allan estaba gimiendo en mi oído y eso me puso aún más cachonda. Mi orgasmo fue fuerte y grité el nombre de Allan antes de que sucumbiera a mí. Allan se liberó poco después con un gruñido ininteligible. Puso su frente contra la mía y respiró hondo. Sus ojos se abrieron y me miró con los ojos plateados más brillantes que jamás había visto.

— ¿Estás bien? – preguntó besando mi frente y pasando sus manos por mi cabello. Asentí con la cabeza afirmativamente.

Allan se retiró lentamente y yo me estremecí.

— ¡Quédate aquí! – preguntó saliendo de la habitación.

Me pasé las manos por el pelo y minutos después regresó, me levantó y me llevó al baño, donde se estaba llenando la bañera. Me colocó sobre la encimera y fue a la bañera a probar el agua. Volviendo a donde estaba, Allan me levantó, llevándome a la bañera y colocándome en el agua caliente. La sensación en mis músculos era perfecta y se estaban relajando. Luego entró, se sentó detrás de mí, tomó una botella de aceite y comenzó a masajearme los hombros. Suspiré ante la agradable sensación. Besó mi cuello y se río cuando gemí de placer.

— ¡Me alegro de que te guste! – Dijo pasando sus manos por mis senos. – Porque como dije a continuación, ¡aún no he terminado y estoy lejos de terminar!

Allan me susurró al oído y giró mi cuello para que lo mirara, luego me besó posesivamente. Nunca imaginé que una noche con Allan sería tan placentera. De hecho, nunca imaginé que una noche con un hombre pudiera ser tan perfecta. Lástima que sabía que a la mañana siguiente todo cambiaría, pero esa noche sería larga...

Capítulo 17

Allan

Levanté la cabeza, incómoda con la luz. Miré hacia un lado y la cama estaba vacía. Fruncí el ceño cuando vi que el reloj marcaba casi las diez de la mañana. Me sorprendí cuando me di cuenta de que había dormido demasiado. Normalmente dormía hasta las cinco o seis de la mañana, no por obligación, sino por costumbre.

Suspirando, me puse boca arriba y coloqué mi brazo sobre mi frente. Pasé media mañana dándole y recibiendo placer a Myka. Me sorprendió cuando admitió su falta de experiencia y pude entender mejor por qué intentaba pelear cada vez que la besaba. Myka se sintió incómoda con su desempeño en la cama y trató de no llevar las cosas más lejos. Pero el deseo habló más fuerte.

No quise empezar nada y simplemente bajé para ver cómo estaba después de que eché a Noah de la floristería, pero escuché la misma canción que ella había bailado en el club y me di cuenta de que estaba bailando en la oscuridad. Sólo las luces del refrigerador iluminaban su esbelto cuerpo. ¡Mykaella era perfecta y no fue mi intención lastimarla de ninguna manera! Sonreí al recordar la forma en que gritó mi nombre, no una, sino varias veces durante la noche.

Me senté en la cama y me estiré. Fui al baño a darme una ducha. Trabajaría en el establo para reprimir el deseo de ir a la floristería y tener sexo con Myka en ese mostrador, pero primero llamaría a Kurt para saber cómo iba el caso Sartori. Había días que no recibía noticias de nada y no conocía la posición de nadie.

Me vestí en la otra habitación y volví a la mesa de la habitación de Myka para coger mi reloj. Noté que había una nota con letra pequeña, pero muy hermosa y delicada. Era la letra de Myka la que había permanecido igual desde la secundaria.

¡Pasaré más tarde a recoger mis cosas! Decidí volver a la casa de mi padre.

El pánico y la desesperación se apoderaron de mí de una manera que nunca imaginé que podría suceder.

— ¡Pero, aunque la vaca tosa! – gruñí, arrugando el papel y tirándolo al suelo.

Corrí al granero y agarré mi bicicleta. Anoche seguí a Myka con ella hasta la ganadería. Ella no lo sabía, pero yo la había estado acompañando a casa desde la floristería durante unos días. No la dejaría escapar de nuevo. No de mí.

Aceleré hacia la ciudad. Estrangularía a Myka cuando llegara allí. Tendría que explicarme claramente por qué quería regresar a la casa de su padre si ese no fuera nuestro trato.

Detuve la motocicleta en el estacionamiento alrededor de la plaza al mismo tiempo que vi a Noah Dillon entrar a la tienda. Apreté los puños con enojo y fui hacia la puerta, abriéndola justo cuando él hacía un movimiento hacia ella. Myka estaba apretada contra el mostrador mientras Noah la agarraba por el pelo. Ella me miró con pánico y vi por qué no reaccionaba. La botella de bebida que llevaba estaba rota por la mitad en las manos de Noah y apuntaba a la garganta de Myka.

—¡Déjalo, Noé! – ordené con firmeza. – ¡Si la lastimas, yo te lastimo!

Él se río sin mirar atrás.

—¿Eres un caballero de armadura blanca? – preguntó con desdén. Las lágrimas de Myka corrieron por su rostro asustado y eso me llenó de furia.

— ¡Sólo te lo preguntaré una vez más! ¡Suelta a mi niña y deja esa botella! – dije con frialdad, colocando una de mis manos en mi espalda.

Los ojos de Myka se abrieron cuando las palabras “mi niña” salieron de mi boca. ¡Sí! ¡Mykaella era mía para protegerla y amarla! Ya no me esforzaba en no actuar estúpidamente como lo hacían mis hermanos, pero tenía miedo de su reacción. Estaba enamorado de Myka desde la secundaria y ahora que tenía la oportunidad de tenerla, ¡nunca la dejaría ir!

Noah sacudió la cabeza de Myka y la golpeó contra la pared riendo. Ella gritó, tapándose la cabeza con las manos. Ese grito atravesó mis entrañas y gruñí. Con un movimiento rápido, saqué la pistola y le disparé en la pierna. Noah cayó gritando al suelo y se sujetó la pierna herida, pero continuó agarrando el cabello de Myka, llevándola con él al suelo. Grité una obscenidad y corrí hacia donde yacía. Pateé la botella que estaba al lado de su mano y me incliné.

— Te lo advertí, ¿no? – dije y sacando mi placa me presenté dando orden de arresto. – ¿Sabes qué es esto? ¡FBI, idiota! Está detenido por intento de asesinato, amenazas y agresión.

Alcancé las esposas, lo puse boca arriba y le sujeté las muñecas. Fui hacia Myka, que estaba presa del pánico y lloraba apoyada contra la pared trasera de la tienda.

— ¡Shiiii! – La abracé para calmarla. – ¿Estás lastimado?

Pregunté evaluando su cuello y muñecas. Ella me abrazó fuerte y sentí que su cuerpo temblaba, así que pasé mis manos por su cabello.

— ¡Calma! ¡Todo estará bien! – dijo levantándola del suelo y colocándola sentada en el mostrador. Besé su frente suavemente y saqué mi celular. – ¿911? Este es el agente del FBI Allan Stella. Necesito una ambulancia y un coche de policía en el puesto de flores de la plaza del

centro de Benbrook.

— ¿Agente del FBI? ¡Cuenta otra! – Dijo irónicamente la persona al otro lado de la línea.

— ¡Esto no es una broma! Mi matrícula es 10820, departamento de Dallas – Di mi identificación porque era un procedimiento de seguridad en caso de llamadas de broma.

— ¡Bien hecho, Agente Stella! ¿Cuál es la situación?

— Chica blanca con cabello rosado; veinticuatro años. Fue amenazado por un hombre blanco; aparentando tener veintiséis años; llevando un objeto punzante. Tuve que dispararle y necesito una ambulancia.

Myka me miró con el ceño fruncido.

— Señor Stella, han llamado a la comisaría local y un coche está en camino acompañado de una ambulancia. ¡Quédate donde estás y pronto tendrás ayuda!

— ¡Gracias!

— ¿Estás bien? – pregunté, preocupada por Myka.

Sequé sus lágrimas con la punta de mis pulgares y ella asintió, pero todavía temblaba mucho. Minutos después, Alec entró a la floristería acompañado de dos policías más.

— ¿Ustedes están bien?

— ¿Alec? ¡Pensé que estabas de permiso!

— No, soy el jefe de policía, ¿lo has olvidado? – Respondió guardando el arma cuando vio a Noah caído e inmovilizado. – Simplemente ya no patrulla fuera de la ciudad.

— ¡Tú estás loco! – dijo sacudiendo la cabeza.

— ¡Mira quien habla! – Respondió con sarcasmo. – Estaba en la transmisión que enviaste al centro. ¿Qué pasó aquí?

Le expliqué a Alec lo que pasó y le pedí a Myka que presentara cargos más tarde. Estaba muy nerviosa y yo todavía tenía muchas ganas de hablar con ella. Alec llamó a los paramédicos que colocaron a Noah en la ambulancia y lo acompañaron al hospital.

— ¿Lo que está sucediendo aquí? – Paul Collins entró desesperado a la tienda al ver a Myka llorando.

— ¡Señor Collins! – Lo saludé con un apretón de manos. – Noah Dillon intentó atacar a Myka, pero logré evitar que la lastimara. Alec está con él en el hospital y será arrestado tan pronto como sea dado de alta.

— ¡Gracias por ser tan atenta con mi hija! – Dijo sonriéndome. – De esa forma no volveré a tenerla en mi casa pronto.

— Creo que voy a estar en desacuerdo contigo – respondí mirando a Myka. – Creo que tu hija es como el viento y hace lo que quiere cuando quiere. No sabría cómo retenerla por mucho tiempo y no querría hacerlo con un espíritu tan libre.

— ¿Vio? – Paul miró a Myka. – No es tan arrogante y egoísta como dijiste que era. Entonces, ¿qué tal si volvemos a la mansión?

Myka, que estaba sentada en el mostrador, miró suavemente a su padre y negó con la cabeza.

— ¡Papá, es complicado, pero te prometo que te lo explicaré tan pronto como pueda!

— ¡Todo bien! ¿Estás seguro de que estás bien?

— ¡Si estoy!

— ¡Excelente! – Dijo en tono emocionado. – De esta manera estaré más cómodo saliendo con Abby. Nos vamos de picnic y vine a decirte que estaré fuera el resto del día.

Myka frunció el ceño y soltó una carcajada.

— ¿Qué tiene de divertido?

— ¡Nada, papá! ¡Divertirse!

— ¿Está seguro?

— ¡Puede ir con calma, señor Collins! – dijo suavemente, cruzándose de brazos. – ¡Cuidaré bien de Myka!

— ¿Promesa?

— ¡Con mi vida!

Él asintió y se fue, dejándonos solos.

— ¿Es eso realmente lo que escuché? ¿Mi papá va a tener una cita?

— ¡Parece que sí! – le respondí levantando una ceja. – ¡Y nosotros también!

— ¿Qué? ¿Como así?

Ignorando su pregunta, la bajé del mostrador y tomé su bolso, cruzándolo sobre su pecho. Luego tomé las llaves del mostrador y aparté su mano.

— ¡Cállate y ven! – dijo, sacándola y cerrando la puerta.

Myka se cruzó de brazos.

— ¿Dónde está tu auto? – Preguntó al no ver al Ranger en el estacionamiento de enfrente.

Sonriendo, tomé su mano y la llevé a mi bicicleta. Una Hayabusa cromada con pegatinas con símbolos orientales.

— ¡Aférrate! ¿También tienes una moto? ¿Pero cómo? – preguntó confundida.

— Haces muchas preguntas sin respirar. ¿Cómo se logra esto? Tu diafragma debe ser de titanio – dijo entregándole el casco.

— ¡No sé de qué estás hablando! ¿Diriges a Aledo por casualidad? ¿Por qué nunca antes lo había visto en moto? ¿Saben tus hermanos que tienes una moto igual a la de ellos? ¿Para dónde vamos?

Solté una carcajada. ¡Myka estaba nerviosa! Lo sabía porque cada vez que se ponía nerviosa, empezaba a hablar.

— Sí, tengo una motocicleta; Fui el segundo en comprar y me enteré donde se realizaban las carreras; Sí, corro en Aledo; Llevo la moto con la Ranger, porque alguien tiene que llevar el coche a una emergencia y nadie lo ve a menos que yo corra; Sí, mis hermanos lo saben, fui yo quien tuvo la idea; ¡No es de tu incumbencia!

Ella estuvo confundida por un momento, hasta que se dio cuenta de que respondí todas las preguntas que me hizo y resopló ante la última respuesta. Me subí a la moto y fui al restaurante de Tania, donde almorcé y la llevé de regreso a la ganadería. Desmontó con mi ayuda y entramos.

— Entonces, ¿vas a decirme por qué huyes?

— No puedo huir, ¿recuerdas? – Señaló la pulsera.

— ¡No hablo de eso, Myka, y tú lo sabes muy bien! – respondí secamente. – Me refiero a esta mañana. ¿Por qué huiste?

Ella se sorprendió por la pregunta e ignoró mi mirada. Myka tomó el tenedor y empezó a comer.

— ¡Myka, mírame! – ordené, y ella me miró con una sonrisa forzada. – Si estás preocupado por lo de anoche...

— ¡Yo se! Anoche fue maravillosa, pero no buscas una relación estable; ¡Deberíamos ser simplemente amigos y blablabla! – Dijo metiéndose más pasta en la boca.

Me pasé la mano por la cara y me recosté en el sofá. Había puesto la mesa de café en la sala y estábamos comiendo sentados en el suelo. Me encantaba sentarme en el suelo para hacer cualquier cosa.

— ¿Eso es lo que piensas de mí?

— ¡De hecho, eso es lo que pienso de la mayoría de los hombres!

— ¿Y cuántos hombres de verdad has conocido? Porque a juzgar por lo de anoche, me da cuenta de que ¡ninguno!

Como sospechaba, Myka tenía miedo de involucrarse y salir lastimada nuevamente. Estaba tratando de ser maduro y racional como tantas veces había sugerido. ¡Pero en ese momento preferí la niña mimada e irracional que se mostraba!

— ¡Te dije que te arrepentirías! – Se lamentó jugando con el tenedor. – Fui claro al decir que no era como Breé. No tengo todos esos conocimientos que aman los hombres y no fue por falta de oportunidades, sino de elección.

— ¿Y quién dijo que quiero una chica como Bree? – Disparé frustrado.

— Pero pensé...

— ¡Pensaste mal! – Tomé una respiración profunda. – Me gusta salir con Bree para satisfacer mis necesidades, pero eso es todo. No me acuesto con nadie por esas pesadillas. No me gusta tener que explicar nada sobre mi vida personal. Fuiste el único con el que realmente me acosté.

— ¡Supongo! ¡Tus pesadillas son realmente aterradoras!

— ¡Tal vez te lo diga algún día!

Nos sentamos en silencio durante unos minutos, hasta que dejé mi plato y crucé los brazos frente a mi pecho.

— Mira, me gustó decirle a Noah que eras mía. No tengo relaciones serias por el trabajo y la forma patética en que veo actuar a mis hermanos por culpa de otra persona. – Me tomé un descanso. – ¡Ver a Alex actuar como un imbécil romántico y a Alec aún más cauteloso de lo habitual en el trabajo me estaba volviendo loco! Pero confieso que me gustaría tener alguien con quien volver a casa después del trabajo, además de mi madre y mis hermanos. Creo que no estaría de más ser más cauteloso por el bien de alguien o ser patético de vez en cuando.

Myka soltó una carcajada.

— ¡Estás hablando como Alex!

— ¿Esto es bueno o malo?

— ¡Es gracioso! – Ella se ríó aún más. – ¡No podía imaginarme a Alex siendo Alex con una mente como la tuya!

— ¿Como así?

— Metódico, calculador y cuidadoso. Creo que, si no fuera tan torpe e impulsivo, no sería tan lindo.

— ¿Pero ¿qué hay de mí?

— Eres elegante a tu manera, aunque irrita con tus modales perfeccionistas y mandones. – Hizo una pausa apuntándome con el tenedor. – ¡Y ya que estamos hablando abiertamente, me

gustaría que supieras que odio recibir órdenes!

— Bueno, si quieres tener una relación conmigo vas a tener que acostumbrarte. – Le sonreí. – Me gusta ser mandona y soy explosiva el 90% del tiempo. Si prestas atención, cuento hasta diez todo el tiempo contigo. Estoy muy impaciente y no puedo dejar nada para más tarde.

— ¿Estoy entendiendo correctamente? ¿Me estás proponiendo matrimonio?

— ¡Si todavía tenemos edad para eso, sí, lo soy! – Me incliné hacia adelante. – Quiero que seas mía y te quedes aquí, no porque necesite protegerte, sino porque me gustas.

Ella me miró con los ojos muy abiertos y luego suspiró, apoyando los codos en la mesa.

— No sé qué hacer cuando estoy contigo, más que pelear y tratar de resistir tus besos. ¡Eso sería muy extraño!

La miré con una mirada seria y me incliné aún más hacia ella.

— ¡Así que deja de resistirte y déjame cuidar de ti! – declaré. – Pasó toda su vida cuidando de su padre y de esa granja. En los últimos dos años, ella se cuidó sola y si yo no hubiera aparecido en su vida, aún podría estar perdida en Nueva York. ¡Deja que alguien te cuide para variar!

— ¿Porque yo?

— ¡Porque estoy enamorado de ti desde la secundaria!

— ¿Grave? ¿Pero por qué nunca me invitaste a salir?

— Oh, eras la niña más bonita; más popular; más inteligente; ¡El más amigable de la escuela! – Sonrisa. – Tenía miedo de que me rechazaran por ser un nerd tímido. Pensé que estaría mejor con tu grupo.

— ¿Estás bromeando? ¿Sabes cuántas veces esperé a que me invitaras al baile de graduación o al baile de graduación? Y en la universidad, recé para que fuera a la misma universidad que yo para poder tener una oportunidad. Pero nunca me hablaste y terminé cansándome de esperar. – Myka suspiró. – Realmente desearía que hubieras sido el primero. Así tal vez tendría buenos recuerdos de mis experiencias y muy pocos arrepentimientos.

— ¿Esto es serio?

— ¡Claro que es! – Se levantó de repente.

— ¡Pero yo era un nerd!

— ¡Y yo también! Sólo me hice popular porque me subí al techo de la escuela para rescatar a un gato, ¿recuerdas?

¡Eso era verdad! Estábamos en el patio durante un descanso, y el director había llamado a

los bomberos, pero tardaron tanto que Myka acabó trepando por la canaleta y subiéndose al tejado para rescatarlo. A partir de ese día, se convirtió en una heroína en la escuela secundaria y luego en la favorita de todos, incluida la mía. La evitaba porque pensaba que no merecía su atención.

— ¡Siempre fuiste muy especial! No había encontrado a nadie por quien valiera la pena arriesgar mi vida, aparte de mis hermanos. Además, me pones cachonda por esa boca descarada y esa manera asustadiza.

— ¿Te pongo cachondo? – Preguntó volviendo a sentarse. – ¿A qué escala?

¡Hijo de puta, travieso! Me gustaba su manera de decir las cosas sin rodeos, sin máscaras. Era la verdad desnuda, y eso era lo que me estaba volviendo loco. Esa conversación por sí sola me emocionaba. Le devolví la sonrisa.

— ¿A qué escala? ¡Dame tu mano y te lo mostraré! – Busqué debajo de la mesa. Ella me miró confundida, pero puso su mano sobre la mía. Tiré y la llevé a mis pantalones para que pudiera sentir el tamaño de mi emoción. – Hasta tal punto que me resulta difícil controlarme. ¡Especialmente cuando te recuerdo haciendo ese baile!

Myka me miró con los ojos muy abiertos.

— ¿Lo hice?

Asentí afirmativamente

— ¿Puedo hacer una pregunta?

— ¡Claro!

— ¿Dónde aprendiste a bailar así?

Solté una carcajada ante el abrupto cambio de tema.

— Cuando vivía en Nueva York, mi mejor amiga, lo creas o no, ¡era una prostituta!

— ¿Grave?

— ¡Grave! Ella me enseñó a bailar y terminé perdiendo la timidez antes de cumplir un año en el FBI como agente administrativo. Ella fue quien me animó a hacer una prueba para el equipo de campo y decidí intentarlo. Cada vez que surge una nueva etapa dentro del departamento lo recuerdo y pienso en lo que diría.

— ¡Vaya, incluso puedes sentir un poco de celos de ella debido a su nivel de importancia! – dijo Myka con una mirada pensativa. – ¿Dónde ella está ahora?

— ¡Enterrado en Buffalo, la ciudad donde nació! – respondí con un dejo de tristeza. – Se llamaba Rochelle y quería ser actriz de Broadway. Pero acabó convirtiéndose en prostituta. Una noche la salvé de un hombre que la golpeaba y nos hicimos amigos. Fue discreto porque era

policía y no quería poner a Rochelle en peligro, pero no sirvió de mucho. En mi primer año estudiando el caso Sartori, la tomaron como rehén junto con mí. Fue torturada y asesinada delante de mí.

— ¡Esa fue la peor noche de mi vida! Una noche que llevaría a lo largo de mi vida como muestra de mi falta de precaución y de la irresponsabilidad ajena.

— ¡Dios mío! ¡Lo siento mucho! ¿Es por eso que tienes tantas pesadillas horribles?

— ¡No! Es mucho más complicado que eso, ¡pero te prometo que te lo diré tan pronto como esté listo!

Cerró los ojos sonriendo y asintió. Myka se levantó y acercó la mesa a un lado, haciendo espacio en el medio de la habitación. Me recosté en el sofá con las piernas cruzadas y miré. Ella vino hacia mí y tiró de mis piernas hasta que estuvieron rectas y se sentaron sobre mis muslos.

— ¿Puedo saber qué estás haciendo? – pregunté cuando me desabrochó los pantalones.

— ¡Tú también me pones cachonda y te garantizo que es siempre que estás cerca! ¡Nunca me había sentido así con nadie, ni siquiera con ese idiota! – Riendo, se abrió la bragueta del pantalón y, metiendo la mano en mi ropa interior, agarró mi polla. – ¡Ahora déjame aliviar tu carga y hacerte relajar!

— Myka, no necesitas hacer esto... – dije entre dientes cuando sentí sus manos desnudas deslizarse sobre mi dura polla.

— ¡Pero yo quiero! – Respondió susurrándome al oído. – Tienes más talento que yo, pero tengo algunos trucos que siempre quise, pero nunca tuve el coraje.

— ¿Disfraces?

— ¡Sí!

— ¡Me encantaría ser tu conejillo de indias!

Cerré los ojos y la dejé hacer lo que quisiera. Myka fue desde la base hasta la cabeza, apretando suavemente en un movimiento lento. Gemí, luego bajé las caderas, bajé más los pantalones y recosté la cabeza en el sofá, sosteniendo sus piernas. Ella me estaba tocando mirándome a los ojos y eso me emocionó aún más. No pude aguantar mucho más y mi respiración se aceleró. Justo cuando pensé que iba a tener un orgasmo en las manos de Myka, ella se detuvo.

Abrí los ojos, lista para protestar por la parada repentina, cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Myka se levantó y la vi quitarse las bragas, dejándola solo con la falda corta y la blusa de seda que llevaba. Se sentó nuevamente sobre mis piernas y comenzó a masturbarme nuevamente. Me sentí como un niño que recibe un regalo y tiene miedo de

romperlo, por lo sorprendido por su actitud.

— ¡Oh Dios! ¡No sé lo que estás haciendo, pero no pares! – susurré, apretando sus muslos.

Tomó mi mano derecha, se metió dos dedos en la boca y los chupó como si estuviera bebiendo un cucurucho. Eso fue suficiente para ponerme aún más duro.

— ¡Mierda! ¡Hace calor!

Sin vergüenza, Myka tomó mi mano y lentamente bajó por su cuerpo hasta llegar entre sus piernas, donde colocó mis dedos dentro de su caliente y suave coño. Tragué y pasé la lengua por el labio inferior. Su mirada me habló, no necesitaba preguntar ni decir lo que quería. Apoyándome contra ella para ganar más espacio, la sostuve con mi mano libre y comencé a bombear al mismo tiempo que ella acariciaba suavemente mi polla. Myka comenzó a rodar en mis manos y a gemir mientras empujaba suavemente para no lastimarla. Cerré los ojos gimiendo ante su toque y, una vez más, cuando me estaba acercando, ella se detuvo. Abrí los ojos, confundida, cuando ella quitó mi mano de su resbaladizo coño. Myka sostuvo mi hombro con una mano y con la otra sostuvo la base de mi polla.

— ¡Myka, ten cuidado! ¡Mierda! – Gruñí cuando ella cayó sobre mí de un solo golpe.

Myka apoyó la cabeza en mi hombro y, gimiendo, comenzó a moverse hacia arriba y hacia abajo. ¡Esa chica me estaba matando!

La agarré por la cintura para ayudarla, pero ella me agarró las manos y las apretó con fuerza, manteniéndolas alejadas de su cuerpo.

— ¡No haga eso! – dije echando la cabeza hacia atrás y gimiendo fuerte cuando ella se sentó en la base, moviéndose. – ¡Mierda! Y eso es porque no tienes mucha experiencia. ¡Imáginese si así fuera!

Subió y bajó de nuevo usando mis manos como palanca. No hizo ningún movimiento para detenerse, al contrario, aceleró aún más. No pude aguantar mucho y no nos habíamos puesto condón.

— Myka...

Sentí que mi orgasmo llegaba al borde y supe que no podía contenerme más.

— ¡Quiero verte correrte!

— ¡Mierda!

¡Eso fue suficiente! Me liberé de sus manos y agarré su cabello, empujándola con fuerza para que viniera conmigo. Entonces Myka vino susurrando mi nombre y yo vine enseguida. Solté su cabello y la abracé, acercándola hacia mí. Su cabeza cayó sobre mi hombro y sus brazos

rodearon mi cuello.

— ¡Dios del cielo! – dijo sin soltarla. – ¿Qué fue eso?

Me sorprendió esa cogida abrumadora. ¡Ninguna chica había tomado el control y me había hecho correrme así! Ella sonrió contra mi piel y sentí su cálido aliento.

— Trabajé en un club de striptease, ¿recuerdas? – Respondió con una sonrisa de satisfacción. – ¡A veces vemos cosas por accidente!

— ¿Y viste todo?

Ella me dio una sonrisa irónica.

— Viniste, ¿no? – preguntó encogiéndose de hombros. – Quería saber si era tan bueno como el rostro del hombre aparentaba.

— Está bien ¿Y qué más quieres saber si está bueno? ¡Puedo postularme para ser conejillo de indias cuando quiera!

Myka se río, pero el segundo de relajación pasó cuando recordé el maldito condón.

— ¡Myka, tienes que tener cuidado! ¡No usamos protección! – Ella abrió mucho los ojos. – Tranquilo, estoy limpio y es la primera vez que tengo relaciones sexuales sin condón para ser honesto y confío en lo que me dijiste. ¡Me refiero al embarazo! ¡Empezamos algo ahora y no quería que terminara en algo imprudente tan pronto!

Ella puso sus manos sobre su pecho.

— ¡Que alivio! – Respondió ella respirando profundamente. – Por supuesto que quiero tener hijos algún día y sé que será difícil, ¡pero no te preocupes por eso! Tomo medicación desde los 16 años para controlar mis calambres, que siempre han sido excesivos. Tengo más hormonas anticonceptivas de las que puedas imaginar.

Le sonreí con alivio. Por supuesto, si Myka queda embarazada, no huiré de mi responsabilidad. Mi padre nos enseñó a ser responsables y honorables, pero desearía que no fuera tan pronto como lo fue con Alec y Kyera.

— ¡Y entonces! ¿Aliviado? – preguntó con una sonrisa burlona. Le devolví la sonrisa y la abracé. – Espero no haber dejado una mala impresión, ¡pero tú también me pones cachonda a gran escala!

Sacudí la cabeza y pasé las manos por su cabello.

— Nunca pensaré mal de ti y estoy feliz de que cumplas tu primera fantasía conmigo – le confesé. – No he tenido ninguna relación seria y tengo muchas ganas de que esto funcione.

— ¡Bien! ¿Estamos realmente saliendo?

— Bueno... ¡Una vez fuimos amigos, peleamos como pareja y ahora estamos teniendo sexo increíble! ¡Sí, creo que estamos saliendo!

Ella sonrió, divertida por lo que dije, y la abracé, enterrando mi rostro en su cuello.

Alec dijo una vez que, si una chica me dijera qué hacer y fuera lo suficientemente valiente como para hacerme comer mis palabras, debería casarme con ella. Casarse sería una exageración en este momento, pero Myka me dejó boquiabierto con la osadía que tuvo para desafiarme y se esforzó mucho para dejar clara su opinión. No la dejaría escapar ni en un millón de años.

¡No! ¡Eso no sería tan malo como pensaba!

Capítulo 18

Myka

Fui a la tienda Benbrook con Ash, Dom y Kye. Pasamos el día en el centro comercial comprando ropa para los bebés. Nos sentamos y pedimos té helado. Como Kye no podía beber, acordamos tomar jugo o té, pero nada de alcohol.

— ¡Yo también comeré pastelitos! – dijo Ceniza. – ¡Estoy hambriento!

Me reí porque Ash siempre tenía hambre y le encantaban los pastelitos que vendían aquí. ¡Exactamente como Álex!

— ¡Guau! – Suspiré al notar el enorme solitario en su dedo.

Ashley se sonrojó y apartó la mano y la colocó en su regazo.

— ¡Alex me propuso matrimonio anoche! – Dijo sonriendo tímidamente.

— ¡Felicidades! – dijimos al unísono y abrazamos a Ash.

Suspiré y puse mis manos sobre mi pecho.

— ¡Es un alivio saber que aceptaste!

Ash arqueó las cejas sin entender.

— No tienes idea del trabajo que costó teñir y separar esos pétalos. ¡Si dijeras que no, te mataría yo mismo!

Ash me sonrió.

— ¿Fuiste tú? – preguntó sorprendida.

— ¡Sí, y quería todo azul por sus ojos!

La risa de Dom de repente se desvaneció cuando agarró mi mano derecha.

— ¿De dónde sacaste esta pulsera? – preguntó, pasando la mano por la fina pulsera.

La miré confundido.

— Allan me lo dio cuando llegamos a Benbrook. Es el mismo que tenéis todos con GPS y... – Dejé de notar sus caras de asombro. – Chicos, ¿qué pasó? ¿Por qué me miran así?

— ¡No recibimos ninguna pulsera de Allan ni de los otros chicos! – respondió Kyera encogiéndose de hombros. – Si hubiera monitoreo GPS, seguramente Alec se lo habría dicho a Dom y ella nos lo habría dicho a nosotros.

Fruncí el ceño confundido. ¿Por qué sólo llevaba una pulsera GPS?

— ¡Pero Allan dijo que todos recibirían el mismo brazalete! – refunfuñé. – Pensé que me estaba haciendo un regalo, aunque de manera ridícula, pero me garantizó que recibirías uno igual y... ¡Dios mío!

— ¿Qué pasó? – preguntó Ash.

Allan realmente me estaba haciendo un regalo en ese momento. Simplemente no quería que pareciera que lo era.

— ¡Creo que esto realmente es un regalo!

— ¡No lo creas, asegúrate! – dijo Dominic rascándose la cabeza. – ¡Él no daría este brazalete a menos que fuera para alguien muy importante!

— ¿Como así?

Dominic se movió en su asiento y pareció pensativo.

— ¡Se enamoró de una chica en la secundaria, pero era un nerd y no tuvo el valor de decirle lo que sentía! – dijo Dominic riendo. – ¡Pero no importa! Lo que importa es que, cuando nuestra abuela murió, le regaló esta pulsera para alguien importante que no fuera mamá. Entonces sé que no le daría esto a cualquiera. Allan adoraba a nuestra abuela y sintió su pérdida mucho más que nosotros.

Cogió el vaso de té y se lo llevó a la boca.

— Nunca supe quién era la persona que le gustaba, pero creo que era Rebecca Woods. – Dijo pensativamente.

Rebeca Woods fue una de las porristas. Era rubia y muy bonita. No era muy estudiosa y odiaba a los nerds. Sonreí al recordar lo que me había dicho el día anterior, antes de hacer el amor en la sala.

— ¡No me quitaría esta pulsera ni, aunque quisiera!

— ¿Como así? – preguntó Dominic con curiosidad.

— ¡Allan dijo que solo él puede quitarse este brazalete!

Dominic se ríe.

— ¿Es cierto? ¡Mi hermano y sus trucos de persuasión!

Luego, me agarró la muñeca y abrió el cierre. Abrí mucho los ojos.

— ¿Pero cómo lo hiciste? – pregunté confundido. Ella se ríe aún más y volvió a colocarse el brazalete.

— ¡Allan puede ser muy reservado, pero es muy inteligente! Encontró una manera de

mantenerla cerca sin tener que justificarse.

— ¡En otras palabras, es muy controlador y mandón!

Dominic hizo una pausa, suspirando.

— ¿Le has dicho a Allan que estás enamorada de él?

— ¿Es tan obvio?

— Sí. Y apuesto a que ya lo ha notado, ¡pero está esperando una palabra tuya para expresarse!

Le sonreí a Dominic. Lo que ella no sabía era que él ya lo había hecho, pero no podía decirle que a mí también me gustaba. Todo estaba pasando demasiado rápido y no quería que terminara mal.

— ¡Ya lo hizo! ¡Estamos saliendo desde ayer por la mañana!

Dominic y las niñas se rieron y luego levantaron sus copas.

— ¡Bienvenida al club, hermana mía! – dijo Kyera abrazándome.

— ¡Salud a las chicas Stella! – dijo Dominic, levantando su copa. Sonreí.

¡Hasta que ser una chica Stella no parecía tan malo!

Estaba cansada y preferí no ir a la tienda, sino que fui directo al cobertizo. Entré a la casa y no vi a Allan por ningún lado, aunque su auto estaba estacionado enfrente. Se suponía que estaba en el establo, así que fui allí y aproveché la oportunidad para ver a Star, que era una yegua muy hermosa. Me aterrorizaban los caballos, pero me gustaba Star. Caminé hasta el establo, pero no vi a Allan.

— ¡Hola Vítor! – saludé a uno de los asistentes. – ¿Has visto a Allan por ahí?

Vítor dijo que salió del establo respirando fuego por la boca y se dirigió hacia el lago. Fruncí el ceño y fui allí para ver si podía encontrar a Allan. Intentaría descubrir qué lo hizo enojar. Cuando estuve cerca, lo vi desde lejos sentado en el borde del muelle en la posición de Buda. Estaba meditando, por lo que sabía que la situación era grave.

Me quedé de pie y observé durante unos momentos en silencio. Su rostro parecía sereno y Allan tenía una mirada muy tranquila y pacífica. Algo que no parecía encajar con la persona tempestuosa y autoritaria que era.

— ¿Qué hacías en Dallas? – Dijo de repente, sacándome de mi ensoñación. – ¿No dije que era peligroso dejar Benbrook?

Allan se puso de pie de un salto. Sorprendida, abrí mucho los ojos.

— ¿Cómo lo hiciste?

Él vino a mí.

— ¡No cambie de asunto! No quiero que te vayas solo de la ciudad, ¡entiéndelo!

— ¡Tú no me gobiernas! – Tiré de mi brazo, que él había sostenido. – Llevamos poco más de veinticuatro horas saliendo y ¿crees que soy mi dueño?

— ¡Myka, eres mía! – Respondió arrastrándome hacia un árbol. – ¡Te protegeré incluso contra tu voluntad!

¡Guau, eso era nuevo!

— ¿Por qué sonríes? – preguntó confundido. Sonreí aún más.

— ¡Le agrado!

— ¿Y no dije eso ayer? ¿Qué es lo nuevo? – Él frunció el ceño. – ¡Deja de reírte, Myka!

El tono imperativo que usó me hizo reír aún más. Logré liberarme de sus brazos y agarré sus orejas.

— ¡Ay, ay! ¡Mierda, Myka! ¿Por qué sigues haciendo esto?

— ¡Respóndeme una cosa! ¿Tienes miedo de que me secuestren o de que me vaya donde no puedas localizarme?

— ¡Los dos! – Respondió soltándose.

Respiró hondo y caminó hacia el establo.

— ¡Allan! – grité, yendo tras él. Lo alcancé cuando entró en uno de los puestos. – ¡Alan, basta! ¡No huiré, no sin ti!

Allan me agarró la muñeca y me empujó contra la pared de madera del cubículo, luego me atrapó con su cuerpo y me agarró por la cintura, levantándola lentamente hasta que envolví mis piernas alrededor de su cintura. Se lo puse alrededor del cuello y apoyé su cabeza contra la pared.

— Escuché una historia interesante acerca de que solo yo usaba esta pulsera.

Allan cerró los ojos y resopló.

— ¡Dominic! ¡Esa lengua!

Le sonreí y pasé mi mano por su rostro.

— ¡No se preocupe! ¡Tú también me gustas! – dije susurrándole al oído. – ¡No voy a ninguna parte, vaquero, así que deja de hacer el tonto!

— ¡Pensé que lo estabas disfrutando solo, ya que ayer no dijiste nada! – Dijo en un suave susurro.

Allan respiró rápidamente como si tuviera miedo de algo. Luego levantó la cabeza y me colocó en el suelo.

— ¡No estaba seguro todavía, pero necesito decirte algo y tal vez entiendas por qué quiero protegerte tanto!

Se apartó y luego comenzó a desabotonarse la camisa.

— Cuando fui atrapado por una mafia rusa junto con Rochelle – hizo una pausa, terminando de abrirse la camisa y sacársela del pantalón. Allan se quitó la camisa y vino hacia mí. Tomando mis manos me dio la espalda y presionó – Pasé tres días de cautiverio y setenta y dos horas en cautiverio. Después de que mataron a Rochelle, recibí 250 latigazos alternativamente, pero creo que ya te disté cuenta.

Pasé mi mano por todo el largo, sintiendo las estrías que había sentido la noche anterior cuando lo abracé. Algunas eran delgadas, otras más gruesas, pero una se superponía a la otra. Quien los hizo era lo suficientemente sádico y calculador como para causar mucho dolor.

— ¿Tus pesadillas son sobre los días que estuviste encarcelado?

— Sí. Francesco Sartori era muy bueno dejándome marcas para que nunca olvidara ese día, ¡pero fue un placer que hice que su hijo matara al amante ruso que me hizo eso y luego lo mató a tiros!

— Entonces, ¿tienes miedo de que me pille y me diga que haga lo mismo?

— Sí. ¡Especialmente ahora que somos más que amigos!

Besé a Allan con fuerza como si me aferrara a los últimos alientos de vida que Dios me estaba dando. Me atrajo hacia él y me sostuvo las piernas, colocándome en su regazo y luego me presionó contra la pared.

— ¡Te necesito más que aire! – Él susurró.

Allan metió una mano debajo de mi falda y tiró de mis bragas, de modo que se rasgaron. Se abrió bastante el pantalón y con una estocada firme me penetró profundamente. Dejé escapar un grito de sorpresa y me golpeé la cabeza contra la pared de madera. Allan me tapó la boca con una mano mientras con la otra me sujetaba la cintura. Sus dientes se hundieron en mi hombro mientras empujaba una y otra vez frenéticamente. Gemí cuando comencé a sentir que mi orgasmo aumentaba y clavé mis uñas en su espalda. Allan gimió y mordió más fuerte, haciendo que ambos nos corriéramos juntos. Sujetó mi cuello, apoyó mi cabeza contra su hombro y respiró hondo, tratando de calmar su respiración.

— ¿Siempre será así cada vez que discutamos o haya algún drama? – pregunté sin aliento.

— ¿Por qué? ¿Esto es malo? – Respondió con una sonrisa.

— No. De hecho, ¡esperaba que dijeras que sí!

— ¿Entonces te gustaría que te llevaran a cualquier lugar y en cualquier momento?

— ¡Si es para ti, sí!

— Entonces... ¡Tu deseo es mi orden! ¡Solo pregúntanos y estaré donde y cuando quieras!

Sí... ¡Definitivamente ser una chica Stella fue jodidamente bueno!

Capítulo 19

Allan

Fui a Dallas con Dom, Alex y Ethan para saber cómo iba la investigación.

— ¡Hola Kurt! ¿Como esta todo? – pregunté cuando vi a Kurt con una carpeta en mi escritorio.

— ¡Agente Stella! – Suspiró – Es complicado, pero sigo buscando pistas.

— ¿Complicado? ¿Qué tan complicado? – dijo Dominic acercándose a la mesa y recogiendo la carpeta.

— ¡Lo siento señora, pero es asunto del FBI! – respondió Kurt, intentando tomar la carpeta que ya estaba en las manos de Dom.

Me reí y Kurt me miró confundido.

— ¡Kurt, esta es mi hermana Dominic!

— ¿Dominic Stella? ¿El famoso Dominic Stella? – preguntó extendiendo la mano. – ¡Es un gran placer, señora!

Dominic se río, estrechando la mano de Kurt.

— ¡Kurt es un gran admirador tuyo! – dije mientras le cedía su asiento a Dom. Me crucé de brazos y suspiré. – ¿Qué es tan complicado?

Kurt se acercó a nosotros.

— Francesco está intentando liberar a Mia y Emma. No envió a nadie a por ti y este silencio...

— ¡Es peligroso! – corrigió Alex.

Ethan negó con la cabeza.

— Estoy de acuerdo con ambas informaciones. El silencio de Francesco y los intentos de liberar a su hija y a su sobrina no son cosas buenas.

— ¡Tenemos que permanecer alerta! – gritó Dominic asintiendo. – Se está planeando algo grande y no me sorprendería que de repente sufriéramos un ataque.

— ¡Creo que es mejor limitarnos hasta que esto se olvide o no lo arresten! – dijo con un suspiro.

— ¿Más? – Alex hizo una mueca. – Si nos limitamos aún más, ya no podremos ir a la panadería.

— ¡Alex tiene razón, Allan! – dijo Ethan. – Creo que no deberíamos radicalizarnos tanto o acabaremos locos.

— ¿Qué tal si mantenemos el perímetro hasta Fort Worth? – sugirió Dominic. – Ya le pusiste un collar a Myka, creo que nosotros también podemos ponerle uno.

— ¡Yo no le puse collar a nadie! Esa loca fue la que me dio muchos problemas en NY. – le expliqué nerviosamente. – ¡Kurt lo sabe!

— ¡Vaya, esa niña parece un perro! ¡Realmente necesitaba un collar! – se burló Kurt.

Esas frases me hicieron ver rojo. Sólo yo podía hacer bromas sobre Myka o quejarme de ella.

— ¡Dije que le explicara el trabajo que hizo! – dije acercándome a él y agarrando a Kurt por el cuello. – ¡Deja los chistes sobre Myka solo para que yo los haga! ¿Entendiste?

— ¡Sí... sí, Señor! – tartamudeó.

Solté a Kurt y respiré profundamente para calmarme.

— ¡Me gustó tu idea! – dije, girándome hacia Dominic. – Tendré un rastreador para cada uno. A partir de ahora nadie se irá solo. ¿DE ACUERDO?

Todos asintieron.

— Allan, creo que puedo intentar averiguar algo sobre el envío que está esperando. – declaró Domingo. – Tal vez pueda usar el hecho de que intente liberarlos a ambos para nuestra ventaja.

La miré sin entender mucho.

— ¡Explica tu teoría, noble hechicera!

— Primero, necesito estar seguro de la afinidad de Francesco por ambos o si simplemente podría liberar a sus familiares y luego matarlos como medida de precaución.

La miré y pasé mis manos por mi barbilla.

— ¿Por qué sería eso malo?

— Porque no nos daría tiempo de arrestar a alguien más importante, en caso de una trampa. Necesito asegurarme de que venga personalmente a rescatarlos.

— ¿Qué necesitas hermanita?

Dominic cuadró los hombros y chasqueó los dedos.

— ¡Ponme en una sala de interrogatorios con Emma y déjame el resto a mí! – Ella dijo. –

¡Es muy fácil de persuadir y podrá darme la información que quiero!

— ¡Esto será complicado! Su abogado es muy duro y ni siquiera el fiscal puede negociar con él. – dijo Kurt, pasando sus manos por su cabello y respirando profundamente.

Dominic le sonrió a Ethan y se acercó a Kurt.

— ¿No has leído los informes? ¡Pensé que eras mi fan! – Preguntó con arrogancia. – ¡Soy un excelente negociador! ¡Ponme en la sala de interrogatorios con Emma junto con su abogado y les sacaré su deseo más oculto!

Ethan sonrió y Kurt tragó.

— ¡Si señora! ¡Puedo conseguir una visita ahora mismo! – Respondió saliendo de la habitación.

Dominic me miró.

— ¡Necesito a Alec y Sâmia!

Asentí que sí.

— Yo hablaré con Sâmia y tú puedes hablar con Alec – respondí, metiendo las manos en los bolsillos y asintiendo.

— ¡También necesito que esto no salga a la luz, Allan, porque si lo hace, nuestras posibilidades de arrestar a Francesco y poner fin a esta pesadilla se irán por el desagüe!

Sabíamos que no podíamos confiar en nadie. Ni siquiera en el departamento. Cogí el teléfono y llamé a Sâmia, quien con mucho gusto confirmó el viaje a la prisión con Dom y Alec.

— ¡Bueno, volveré a Benbrook para arreglar algo personal! – dijo, luego de darle instrucciones a Kurt – ¿Vienes, Alex?

— No. Creo que me quedará hasta que regrese Dominic.

— Está bien ¡Entonces nos vemos luego!

Salí del departamento y tomé mi auto. Iría directamente a la floristería porque necesitaba hablar con Paul Collins.

Fui a la floristería y hablé con Paul sobre mi relación con Myka. Me sorprendió, porque él ya lo sospechaba. Lo difícil fue explicar por qué estaba en mi casa en lugar de regresar a la de ella, ya que ya se habían reconciliado. Dejé eso para que Myka se ocupara de ello. Antes de irme, tomé una de las rosas rojas del jarrón y le dejé una tarjeta a Myka. Se lo entregué a Paul para que se lo diera y salí de la floristería antes de que ella regresara. Regresé al semental, me puse unos

pantalones deportivos y una camiseta negra. El negro era mi color favorito y me encantaba usarlo. Fui al cofre y tomé la espada que había conseguido en mi última etapa de kenjutsu y me dirigí a la orilla del lago.

Practicar kenjutsu era algo que amaba y me mantenía alerta, incluso mientras pensaba. Además, me trajo equilibrio. Hacía tiempo que no entrenaba y había elegido hoy precisamente para pensar y asimilar mis decisiones de las últimas semanas.

Después de una hora de practicar con la espada, pasé a los movimientos de aikido. Con un arma en la mano, mi oponente podría ser invencible, pero con las manos desnudas, yo era el maestro. Estaba tan concentrado y alerta que noté movimiento entre los pocos árboles al borde del lago.

— ¡Llegaste temprano! – dijo sin detener los ejercicios.

Myka salió de detrás de uno de los árboles y sonrió.

— ¡Realmente eres un ninja!

Solté una carcajada.

— ¡No exactamente, pero podría serlo! ¡Soy un arma letal si tienes las manos desnudas! Se acercó lentamente con una sonrisa divertida en su rostro.

— ¡Grave! ¿Y qué pudiste hacer que fuera tan peligroso?

Me di vuelta en un movimiento rápido y lancé la espada que le atravesó el costado y se clavó en el árbol. Se detuvo donde estaba y, perpleja, me miró.

— ¡Maldición! No me necesitabas ese día, ¿verdad?

Sonreí y me acerqué.

— ¡Si y no! – dijo, apartándose el pelo de la cara. – Incluso si supiera que podría salir solo de ese robo, habría hecho mucho ruido si hubiera sabido que despertaría junto a ti como lo hice.

Besé su cuello y ella se ríó abrazándome.

— ¿Sabías que eres muy encantador cuando no estás en modo mandón?

Myka me besó suavemente y cedí a la sensación de paz que sentía cuando estaba con ella. Ella me empujó, rompiendo el beso.

— Hablando de encanto, ¡me encantó la rosa! – Dijo con una sonrisa pícaro. Me reí, todavía abrazándola y pasé mi mano por su cabello.

— ¿Entonces fui un buen novio?

— ¡Sí, muy lindo!

— ¡Bueno, entonces creo que merezco una recompensa!

— Eres terrible, ¿lo sabías?

— ¡Y usted es linda! – dije agarrándolo y colocándolo en mi hombro. Myka dejó escapar un grito de sorpresa y se río. Fui al árbol y recogí la espada que estaba clavada en él. Tomé la funda y seguí a Myka al interior de la casa.

— ¡Necesito darme una ducha! ¿Quieres acompañarme?

— ¿Y tengo otra opción?

— ¡Ninguno!

Subí los escalones del porche y la dejé en el suelo.

— Después de la ducha podemos salir a comer algo. ¿Qué crees? – pregunté abriendo la puerta. Ella se río y entró.

— Vaya, ¿cena? ¡De esta manera me dejarás endeudado mucho!

— Sí. ¡De esa manera sólo saldrás de aquí cuando pagues todo! – respondí subiendo las escaleras.

No quería que mi relación con Myka terminara tan pronto. De hecho, nunca quise que terminara. Fui al dormitorio, tomé una toalla, algo de ropa interior y fui al baño. Terminé ducharme media hora después y me sorprendió el hecho de que todo estaba en silencio y Myka no entraba al baño.

— ¿Myka? – llamé, pasando por el pasillo que conducía a las escaleras, y nada. Silencio.

Regresé a la habitación a buscar la pistola y casi me da un infarto cuando vi a Myka con un corsé negro, guantes y botas de tacón acostada en la cama. Su cabello rosado estaba suelto y desparramado sobre la sábana. Jadeé de pie en la puerta.

— ¡Mierda! – Susurré.

Me acerqué a la mesa donde dejé la pistola y un par de esposas, recogí las esposas, saqué un edredón del armario y lo tiré doblado al suelo. Tomé dos almohadas, las coloqué cerca de uno de los pies de la cama y me dirigí hacia Myka. La levanté, la acosté y le puse unas esposas en la muñeca derecha, pasé las esposas por los pies de la cama y se las ató a la otra mano. Me arrodillé con una pierna a cada lado de ella.

— ¡Es hora de desenvolver el regalo! – dijo besando su frente, sus ojos y finalmente sus carnosos labios pintados del rojo más brillante.

Myka gimió cuando mi lengua invadió su boca y mis manos comenzaron a recorrer su cuerpo. Lentamente abrí el corpiño y se lo quité, dejando al descubierto sus magníficos pechos. Ella se estremeció cuando mi lengua tocó su pezón izquierdo y lo mordisqueé mientras

masajeaba suavemente su otro seno. Ella se retorció cuando cambié. Pasé mi lengua por su vientre mientras enganchaba mis dedos alrededor del borde de los diminutos pantalones cortos de lycra que llevaba. Lentamente lo subí por sus piernas más allá de sus botas.

— ¡Sin bragas! – dijo mordisqueando su muslo derecho y besándolo suavemente.

Me detuve a la mitad y luego pasé a mi muslo izquierdo. Myka se estremeció y gimió, mordiéndose el labio inferior. Coloqué la punta de mi lengua sobre su clítoris y mientras la sacudía suavemente, inserté un dedo en su coño mojado.

— Estás listo para mí, pero te lo haré aún más.

Inserté mi lengua y comencé una lenta tortura de ida y vuelta. Ella gritó cuando comencé a chupar frenéticamente e inserté un segundo dedo. Ella comenzó a rebotar al mismo ritmo y estaba tan resbaladiza que introduje una tercera y comencé a bombear más rápido.

— ¡Oh Dios! ¡Más fuerte!

Sonreí y respondí a su petición, poniendo más fuerzas y profundizando.

— ¿Te gusta así? – pregunté, girando mis dedos.

— ¡Sí! – gritó, contrayendo su abdomen, y eso me hizo saber que estaba cerca, así que presioné aún más fuerte y bombeé aún más rápido.

¡Casi me corro con el orgasmo de Myka! Ella todavía estaba gimiendo y gritando cuando le quité la ropa interior. Flotando sobre ella y sin previo aviso, entré con fuerza, sosteniendo sus piernas alrededor de mí para poder entrar profundamente. Comencé con embestidas fuertes y profundas y un orgasmo se unió a otro, haciéndola gritar mi nombre.

Reduje las embestidas y la penetré lentamente, besándola mientras sostenía su rostro entre mis manos. Gemí cuando ella comenzó a moverse al mismo ritmo mientras yo empujaba lentamente y sin prisas.

— ¡Estás tan jodidamente sexy!

Quitándole las esposas, la coloqué boca arriba y la penetré lentamente. Apartando su cabello, comencé a chupar y morder sus hombros, mientras me frotaba contra su cuerpo. Agarró con fuerza el edredón y mordió la almohada. Después de unos minutos de brindar placer lento, me arrodillé y sostuve la cintura de Myka, poniéndola a cuatro patas.

— ¡Sí! ¡Eso! ¡Así! – gritó Myka.

Sentí su vagina contraerse y ordeñar mi polla.

— ¡Mierda! ¡Mierda! – Grité al sentir nuestros orgasmos crecer como si fueran uno solo.

¡Nunca me cansaré de eso!

Myka fue la primera en desmayarse, llevándome en un viaje perfecto. Llegué tan fuerte que casi pierdo el conocimiento. Intenté respirar con la cabeza enterrada en su pelo. Su aroma era divino y podía mantenerlo arraigado en mi cuerpo por el resto de mi vida. Levanté la cabeza y la giré para mirarme. Saqué el cabello sudoroso de Myka de sus ojos.

— ¿Estás bien?

— ¡Sí! ¡Eso fue increíble! – Dijo extasiada.

Sus ojos brillando y su boca roja por la violencia de mis besos.

— ¡Alegro que te haya gustado!

Me temblaban las piernas cuando me puse de pie. Agarré la caja de pañuelos y, arrodillándome entre sus piernas, la limpié. Sólo entonces abrí las esposas y liberé a Myka.

— ¡Aún conozco algunos trucos, pero quiero tomármelo con calma!

— Lento parece que te conviene, pero ¿por qué?

— ¡No quiero asustarte! – respondí tomándola en mi regazo.

La llevé al baño y coloqué a Myka en la bañera. Abrí el grifo con agua fría y caliente para alternar y entré. Myka tenía una expresión pensativa en su rostro cuando me senté detrás de ella.

— ¿Qué pasó? – pregunté, tomando el champú para aplicarlo en su cabello.

— ¿Qué tipo de accesorios te gusta usar, además de las esposas? – preguntó con curiosidad.

Me reí enjuagando su cabello y comencé a masajearle los hombros.

— Ya lo verás con el tiempo, pero por ahora... – dijo, deteniéndose y pasando su mano entre sus piernas. – Quiero volver a hacerte el amor, si no estoy demasiado cansado.

Le susurré al oído, insertando un dedo en su coño caliente.

¡Ahora era oficial! Me había vuelto un idiota como mis hermanos en el momento en que dejé esa rosa hacia Myka y no hice el menor esfuerzo por ocultárselo. Definitivamente me había enamorado de Mykaella Collins y recién ahora entendí lo que sentían mis hermanos cuando estaban con sus chicas.

Capítulo 20

Myka

Desperté enredada entre las sábanas, pero Allan no estaba a mi lado. Había una nota en la mesa a mi lado.

“Pasaré el día en el veterinario, ya que Kyera se sintió mal, pero no hay nada de qué preocuparse. Te veo más tarde.

PD: ¡Anoche fue perfecta! Si quieres repetirlo estoy a tu disposición. Todavía quedan trucos que enseñar”.

Sonreí ante la nota y saqué mi celular. Escribí un mensaje y se lo envié a Allan.

¡Me alegro que te haya gustado, porque me muero por aprender!

Me levanté de la cama y fui directo a la ducha. Todavía sería un día ajetreado hoy. Allan había ido a la florería el día anterior y había hecho la locura de decirle a mi papá que estábamos saliendo. Pasaba horas burlándome de él, al mismo tiempo que mi padre no podía ocultar su felicidad por tener otra Stella cuidando a sus hijas. ¡No sabía que todos los Stella nos cuidaban!

Si mi padre hubiera sabido que un grupo de *gánsteres* estaban sedientos de sangre y querían matar a los hermanos y sus familias, ya me habría despedido. Entonces, cuando me preguntó qué hacía todavía viviendo en el semental, respondí que Allan y yo nos estábamos conociendo mejor. Que estaba intentando adaptarme a vivir con otra persona nuevamente, ya que en NY vivía sola.

En algo tenía que estar de acuerdo con Allan: no había ningún lugar donde esconderse. ¡Tarde o temprano Francesco Sartori nos encontraría!

Salí de la casa y tomé la camioneta. Pasé por el veterinario y apenas pude contener mi admiración cuando vi a Allan vestido con jeans, botas y bata blanca. En realidad, estaba examinando uno de los caniches de la señora Nakamura.

¡Dios, qué sexy se veía!

Allan se especializaba en caballos, pero cuidaba animales en general cuando estaba en el veterinario ayudando a mi hermana. Tenía una sucursal en Nueva York y una chica llamada Valerie se encargaba de todo allí. Ella había venido desde Alabama junto con su primo, que era policía y también su prometido.

Saqué mi celular y preparé la cámara. Allan se centró en explicarle a la señora Nakamura la importancia de las vacunas. Levantó la cabeza y miró en mi dirección, luego sonrió cuando se dio cuenta de que iba a tomar una foto. ¡La sonrisa más sexy que he visto jamás!

La señora Nakamura miró en mi dirección y frunció el ceño.

— ¡Espero no haber salido en esa cosa! – murmuró. – ¡Odio los anuncios!

Aiko Nakamura era la mujer más gruñona que conocía y no había cambiado mucho durante el tiempo que estuve fuera de la ciudad. De mediana estatura y rasgos orientales, la mujer de 60 años aún conservaba su pelo negro y liso recogido en una trenza. Vanidosa, nunca permitió que su cabello se volviera blanco. Tenía ojos pequeños y rasgados, rasgos llamativos y un rostro delgado y redondo. Aiko vivía de mal humor y al parecer empeoró tras el arresto de su hijo, Lin Nakamura.

Miré a la pequeña dama parada al lado del mostrador de servicio y sonreí.

— ¡Sí, señora Nakamura! ¡Todavía recuerdo que odias exponerte! – Respondí con la cabeza gacha, de cara al celular. – No te preocupes, en la foto solo estaba el doctor.

Allan hizo una mueca cuando escuchó la palabra “doctor” salir con énfasis. Aiko me miró y soltó una risa sarcástica.

— ¡Menos mal! – dijo, tomando al perro en su regazo mientras Allan se dirigía al mostrador de al lado para preparar una receta. – Me basta con que me atienda el hermano de esa puta uniformada. ¿Dónde está la simpática pelirroja?

Allan respiró hondo y apretó el bolígrafo cuando escuchó el insulto dirigido a Dominic.

Sabía poco de lo sucedido, pero lo que me dijo mi padre fue que Lin se había involucrado con la sobrina de Francesco. Emma logró convertir a Lin en informante y, como uno de los oficiales de confianza de Alec, incluso tuvo acceso a las operaciones del FBI. Dominic logró descubrir que Emma Berlusconi estaba utilizando a Lin y Alec lo arrestó.

Allan terminó de escribir y le entregó el papel a la señora Nakamura.

— Como te expliqué, tu perro simplemente está resfriado. – Dijo entregándole el papel. – Se han puesto las vacunas y estoy recetando este medicamento para curar esta gripe. Estará bien pronto.

Allan respondió con optimismo pasando su mano por la cabeza del pequeño caniche. Ella tomó el papel de sus manos.

— ¡Gracias! ¡Espero que la señorita Collins regrese pronto! – Dijo sin ocultar su disgusto por ser atendida por Allan.

Allan le sonrió fríamente.

— Señora Nakamura, tiene mucha suerte de que mi educación me impida responder de la misma manera.

Ella resopló y lo ignoró mientras se acercaba a la puerta donde yo estaba parado.

— ¡Pero no mío! – dijo deteniendo a la anciana antes de que se fuera. – ¡Eres una vieja gruñona, ignorante y muy grosera! ¡Dominic tiene mucha más integridad que su hijo promiscuo, idiota y matón!

Aiko se detuvo y me miró con una mirada gélida.

— Escucha, tú... – comenzó, probablemente lo que serían una serie de insultos, pero la interrumpí.

Haciéndome a un lado para que ella pudiera pasar por la puerta, dije:

— ¡Que la pase bien, señora Nakamura!

Se tragó lo que iba a decir, resopló con la nariz en alto y se fue como si fuera la reina de Saba. Allan estaba sonriendo, apoyado contra el mostrador con los brazos cruzados.

— Me encanta ese lado tigre tuyo, ¿lo sabías?

— ¡Ella se lo merecía! Hace tiempo que quiero decirle algunas buenas palabras a esta vil criatura.

¡Eso era verdad! Aiko siempre estaba siendo grosera con mi padre en la floristería y yo me contenía porque ella era una mujer mayor. Mi celular sonó, interrumpiendo mis pensamientos mortales.

— ¿Quién es?

— ¡No sé! ¡No sé el número! – respondí, respondiendo. – ¡Hola!

— ¡Finalmente te encontramos! – Respondió una voz oscura al otro lado de la línea.

— ¿Quién está hablando?

Dejó escapar una risa helada.

— ¿Te has olvidado de mí, pelo de algodón de azúcar?

Abrí mucho los ojos y fruncí el ceño en un claro gesto de miedo. Allan me observó a unos centímetros de distancia. Dio unos pasos hacia mí.

— ¡De quién estás hablando, Myka! – Preguntó con su tono serio. No podía hablar porque el miedo me había paralizado.

— ¿Es tu caballero de armadura blanca el que habla al fondo? – preguntó la voz oscura. – ¡Dile que vamos a buscarlo también!

Solté un grito y dejé caer mi celular al suelo. Allan me abrazó notando que estaba

temblando.

— ¿Quién fue, Myka? – Preguntó besando mi frente y pasando sus manos por mi espalda. – ¿Quién estaba al teléfono? ¡Dime!

Las lágrimas brotaron de mis ojos y parpadeé, enterrando mi rostro en su pecho.

— ¡Era el calvo, Allan! – respondí sollozando. – ¡Nos encontró!

Capítulo 21

Allan

Me senté en mi escritorio y me crucé de brazos mientras el equipo me daba los informes. Estábamos en mi oficina en la oficina de Dallas. Salí hacia la oficina justo después de que Myka recibiera la llamada de uno de los secuaces de Francesco. Eran más de las diez de la noche y había estado en la oficina todo el día. Junto a mí en la habitación estaban mis hermanos, Myka y Kurt. Me negué a dejarla en la ganadería o en cualquier lugar donde no pudiera protegerla, o me llevaría mucho tiempo llegar hasta ella. Así que ella estuvo conmigo todo el tiempo y si tuviera que encadenarla a mi cintura para mantenerla a salvo, ¡lo haría!

Myka estaba sentada en el sillón de mi sala con las piernas estiradas y prestando atención a todo con admiración. Había pasado media tarde siendo entrevistada por Dashkov, nuestro psicólogo. Myka había llegado en estado catatónico después de recibir la llamada y le pedí a Ella que hablara con ella.

Mi niña hizo todo lo posible para parecer fuerte y decidida, pero en el fondo era una niña hermosa y frágil.

— ¡Bueno, todos los que importan están en esta sala! – dijo Dominic, colocando una carpeta a mi lado. – ¡Hablé con Emma hoy! ¡Tengo buenas noticias y malas noticias!

Dominic llevaba uno de sus trajes y acababa de llegar de la unidad penitenciaria donde Mia y Emma estaban detenidas en espera de juicio. Sólo hacían falta treinta días para juzgar a un criminal y en ese tiempo todavía podíamos concluir el caso.

Dominic caminó hacia donde yo estaba, cruzando la habitación, mientras Alec y Alex permanecían sentados en el sillón delantero y Kurt se metía en el archivador. Ethan había ido a recoger a su hija a la escuela como medida de precaución. Todos temían las represalias de Francesco, incluido Alec, que era el que tenía menos probabilidades de sufrir daño, pero aun así temía por Kye.

— La buena noticia es que Emma aceptó testificar contra Francesco a cambio de inmunidad. Sâmia ya tiene suficiente para enviarlo a la cárcel para las próximas encarnaciones. – dijo Dominic sonriendo con satisfacción. – Con eso, tendremos a toda la familia Sartori en prisión.

Dejé escapar un suspiro y pasé una mano por mi rostro, dándole una mirada de

satisfacción. Me estaba imaginando las cosas que Dom había dicho para que Emma aceptara denunciar a su tío.

— ¡La mala noticia es que Francesco planea matarla durante el traslado a San Diego! – Dijo con gesto frustrado. – Emma dijo que Francesco no perdona a los traidores, ni siquiera a los de su familia y sabía que ella hablaría demasiado si le ofrecieran un trato. Entonces creo que la matará durante la transferencia como supuse. Según Emma, suele estar presente en las ejecuciones. Le prometí seguridad para obtener esta información.

Dominic dijo caminando hacia la mesa donde yo estaba sentado y se recostó mirando a nuestros hermanos.

— ¡Bueno, entonces debemos suspender la transferencia! – habló Alec, que hasta entonces sólo había estado escuchando. – Son los únicos que pueden ayudar a arrestar al jefe de la mafia y no podemos arriesgarnos a perderlos.

Alec se puso de pie.

— ¡No funciona así, Alec! – dijo Alex apoyándose en sus rodillas. – ¡El juez y el fiscal nunca se pondrán de acuerdo en no trasladarlos! ¡La jurisdicción pertenece a Texas y deben ser juzgados aquí!

Pasé mis manos por mi cabeza y miré a Dominic que tenía esa sonrisa diabólica en su rostro. Alec la miró y frunció el ceño.

— ¿Qué estás haciendo? – preguntó Alec, notando lo mismo que yo. Ella amplió su sonrisa.

— ¡Por eso no cancelamos la transferencia! – Dijo suavemente.

El ceño de Alec se hizo más profundo y antes de que pudiera decir algo, Alex intervino.

— Dominic, a menos que tengas un plan brillante en esa genial cabeza tuya, ¡no podemos arriesgarnos a perder testigos! – dijo Álex.

Respiré profundamente y Kurt salió del cubículo de archivos.

— ¡Pensé en reemplazar ambos durante el traslado y así prepararnos una trampa para atraparlo! – dijo finalmente Dominic.

— ¡Ah, ahora eso tiene más sentido! – disparó Alec. – ¡Sabía que tenía algo planeado cuando fui a esa unidad!

Dominic era un maestro en estos planes, pero aun así sentí preocupación en su tono.

— Le pedí a Kurt que consiguiera dos agentes con características similares. – continuó y miró a Kurt quien añadió.

— ¡El problema es que no pude encontrar un agente que pudiera reemplazar a Emma! –

Dijo, colocando algunas carpetas sobre la mesa.

Todos resoplamos y Dominic volvió a sonreír con su amplia sonrisa.

— ¡La solución sería traer a alguien de fuera! – anunció Kurt mirando a Dominic.

— ¿Alguien de fuera? – pregunté tratando de entender. – ¿Como un extraño? ¿Un policía?

Miré a Dominic que todavía estaba sonriendo.

— ¡No! ¡No! ¡Definitivamente no! – gritó Alec desde donde estaba.

Myka saltó de la silla, asustada y le indiqué que mantuviera la calma. Esa reacción de Alec era normal cuando Dominic intentaba ponerse en peligro.

— ¡Es nuestra única oportunidad! – argumentó.

— ¡No dejaré que vuelvas a arriesgar tu vida! – Dijo definitivamente.

La idea de Dominic era perfecta, ¡pero tuve que estar de acuerdo con Alec en que era muy peligroso!

— ¡Alec tiene razón! – dijo suspirando. – ¡Es peligroso! ¡Muy peligroso! Además, ya no eres policía, ¿recuerdas?

— ¡Pero su licencia sigue siendo válida! – Dijo también Alex, poniéndose de pie. – Todavía no se ha incorporado al cuerpo de agentes. Yo tampoco estoy de acuerdo con eso, pero ¿quién mejor que un policía para capturar a Francesco? ¡Dominic tendrá las mejores condiciones y nosotros podemos ser el apoyo!

¿Qué fue eso? ¿Una revuelta?

— ¡Álex, no! – dijo Alec de nuevo.

— ¿Y tienes una idea mejor? ¿Crees que no estoy preocupado? – dijo Alex, colocando sus manos en sus caderas y caminando de un lado a otro. – ¿Crees que eres sólo tú quien teme por la vida de Kye? ¡Temo por Ash y todavía está mamá! ¡Todo lo que nos ayude a salir de esta pesadilla es bienvenido!

Alex caminó hacia la puerta.

— Si tienes algo mejor, ¡ilumínanos! – Se fue dando un portazo.

¡Alex tenía razón! Teníamos mucho más que perder si no lo intentábamos.

Caminé hacia Myka y me arrodillé frente a ella.

— ¿Qué piensa usted? – susurré abrazándola.

— ¡Te ves muy sexy con ese traje! – Ella susurró en respuesta.

Solté una carcajada. Esa frase y su aliento caliente en mi oído casi me marean.

—¡Me refiero al plan de Dominic! – dijo con un suspiro.

Myka me abrazó con fuerza. Al menos había dejado de temblar.

— Bueno, estoy de acuerdo en que es peligroso, pero también estoy de acuerdo con Alex en que eso es todo lo que tienes. – Dijo con voz tranquila. – Conozco a Dominic y ella sabe cuidarse mucho mejor que todos nosotros juntos. Creo que, si planificas muy bien, no te puedes equivocar. Le daría una oportunidad, después de todo, usted lleva mucho tiempo trabajando con peligro y conoce los riesgos.

Myka me apretó con fuerza.

— ¡Solo prométeme que tendrás cuidado!

— ¡Yo voy!

— ¡Estoy cansada y quiero irme a casa!

Dijo con una sonrisa realmente cansada. Mirando a mi alrededor, tomé mi teléfono celular y llamé a dos agentes que acompañarían a Myka a casa y se quedarían con ella hasta que yo llegara. Me levanté y, después de que Myka se fuera, miré a Dominic.

— Su cabello no es compatible, su altura por sí sola engañaría a Francesco y ni siquiera estamos seguros de que vaya en persona.

Dominic había vuelto a su cabello liso, pero mantuvo los reflejos rojos. Alec resopló y se acercó a mí.

— No estás de acuerdo con ella, ¿verdad? – Preguntó, pasándose las manos por la cara cuando yo solo asentí. – ¡Increíble!

El rostro de Dom se iluminó.

— En cuanto al pelo, voy a sugerir que, por seguridad, ¡estén con capucha! – Dijo con ojos brillantes. – En cuanto a Francesco, Emma aseguró que él mismo disfruta realizando esta tarea, ¡así que estará allí!

Respiré profundamente y miré a Kurt.

— ¡Llama a Alex y localiza a Ethan!

Salió apresuradamente de la habitación como si una manada de lobos le siguiera los pasos. Me acerqué a Alec.

— Necesitaremos tantos Rangers como estén disponibles. ¿Estás de acuerdo?

Alec me miró y, respirando profundamente, asintió.

— ¡Si le pasa algo a ella o a alguna de nuestras chicas, te disparo yo mismo! – Dijo amenazadoramente.

— Si pasa algo así – dijo – ¡me pegó un tiro!

Alec se río y el momento de preocupación pasó.

— ¡Muy bien! ¿Cuál es exactamente el plan? – preguntó Alec mientras Alex entraba como un tornado. Dominic se reclinó contra mi escritorio.

— Realizaremos el traslado normalmente, pero en lugar de Emma y Mia, seremos un agente y yo en sus lugares. ¡Por seguridad, llevaremos una capucha en la cabeza y la excusa será la exposición a la prensa! – Ella explicó.

Tomé el itinerario trazado para llevarlos al aeropuerto.

— ¡Tenemos que cambiar el aeropuerto de La Guardia por JFK! – Yo dije. – De esta manera pasaremos por Brooklyn y les facilitaremos el acercamiento.

Dominic sonrió y Alec estuvo de acuerdo con el cambio.

— Toda esta zona está dominada por Francesco. – Lo señalé en el mapa. – Pasaremos por aquí y dejaré francotiradores por esta zona. Esta es una zona desierta, las posibilidades de golpear a personas inocentes son remotas.

Alec y Alex se acercaron.

— ¿Hemos estado aquí antes? – preguntó Alex y yo asentí.

Alex siempre ha sido parte de mi equipo y hemos estado involucrados en los distintos intentos de atrapar a Francesco y a los niños.

— ¡Haré los arreglos para que le reembolsen sus licencias! – dije mirando a Alex.

Ethan entró en la habitación.

— ¡Ya estoy aquí! – Dijo abrazando a Dominic.

— ¿Dónde está Bella? – Ella preguntó.

— ¡Está de camino a Canadá! Va a pasar unos días con su abuela. – Él explicó.

¡Fue una gran idea!

Miré a Alec y pareció leer mi mente.

— ¡Quédate conmigo! ¡Los sacaré a todos de Benbrook hoy! – Dijo saliendo.

Pasamos horas inmersos en la estrategia de atrapar a Francesco. Cuando estuvimos todos listos, decidí irme a casa y descansar. Tendríamos dos días antes de ir a NY y poner todo en práctica. Alec tomó un vuelo a Seattle por la mañana. Eso todavía me daría una noche con Myka, y me moría por extender la mano y abrazarla.

Capítulo 22

Myka

Escuché un ruido abajo y me arrastré hasta las escaleras. Allan estaba entrando a la casa, pero mantuvo a los agentes afuera. Apoyó la cabeza contra la puerta, claramente cansado, y bajé lentamente las escaleras. Me miró y me tendió la mano. Fui hacia él y Allan me besó como si fuera la primera vez que hacía esto.

— ¿Qué paso? – pregunté en voz baja, pasando mis manos por su cabello.

— ¡Alec te consiguió billetes para Seattle! – Él empezó. – ¡Te vas por la mañana!

Dijo Allan con el tono imperativo que solo me gustaba en la cama. Le agarré las orejas.

— ¡Pero ni se te ocurra que me iré sin ti! – dijo, tirando de su cabeza hasta que su frente tocó la mía. – ¡No me hagas huir a Nueva York detrás de ti, porque me voy!

Siseó Allan, tirando de mis manos y soltando las orejas.

— ¡Pero te mantendrás a salvo y harás lo que te digo! – Dijo definitivamente. Y antes de que pudiera discutir, levantó las manos. – Kyera ya estuvo de acuerdo, Ash está haciendo las maletas y mi madre ya se fue. ¡Ve con ellos!

Le di un puñetazo en el pecho.

¡Sería difícil discutir con él y ganar! Además, estaba demasiado asustado por todo esto.

Respiré hondo y lo besé. Allan me levantó sobre su regazo y comenzó a caminar conmigo hacia el sillón. Apoyé mi cabeza en su hombro y suspiré. Estar con Allan me dio una sensación de seguridad. Abrí los ojos y algo hacia la puerta llamó mi atención. A través del cristal superior vi un brillo rojo y fruncí el ceño. Contuve la respiración y lentamente moví mi mano por la espalda de Allan hasta el nivel de su cintura. El foco permaneció estático y miré en la dirección a la que apuntaba: ¡la nuca de Allan!

Allan se acercó para recostarme en el sofá y le susurré al oído:

— ¡No se mueva! – Se detuvo y sintió mi pánico.

— ¿Qué paso? – Preguntó colocando su mano en mi nuca.

— ¡Hay una mira en la parte posterior de tu cabeza! – dije tratando de mantener la calma.
– Tengo mi mano en tu arma, pero no tengo idea de cómo dispararla.

Allan me apretó y respiró hondo.

— ¡Está desbloqueado, solo presiona el gatillo! – Él dice. – Voy a poner mi mano en tu hombro derecho para aliviar el impacto de la patada. Cuando digo, tiras y disparas. ¡Déjame el resto a mí!

Asentí y él movió su mano hacia mi hombro derecho. Cerré los ojos y respiré esperando su orden. Apretó mi cintura con uno de sus brazos, abrazándome aún más fuerte.

— ¡Ir! ¡Ahora! – Él susurró.

Saqué la pistola y la descargué hacia la ventana mientras Allan sacaba la otra que ni siquiera sabía que tenía. La vista en la parte posterior de su cabeza vaciló y luego de repente se apagó. Me bajó y empezó a subirme las escaleras mientras afuera se escuchaban varios disparos. Me arrojó a la habitación frente a las escaleras y cerró la puerta.

— ¿Estás bien? – preguntó tomando el arma de mis manos. Estaba temblando y no podía hablar.

Allan se acercó a la ventana y descorrió la cortina.

— Todo parece estar bien...

No tuvo tiempo de terminar porque un hombre enorme le dio una patada en el pecho.

— ¡Sorpresa! – Gritó el hombre en tono sarcástico.

Era el tipo calvo que nos había estado acosando durante días y casi me mata en el departamento de Kye. Allan cayó al suelo, golpeándose la espalda y la pistola que tenía en la mano se deslizó hasta mis pies. Empezaron a pelear y yo no sabía qué hacer. Hasta que mi coraje superó mi pánico y lentamente me alejé hasta agarrar la pistola. ¡Pero no pude apuntar porque eran demasiado rápidos!

Allan logró asestar un puñetazo y mantenerse de pie, pero el hombre calvo sacó una navaja y lo golpeó en la pierna, lo que provocó que Allan cayera al suelo nuevamente. Sacó el cuchillo y lo hundió en el hombro de Allan, lo que le provocó un grito de agonía. En ese momento sonó el teléfono, y el calvo contestó poniéndolo en altavoz.

— ¿Atravesar? – llamó una voz. – Los chicos de afuera están muertos y tuvimos que irnos. Está lleno de federales aquí. ¿Conseguiste atraparlos a ambos?

El hombre miró a Allan que se había desmayado y luego a mí.

— ¡Considera hecho! – Respondió con una mirada sombría y divertida al mismo tiempo.

El chico se levantó y vino hacia mí.

— ¡Terminaré con él más tarde! ¡Ahora me voy a divertir contigo algodón de azúcar!

En el momento en que pensó que todo había terminado, puse la pistola frente a mí y apreté el gatillo, disparándola. El hombre no tuvo tiempo de escapar y cayó al suelo, baleado por

varios balazos. Me levanté llorando y le di una patada para asegurarme de que estaba muerto. Fue entonces cuando vi que uno de los tiros le dio en la cabeza. Aterrorizado, tiré el arma al suelo y corrí hacia Allan.

Me arrodillé a su lado, sosteniendo su cabeza en mi regazo.

— ¿Allan? ¡Habla conmigo! ¿Allen? – llamé, sacudiendo su hombro. La sangre brotaba de su herida y apliqué presión para detenerla. Abrió los ojos tosiendo.

— ¡Mierda! ¡Eso duele muchísimo!

Me reí y coloqué mi frente contra la suya tratando de calmarme.

— ¡Llamaré a la ambulancia!

Empecé a levantarme, pero él me detuvo.

— ¡No vayas! ¡Mis hombres están afuera y ya deben haber llamado! – Dijo ahogándose.
– Estoy perdiendo demasiada sangre y quiero decir algo antes de desmayarme. ¡Quiero que te subas a ese avión y salgas del estado!

Sacudí la cabeza y comencé a llorar.

— ¡No te dejaré aquí! – dijo mientras hombres vestidos con trajes negros invadían la habitación.

Allan tosió y cerró los ojos.

— ¡Necesito que te vayas! ¡Necesito que estés a salvo! Si no, ¡encontraré una manera de incorporarte!

Antes de que pudiera discutir algo, él extendió la mano, jaló mi cabeza y me besó.

— ¡Te amo y no puedo perderte! – susurró antes de apagarlo.

¡El sonido de la sirena afuera me estaba volviendo loco! Estaba sentado en el banco del pasillo del hospital esperando noticias de Allan. Lo habían llevado al quirófano como había previsto. El corte en su hombro era profundo y había perdido mucha sangre.

Después de que Allan se desmayó, al menos seis hombres aparecieron en el segundo piso. Descubrieron que estábamos a salvo y ayudaron a Allan. Uno de ellos fue Kurt, quien se quitó la chaqueta y la colocó sobre mis hombros. Me llevó a la ambulancia y seguí a Allan mientras Alec y Alex eran informados.

Allan dijo que me amaba antes de desmayarse, y yo todavía estaba bajo la influencia de esas palabras. ¡Nunca antes había recibido una declaración como esta! Nadie más que mi padre

me había dicho jamás que me amaba. Le dije que yo también lo amaba, pero no sabía si lo había escuchado. Estaba esperando ansiosamente volver a decirlo.

El doctor apareció de repente y vino hacia mí. Alex y Alec aún no habían llegado.

— ¿Doctor? ¿Como está él? – Me levanté asombrado.

— ¿Sois familia? – Le preguntó.

¡Mierda! Respiré hondo y miré al médico.

— ¡Yo soy su novia! – respondí en tono frustrado, sabiendo ya que no me diría nada.

— Lo siento señorita, pero sólo puede...

Lo agarré por el cuello de su bata blanca.

— ¡Escucha, idiota! – dije sacudiendo al doctor. – Dijo que me amaba y sólo quiero saber si puedo decirle que yo también lo amo, ¡desesperadamente!

Me agarró las manos y trató de alejarse, pero lo abracé con fuerza.

— ¡Conténgase, señorita! ¡Estos son procedimientos! Sólo puedo transmitir información a la familia. – Dijo tratando de calmarme.

— Idiota con bata de laboratorio, ¿qué parte de “Soy su novia” no entendiste? – dijo gritando. – ¿O crees que una novia no es familia?

El médico hizo una señal a los demás que estaban en el pasillo y dos de ellos me sujetaron.

— ¿Qué está pasando? – preguntó Alec, dando pasos apresurados por el pasillo.

Detrás de él pude ver a Alex que tenía a Ash y Kyera en sus brazos, uno a cada lado. ¡Alex siendo Alex! Pensé poniendo los ojos en blanco.

— ¡Este idiota! ¡Estúpido! ¡Mierda proyecto! No quieres darme noticias sobre Allan, y te juro que te las voy a romper...

Antes de que pudiera terminar, una aguja ya había atravesado la carne de mi antebrazo y sentí que el mundo entero se volvía claro y muy oscuro. Así que simplemente lo eliminé. Apenas parecía haber pasado el tiempo cuando me moví en lo que parecía un sillón muy lujoso. Abrí lentamente los ojos y me encontré con un asiento frente a mí con el símbolo de la aerolínea y que decía *American Airlines*.

¿Qué carajo estaba haciendo en un avión?

— ¿Como llegué aquí? – dijo mirando a su alrededor.

Ash y Kyera estaban sentados a mi lado. Me miraron con una sonrisa en sus rostros.

— ¿Qué sucedió? ¿Allen?

Kye tomó mi mano en un gesto de tranquilidad. Su enorme barriga ya indicaba su avanzado embarazo.

— ¡Hiciste un escándalo en el hospital y el médico te dio un sedante! – explicó con calma.

¡Ese miserable doctor!

Suspiré como para mantener la calma.

— ¡Allan se despertó y está bien! Pidió mantenerte sedado hasta que Alec te subiera al avión. Sabía que no vendrías porque estaba en el hospital. – explicó señalando la ventana. – ¡Estamos de camino a Seattle!

Miré por la ventana y vi que el avión estaba en el aire.

¡Ese hijo de puta! Estoy aquí presa del pánico, preocupada por él y ¿Allan me está tomando el pelo de esa manera?

— ¿Alan qué? – Grité entre dientes. – ¡Ese idiota controlador! Si Francesco no mata a Allan... ¡lo mataré yo mismo!

Kyera se río de mi reacción.

— ¡Dejar de reír! ¡Él no podría haberme hecho esto! – grité. – No sin antes decirle que yo también lo amo, ¡pero él me paga! ¡Ah, sí me pagas!

Ash y Kyera se miraron y sonrieron.

— ¿Allan dijo que te amaba? – preguntó Kyera emocionada.

Respiré hondo y asentí. Kyera apoyó su cabeza en mi hombro y apretó mi mano con más fuerza.

— ¡Bienvenida al club, hermanita!

Les sonreí a ambos y miré por la ventana.

— ¡Manténgase vivo, por favor!

Capítulo 23

Allan

— ¡Cambiaremos la fecha de transferencia de Emma y Mia! – dijo Kurt, entrando a mi habitación.

Estaba todo vendado, pero la herida en el hombro no era grave. Fue un corte profundo que me hizo perder mucha sangre, pero pude mover el brazo con solo un poco de dolor.

En el momento en que abrí los ojos y vi los ojos de Myka, pensé que había muerto y que estaba en el paraíso. Lo único que podía pensar era en decirle a Myka todo lo que sentía. Todavía podía oírla decir que me amaba, pero sabía que no subiría a ese avión conmigo cuando estuviera herido. Cuando me enteré que el doctor tenía que sedarla por el escándalo que estaba armando en el pasillo del hospital, tuve la idea de mantenerla sedada para que Kurt pudiera abordarla.

¡Probablemente me matará cuando regrese!

Miré a Kurt y negué con la cabeza.

— ¡No haga eso! – pregunté, extendiendo mi mano y tomando el portapapeles de sus manos. – Francesco cree que el jefe de los agentes de Dallas está muerto. ¡Eso es una ventaja para nosotros!

Dijo sin levantar la vista del portapapeles. Las cifras eran impresionantes: 12 agentes heridos; Al menos 8 mercenarios muertos y mi casa acribillada a balazos.

Cuando Myka se fue ayer, envié a dos agentes con ella y, poco a poco, moví un contingente para rodear la yeguada. Eso la mantendría a salvo mientras yo no estuviera allí. ¡Sentí como si estuviera adivinando ese ataque!

Kurt tomó una posición de guardia y se cruzó de brazos.

— ¿Te comunicaste con Casey? – pregunté y Kurt asintió. – ¡Bien! ¡Mantengan a todos listos!

Dijo firmando y entregándole el portapapeles a Kurt.

— ¡Salgo de aquí esta noche y seguimos con el plan!

Kurt me miró con incredulidad y con una mirada de desaprobación.

— ¡Señor, el doctor dijo que su alta está programada para dentro de tres días!

Levanté la cabeza y lo miré.

— ¿Y quién dijo que el médico determina lo que puedo o no hacer? – pregunté levantándome.

¡Como si la gente no me conociera!

Nunca me perdería la expresión de asombro en el rostro de Francesco cuando me ve vivo y poniendo un par de esposas en esas manos viejas y arrugadas. ¡Nada me daría más placer!

Quitó las mantas mostrando esa ridícula bata de hospital. Moví el brazo y me di cuenta de que sólo me molestaba el escozor. Luego me senté en el borde y saqué la aguja clavada en mi muñeca con el goteo intravenoso.

— ¿Qué estás haciendo? – preguntó Kurt, frunciendo el ceño. Sonreí diabólicamente y me levanté.

— ¿No es obvio? – pregunté, dirigiéndome hacia la silla donde estaba doblada mi ropa y comencé a ponerme los pantalones. – Cambio de planes... ¡Me voy de aquí ahora mismo!

Kurt trató de detenerme y argumentó que los puntos podrían ceder o abrirse, pero lo ignoré. Mientras me ponía la camisa, miré por la puerta y vi a algunas enfermeras en el pasillo.

—Escucha, o me sacas de aquí ahora mismo... – Lo agarré por el cuello. – ¡O mañana te reducirán a la policía de tránsito! ¡Es tu elección!

Kurt resopló y sacó la pistola de su funda, entregándomela. Sonreí, lo tomé y caminamos por los pasillos. Por cada médico que intentó detenerme, apunté con el arma. Bajamos las escaleras del Hospital Universitario de Dallas y salimos por el frente. Una camioneta negra estaba estacionada enfrente esperando a Kurt. El agente dentro del auto frunció el ceño cuando me vio. Inmediatamente mi celular sonó y contesté.

— ¡Estela!

Pronto habló la voz que atormentaba cada célula de mi cuerpo:

— ¡Eres un muerto viviente, maldito oído grande!

Me reí cuando escuché el ridículo apodo que me había puesto Myka. Respiré profundamente cuando escuché la maldición.

— ¿Cómo estás? – Ella transformó su tono de enojo a preocupación.

Sonreí porque sólo Myka tenía ese poder de cambiar del océano enojado a un lago en calma en segundos.

— ¡Estoy bien! ¡Me estoy escapando del hospital!

— ¡Chico malo! ¡Apuesto a que apuntó con su arma a todos los médicos y guardias de seguridad!

— ¡Exactamente! ¿Cómo estuvo tu vuelo?

— ¡Tedioso! ¡Acabamos de aterrizar!

— ¡Que bien!

¡Me alegré de que ella estuviera sana y salva!

Myka hizo una pausa, respiró hondo y pareció alejarse de la multitud, luego comenzó a susurrar por teléfono.

— Sobre lo que dijiste... – Ella empezó a hablar, pero la interrumpí.

— ¡Hablabas en serio, Myka! No he estado jugando contigo en el tiempo que hemos estado juntos. ¡No soy un hombre de bromas!

Sentí su voz sonreír y pronto ese tono arrogante que suele tener se hizo cargo.

— ¡Ya lo sé, oreja grande! Sólo quería que supieras... – empezó a decir.

La interrumpí de nuevo.

— ¡Yo sé! Escuché lo que dijiste, pero ¿por qué no me lo dices en persona otra vez cuando todo esto terminé?

Myka suspiró.

— ¿Prometes que estarás bien?

— ¡Promesa! – respondí cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el banco.

— ¿Prometes enseñarme a disparar?

Solté una carcajada.

— ¡Promesa!

— ¡Sigue viva, Stella, y te prometo otro baile! – Dijo con voz sexy. Eso me hizo abrir los ojos y contener la respiración.

— ¡Estás desesperada! – dijo suspirando. – ¡Lo voy a apagar porque tengo que concentrarme y la imagen de tu hermoso trasero al alcance de mis manos no ayuda en nada!

Ella río.

— ¡Yo te amo! – susurró antes de colgar.

— ¡Yo también te amo! – Susurré.

Cerré los ojos nuevamente porque el medicamento estaba desapareciendo y el dolor en mi brazo empezaba a palpar.

— Dos cosas: – le dije a Kurt quien me miraba con expresión divertida – primero, finge que no escuchaste nada de lo que dije el minuto anterior. En segundo lugar, pasar por una

farmacia para que podamos comprar analgésicos, ¡preferiblemente inyectables!

El asintió. ¡Tendrías que tener la mente despejada durante las próximas 24 horas! ¡La vida de muchos dependía de ello!

Ya eran más de las tres de la tarde cuando llegamos a Nueva York. Dominic y Cassandra se estaban preparando para reemplazar a Emma y Mia. Los cuatro estarían en el auto de la prisión, pero solo se vería entrar a Mia y Emma.

Dominic hizo un gran esfuerzo para que Mia aceptara las condiciones y cuando se enteró del traslado entró en pánico, al igual que Emma. Entonces a Dominic también le resultó fácil negociar con ella.

Alec tendría un equipo rodeando el aeropuerto. Decidimos cambiar el itinerario y no pasar por Brooklyn. Se ordenó al aeropuerto JFK que suspendiera sus actividades después de las cinco y eso nos daría la oportunidad de atrapar al pícaro sin lastimar a nadie.

Alex y Ethan serían los conductores del coche en el que estarían los cuatro, junto con varios Rangers y una docena de federales. Yo lo seguiría en un auto de apoyo junto con Kurt y algunos otros federales. Sabíamos que esa pequeña escolta no despertaría sospechas y además facilitaría el intento de fuga.

Estábamos en el almacén de la unidad penitenciaria. Me abroché la funda en la pierna y me puse el chaleco sobre mi camiseta negra. Saqué el arma y la amartillé, colocándola en la funda en mi cintura. El movimiento me hizo gruñir por el dolor de los puntos al estirarse. Kurt apareció en la puerta del almacén.

— ¡Todo listo, señor! – Dijo saludando.

Miré a los demás que se estaban preparando y oí la radio encendiendo la frecuencia común.

— Como le gusta decir a Dominic... ¡Es hora del espectáculo! – dije, y todos salieron del almacén.

Subieron a las niñas al auto y nos dirigimos al patio abierto.

— ¡Puedes traerlo!

Di la orden y, en menos de un minuto, Emma y Mia salieron del interior de la prisión sin capuchas. Queríamos esta estrategia para que Francesco supiera que estaban siendo transportados. Nos subimos al auto y comenzamos a seguir al auto de la prisión. Pronto los helicópteros de los medios comenzaron a sobrevolar y seguir al convoy.

— ¡Eso podría ser un problema! – dijo Kurt mirando por la ventana.

— ¡No, esto es perfecto! – respondí monitoreando el GPS.

Myka se movía por las calles de Seattle y yo sonreí. Me sentí aliviado de que ella estuviera a salvo y lejos de este caos.

Cuarenta minutos después estábamos entrando en la carretera que conducía al aeropuerto. Era la parte más desierta y, como esperaba, un freno repentino detuvo el tren.

— ¡Atención unidades! – Llamé por la radio. – ¡Espera el acercamiento!

A través de la ventanilla delantera del todoterreno vi a dos hombres armados bajarse de la limusina en medio de la carretera.

¡Francisco!

Se acercaron al auto e hicieron bajar a Alex y Ethan, que llevaban gorras. Luego fueron a la parte de atrás, donde sólo estaban a la vista Dominic y Cassandra, y los sacaron a ambos, arrastrándolos hasta la limusina. Lucharon, dando una excelente muestra de interpretación. Le sonreí a Kurt y él asintió.

Cogí la radio cuando vi al anciano salir de la limusina rodeado de hombres fuertemente armados. También había una chaqueta negra de la que emergieron otros hombres.

— ¡Atención a todas las unidades! ¡Rodea y acércate! – Di la orden y Casey la confirmó desde la mesa de control. – ¡Intenta no disparar! ¡Queremos vivo al abuelo mafioso!

Desde el interior del auto, pude ver cuando los hombres de Alec pidieron arresto y comenzó el caos. Francesco se arrojó al suelo, agarrándose de una de las chicas que estaba más cerca de él. La otra sacó la pistola atada a su tobillo y disparó a uno de los secuaces que tenía delante. Al darse cuenta de la cantidad de hombres alrededor, los secuaces restantes decidieron rendirse. Vi como Francesco le bajaba la capucha a la niña y la agarraba del pelo. ¡Era Domingo!

Inmediatamente salí del auto cuando lo vi levantarse con un arma apuntando a la cabeza de Dom.

— ¡Pues qué inteligente, agente Stella! – Dijo sarcásticamente.

— ¡Y muy estúpido de tu parte! – respondí cruzándome de brazos.

Francesco era un anciano que parecía tener unos 60 años. Llevaba un traje italiano y su sombrero a juego cayó al suelo mientras intentaba protegerse. Su pelo corto y liso ya empezaba a encanecer. Francesco tenía casi la misma altura que Dominic, ni tan bajo ni tan alto.

Caminé hacia él.

— Don Francesco, está usted detenido por intento de asesinato; ¡Tráfico de drogas y lavado de dinero!

Se río y apretó aún más el arma contra la cabeza de Dominic. Suspiré, me detuve donde

estaba y apunté con el arma en su dirección. Alex y Ethan se unieron a mí, mientras Alec se acercaba.

— ¡Este es el final del camino, Francesco! ¡Libérala ahora!

— ¡Creo que no! – Se rió sarcásticamente. – ¡Te llevaste a mis dos hijos y si me caigo aquí, ella vendrá conmigo! ¿O has olvidado lo malo que puedo ser?

Eso despertó recuerdos que no quería recordar, así que cerré los ojos, respiré hondo y bajé la pistola. Alex, Alec y Ethan permanecieron apuntando con sus armas a Francesco y Dominic. Abrí los ojos y miré a Dom, quien me devolvió la sonrisa.

— ¡Sí, recuerdo lo cruel que puedes ser! – dijo con frialdad. – ¡Tú no tienes nada más que perder, pero yo sí!

Apreté el gatillo y le di al muslo derecho a Francesco. Dominic le dio un cabezazo y echó a correr. Francesco incluso tomó el arma mientras yacía en el suelo y apuntó a Dominic.

— ¡Yo también puedo ser bastante malo! – Apreté el gatillo nuevamente y le di en la cabeza al criminal más buscado de Estados Unidos.

Don Francesco cayó al suelo con los ojos vidriosos y sin vida. Dominic se arrojó a los brazos de Ethan, quien la levantó del suelo y la besó. Enfundé el arma mientras mis hermanos me daban palmaditas en la espalda. ¡Yo estaba viva, ellos estaban vivos, las niñas estaban vivas y Myka, mi Myka, estaba viva!

¡Myka!

Suspiré y tomé mi teléfono celular caminando hacia la camioneta. Apoyé mi cabeza contra un lado y sonreí cuando escuché la voz responder.

— ¿De orejas grandes?

— ¡Hola, pequeño cabrón!

Capítulo 24

Allan

Una semana después...

— ¿Estás seguro de eso? – preguntó el director Keller cuando puse mi solicitud de coordinación sobre la mesa. – ¡Son casi 10 años, Allan! ¡La actividad de campo es tu vida! ¡El FBI es tu vida!

No, ¡el FBI alguna vez fue mi vida! ¡Mi vida ahora estaba en un avión a punto de aterrizar en Dallas!

— ¡Sí! – respondí sentándome. – Quiero coordinar el equipo de inteligencia. Viví todos estos años para tener a Francesco sin ninguna preocupación en el mundo, pero ahora tengo alguien por quien vivir.

— ¡Pues no te imagino detrás de un escritorio como tus hermanos!

— ¿Como así?

— Alex vino a hacer el mismo pedido y, como Dominic ya había sido designado, serán parte del mismo equipo. – Keller suspiró. – Hice que transfirieran a Kurt y voy a agregar a Ethan a la imagen. Formas un gran equipo y tengo la intención de retenerte. No sabía a quién poner a cargo, pero ya que estás postulando...

Tomó el papel, lo firmó con satisfacción y me lo entregó inmediatamente.

— Ahora eres el coordinador jefe del equipo de inteligencia. Siéntase libre de reclutar más personas, pero tenga en cuenta los nombres que sugerí.

— ¡Gracias Señor! – dijo, estrechándole la mano. – ¡Ciertamente lo hare!

Dejé el departamento de Dallas con una liberación de vacaciones, pero tendría que esperar a que terminara el tiempo de suspensión, al igual que Alex y Ethan. Dominic también recibió lo mismo de la comisaría de Benbrook. Mientras esperaba mi regreso para ir a Quántico, todavía tendría bastante tiempo para descansar. En unos meses volveríamos a ser un gran equipo, ¡pero ahora había alguien a quien tenía muchas ganas de ver!

Myka se convirtió en mi razón de vivir y, como temía, me convertí en un idiota como mis hermanos. No fue tan malo como pensé que sería y en realidad fue divertido. Myka resultó ser

una chica muy leal y tan loca como yo. Me sentí muy complacido de poner mi corazón a disposición de esa loca para que viviera en él.

Fui directo al aeropuerto, donde una semana antes casi protagonizo una escena de guerra, pero ahora mi batalla era diferente. Estaba tan eufórico y ansioso que intenté a toda costa contener los latidos de mi corazón. Había estado separado de Myka durante demasiado tiempo y la extrañaba mucho.

— ¿Listo? – preguntó Alec cuando llegamos.

— ¡Espero que sí! ¡Un minuto más lejos de Ash y estoy en un avión para ir tras ella! – respondió Alex en tono dramático.

Nos echamos a reír por la cara que estaba poniendo. ¡Estábamos enamorados, pero Alex estaba exagerado! Y lo peor fue cuando empezó a recitar sonetos y a hablar en italiano. Odiaba cuando hablaba en italiano porque me recordaba su acento mafioso, pero era divertido porque sonaba cursi y cursi.

El vuelo en el que iban las niñas y mi madre aterrizaba en los siguientes minutos y todavía tuvimos tiempo de esperarlas en la sala VIP. Fui al puesto de flores del aeropuerto y compré una sola rosa roja. Hoy había cambiado mi traje habitual por unos vaqueros y una camisa de franela. Parecía un típico vaquero de Texas. Alec, Alex y yo decidimos hacerlos personajes, y eso incluía el cinturón con hebilla ancha y el sombrero.

La gente empezó a salir por la puerta de llegadas y pronto Alec vio la barriga de Kyera. Había sido un riesgo, pero aun así sería más seguro para ella. Salió corriendo y la abrazó, luego se arrodilló para besar su enorme barriga.

Alex corrió y levantó a Ashley, besándola desesperadamente. Los dos cayeron al suelo y empezaron a reír sin importarles quién pasaba o los miraba. Parecían dos niños revolcándose en un charco de chocolate. Y esperaba nunca volverme tan estúpido.

¡Fue cuando vi a Mykaella que mi corazón casi se detuvo!

Al pasar por la puerta, Myka se acercó a mi madre, que estaba del brazo de... ¿Era Paul Collins? ¿Qué hacía Paul Collins del brazo de nuestra madre?

Elegí ignorar la información por ahora y me concentré en la hermosa pelirroja que caminaba hacia mí. ¡Myka se había teñido el pelo de rojo otra vez y no podía verse más hermosa! Se detuvo a unos dos metros de distancia y respiró hondo cuando su mirada se encontró con la mía. Le sonreí y señalé la rosa roja. Luego dejó caer la bolsa que llevaba colgada del hombro y empezó a correr hacia mí.

— ¡Al diablo esto! ¡Quiero ser un idiota! – susurré antes de comenzar a caminar hacia él.

Cuando me di cuenta ya estaba corriendo y la agarré cuando nos encontramos. Levanté a Myka y ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Para variar, me agarró las orejas.

— ¡Yo te amo! – Dijo besándome.

— ¡Yo también te amo, pero no olvides que yo lo dije primero!

— Ok, ¡es parte de la ética entre parejas al inicio de una relación que los hombres siempre deben tener la razón!

Me reí, pasando mi mano libre por su cabello, que ahora estaba más rojo que antes.

— ¡Tu cabello se ve horrible!

Hizo un puchero y me besó, apretándolo con fuerza. ¡Una semana de distancia parecía un siglo!

— ¡Te extrañé mucho! ¡Tenía miedo de perderte!

— ¡También tenía miedo de no poder volver a verte nunca más! – susurré mordiéndole el labio inferior y ella gimió.

Unas cuantas risitas interrumpieron nuestra actitud cursi y miré en la dirección donde mi madre estaba abrazando a Paul Collins.

— Eso es serio, ¿no? – pregunté, señalando con la cabeza a Paul y mi madre. Myka suspiró.

— ¡Parece que llevan un mes saliendo y ahora han decidido salir del armario!

— ¡Alec se va a asustar, pero hablaré con él más tarde sobre sus intenciones!

Myka se río y me dio un puñetazo en el brazo.

— ¡Es un buen novio! Al menos lo vi sonreír y suspirar toda esta semana. Y lo mismo ocurrió con ella. – argumentó Myka. – ¡Están felices, puedes apostar!

Miré a Myka y acerqué la rosa a la altura de sus ojos.

— Hablando de buenos novios... – dijo entregándole la rosa. – ¡Alguien me debe un baile!

Myka sonrió, tomó la rosa y me rodeó el cuello con sus brazos.

— ¡Cuando y donde quieras!

— ¿Que tal ahora? ¡En un lugar propio por el resto del día!

— ¡Sí señor! ¿Sabes que este sombrero me dio una gran idea?

Gemí mientras ella me mordía la barbilla imaginando a Myka vestida de vaquera.

— ¡Entonces me matas, niña!

Ella me sonrió y susurró.

— ¡Te amo, oreja grande!

— ¡Te amo, pequeño cabrón!

Epílogo

— ¿Myka? – me llamó la voz de Ash, y miré hacia el escenario. – ¿Dónde pongo estas flores?

Preguntó sacando una caja con decenas de arreglos en pequeños floreros. Le sonreí.

— ¡Pon uno en cada mesa, por favor!

Estábamos organizando el té de bebe de Kyera en el jardín delantero de la granja. Ella decidió casarse después de que nacieran los gemelos, de esa manera Alec y ella podrán disfrutar de su luna de miel sin demasiadas preocupaciones, ya que Kye podría dar a luz en cualquier momento.

Ella y Ash fueron los más tranquilos y valientes los días que estuvimos en Seattle. ¡Ojalá los dos ya hubieran pasado por buenos momentos! Ellos sabían cómo lidiar con el miedo, pero yo no. Tenía miedo de que todo terminara y recibiera la noticia de que Allan estaba muerto, pero cuando recibí su llamada me sentí muy aliviado.

Me recibió en el aeropuerto una semana después, después de haber respondido a una gran investigación sobre el asesinato de Francesco. Con su muerte y el arresto de Mia y Emma, la familia quedaría automáticamente diezmada. Allan, Alex, Kurt y Ethan recibieron unas vacaciones del FBI por un trabajo bien hecho. Sus suspensiones durarían al menos un mes más.

Ash estaba poniendo las mesas, mientras yo organizaba los souvenirs. Todo había vuelto a la normalidad y los chicos decidieron derribar el edificio y ampliar la posada. Allan se había mudado a un apartamento al lado del de Alec y me invitó a vivir con él.

¡Por supuesto que acepté! Ella ya estaba acostumbrada a dormir abrazada a él y no iba a desperdiciar otra noche más. De hecho, estrenamos cada habitación el día que él me mostró el lugar. Fue más memorable que el día que llegué de Seattle y terminé en un motel porque ninguno de los dos podía soportar extrañarnos más.

Mi padre confesó que nunca salió con Abby y que, de hecho, con quien salía era con Samantha Stella. Los dos comenzaron como amigos y terminaron teniendo un romance. Kyera y yo estábamos asombrados de tener a nuestra suegra como madrastra. Alec casi tuvo un problema cuando se enteró, pero Allan y Alex lograron solucionarlo. Dominic solo tuvo que disparar fuegos artificiales cuando se enteró del romance de su madre. Llevaría a Bella al té de bebe y se suponía que Ethan vendría más tarde.

Casi todo estaba listo y los invitados ya iban llegando. Miré a la entrada de la granja y vi a una preciosa rubia con una sonrisa fantástica y un precioso vestido corto de verano. Sophia era

elegante de todos modos, pero no renunció a sus zapatos. Ella nos saludó y sonreímos ampliamente.

— ¡Kye! ¡Myka! – Dijo mientras venía corriendo sobre sus talones. – ¡Ustedes están lindas!

Nos abrazamos y reímos al mismo tiempo que lloramos. ¡Todo al mismo tiempo!

— ¡Señora, Collins!

Una voz profunda nos saludó. Miré al hombre vestido con jeans y camisa y fruncí el ceño.

—¿Kurt? ¡Casi no lo reconocí sin ese traje! – Yo dije. Dejó escapar una risa estridente.

Kurt y Sophia empezaron a salir poco después de su aburrida estancia con sus abuelos. Dijo que preferiría comer pasto que tener que quedarse con sus padres. ¡Ese era el rostro de Sofía!

Colocamos a Kyera sentada en una silla de mimbre con algunos cojines con Alec sentado a su lado en un taburete. Aceptó ser parte de los juegos.

La puerta de un auto se cerró de golpe y vi llegar a Dominic con Bella, quien corrió hacia Kyera y la abrazó. Bella había adorado a Kyera y parecían amigas de la infancia.

— ¡Hola Bel! – saludó Kyera. – ¿Ya conoces la sorpresa? ¡Serás mi dama de honor!

Dijo Kyera haciendo saltar de alegría a la pequeña. Allan se acercó detrás de mí.

— ¡Estás linda! – Dijo susurrándome al oído. Sonreí y lo besé.

— ¿Qué hiciste? – Pregunté con el ceño fruncido. Él se río y me besó aún más.

— ¿No puedo elogiar mi pequeña broma?

Solté una carcajada. Alex pasaba junto a nosotros dos cargando a Ash porque había metido el dedo en una rosa.

— ¡Ve a buscar una habitación! – Dijo sonriendo. Me reí de la mueca de Ash y la palmada que le dio en el hombro.

Ambos eran muy lindos, ¡pero Dios se excedió con el azúcar!

— ¡Ay Dios! – gritó Kyera sujetándose el vientre. Alec se puso de pie y le tomó la mano.

— ¿Qué paso? – preguntó asombrado. Kyera respiró hondo y sonrió.

— ¡Alec, se me rompió fuente! ¡Nacerán bebés!

Todos comenzamos a correr para llevar a Kyera al hospital. En medio de este pandemonio de alegría, no teníamos idea de que nos estaban vigilando muy de cerca y no vimos que el peligro aún rodeaba a nuestra familia.

— ¡Esa pelirroja! ¡Disfruta de tu felicidad!

Pensó mientras observaba a la gente correr de un lado a otro. Escondida en lo alto de uno de los árboles al otro lado del camino de tierra, la mujer observó cada movimiento e ideó su plan de venganza.

— ¡Te arrepentirás de cruzarte en mi camino! ¡Oh vamos!

Sobre el Autor...

Bienvenido al fascinante mundo de la escritura a través de los ojos de Vanessa, nativa de Río que, bajo el cautivador seudónimo de Kira Freitas, teje historias apasionantes y atrapantes. Nacida y criada en las soleadas tierras de Río de Janeiro, Vanessa siempre ha tenido una profunda pasión por la escritura, que floreció desde muy joven.

Desde su juventud, Vanessa demostró un ardiente amor por la expresión literaria. Sus primeras incursiones en la escritura la llevaron a explorar el universo de la poesía, donde desentrañó los misterios de las palabras y las emociones. Aunque sus poemas nunca vieron la luz, se convirtieron en un precioso refugio para su efervescente creatividad.

El año 2015 trajo desafíos inesperados cuando Vanessa se encontró desempleada. Sin embargo, el destino le tenía reservado algo especial. En lugar de ceder al desánimo, Vanessa se sumergió de cabeza en la inmensidad de los libros, encontrando consuelo e inspiración en las páginas de historias de todos los géneros. Fue durante este viaje literario que descubrió el potencial de las plataformas de autoedición, como Wattpad y Amazon Kindle Direct Publishing (KDP).

Con la valentía de una verdadera autora, Vanessa decidió compartir sus historias con el mundo. Bajo el seudónimo de Kira Freitas, comenzó a escribir apasionantes novelas románticas y a publicarlas en estas plataformas como un pasatiempo para obtener unos ingresos extra. Lo que comenzó como una aventura atrevida pronto se convirtió en un impresionante viaje de éxito.

La vibrante imaginación de Vanessa encontró su hogar en las páginas virtuales de sus obras, donde creó mundos fascinantes, personajes cautivadores y tramas apasionantes. Sus novelas rápidamente se ganaron el corazón de los lectores, cautivándolos con historias que trascienden el tiempo y las fronteras.

Embárcate en este apasionante viaje literario, donde las palabras de Kira Freitas pintan un mundo de imaginación y sentimiento. Te invitamos a explorar sus historias, enamorarte de sus personajes y dejarte llevar por un torbellino de emociones mientras te pierdes en las páginas de sus cautivadoras narrativas.